

CULTURA

28

•• REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION ••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

ABRIL - MAYO - JUNIO

1963



labra, del Pbro. Juan Gilberto Claros. Después escribió en Patria, periódico que dirigieron sucesivamente don Alberto Masferrer y Alberto Guerra Trigueros. Diario Latino y Diario Nuevo también publicaron sus colaboraciones. En 1939 editó un pequeño libro titulado *El Joven Sembrador*, en el que expresó su amor y su compasión por la gente que sufre. Repertorio Americano, el conocido semanario costarricense de don Joaquín García Monge, así como periódicos de Guatemala, Honduras y Costa Rica, reprodujeron sus escritos muchas veces. *Retorno a Cristo*, que Cultura publica en este número, forma parte de una colección de poemas en prosa, que recoge el recuerdo de las luchas de su juventud, de sus creencias religiosas y de las experiencias que fue recogiendo en el diario vivir.

ANTONIA PORTILLO.—Profesora de educación primaria y secundaria. Ex-directora de la Escuela Normal “España”, y Ex-Secretaria Coordinadora del Consejo Nacional de Educación de El Salvador. Actualmente es Vice-Principal y Encargada del Departamento de Español del American High School de San Salvador. Ha asistido a varios seminarios y congresos en algunos países de América, España y Francia. Ha tenido a su cargo páginas infantiles y del maestro, en periódicos y revistas. Egresará, este año, de la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades, Universidad de El Salvador.

RICARDO LINDO.—El más joven de los poetas salvadoreños en la hora actual. Nació en San Salvador en 1947. Es hijo del doctor Hugo Lindo, muy conocido en la América Latina como poeta y novelista. Estudia segundo año de Bachillerato. En el N° 26 de Cultura publicó sus primeros poemas titulados: *Cantos del Extraño Oriente*. En este número nos sorprende con cuatro cuentos breves, que se recogen bajo este título: *País de niebla*.

JOSE MARIA MENDEZ.—Escritor y abogado salvadoreño. Nació en la ciudad de Santa Ana en 1916. Ha desempeñado altos cargos en el Gobierno de nuestro país. Cultiva, de preferencia, el género humorístico, como puede verse en sus obras *Disparatario* y *Este era un rey*. En el VIII Certamen Nacional de Cultura de El Salvador ganó Segundo Premio —compartido con Alvaro Menéndez Leal— por su libro titulado *Tres mujeres al cuadrado*, en el que se burla alegremente de la sociedad en que vive y del mundo entero.

FRANCISCO ESPINOSA.—Maestro y escritor salvadoreño. Nació en 1898. Catedrático de castellano y literatura. Director del Liceo Cuzcatlán de 1933 a 1940. Director del Liceo Cultura desde 1941. Obras publicadas: *Panorama de la escuela salvadoreña*; *Noventa días entre maestros*; *Cuzcatlán*, libro de lecturas salvadoreñas; *Literatura universal y etimologías*; *Folklore salvadoreño*; *Símbolos patrios*.

“Un Juan Rodríguez Cabrillo”, el Descubridor de California

Por Alfonso ORANTES

Aunque no era un desconocido, poco se sabía de Juan Rodríguez Cabrillo, el descubridor de California.

Su nombre sonó de nuevo por las reclamaciones y litigios que su esposa y descendientes hicieron, especialmente por su hijo que abogó por la recuperación de sus bienes, quien por su pertinacia en tal empeño fue sentenciado a “silencio perpetuo”.

En cuanto a la nacionalidad de Juan Rodríguez Cabrillo nada se sabe, ni aun cuando contrajo nupcias con doña Beatriz Sánchez de Ortega, hermana de otro conquistador y compañero de Rodríguez Cabrillo que cuando enviudó, volvió a casarse con Juan Aguilar.

La historia de Juan Rodríguez Cabrillo principia cuando llega a México, procedente de Cuba formando parte de la expedición que al mando de Pánfilo de Narváez, enviara Diego de Velásquez, gobernador de la isla, para perse-



ALFONSO ORANTES

guir a Hernán Cortés que se le había rebelado. A Rodríguez Cabrillo se le supone navegante portugués.

Al desembarcar en Veracruz, peleó contra los aztecas al lado de Cortés, marchó con don Pedro de Alvarado a la conquista del sur de México y Guatemala y en el Puerto de Iztapa, del que ahora sólo queda un vago recuerdo por los vestigios de unos cimientos conocidos por “Puerto Viejo”, construyó, por encargo del Conquistador de Guatemala, una flota compuesta de trece barcos, cuya suma, según las crónicas, habría alcanzado para botar al agua ochenta embarcaciones de haberse construido en Sevilla.

En uno de esos barcos, “San Salvador”, arribó a la bahía de San Diego, descubriendo California el 28 de septiembre de 1542. No pudo continuar la empresa porque al tocar en la isla de San Miguel o La Posesión, como se llamó primero, cayó de una orilla rocosa, se quebró un brazo que se le gangrenó y el 3 de enero de 1543, luego de haber designado capitán a un tal Bartolomé Farrello, jefe piloto nacido en el Levante y recomendar encarecidamente a sus compañeros de tripulación no abandonar la empresa exploratoria, murió.

Esa isla fue denominada desde entonces por los marinos que con él estaban empeñados en la empresa, “Isla de Juan Rodríguez”, sitio en verdad inclemente, sin vegetación ni verdura, batida por los vientos, en donde sólo había un nacimiento de agua fresca cerca del hoy Cuyler Harbor, en la ribera occidental, punto que pudiera calificarse de abrigado. Se supone que allí esté la tumba de Juan Rodríguez Cabrillo, balletero, capitán, almirante y jinete, cuyas hazañas fueron de distinta naturaleza.

Como la mayor parte de los conquistadores peninsulares, fue valiente, leal, duro y religioso. Sus dotes de buen administrador, su gran capacidad organizativa y apego al fiel cumplimiento del deber le hacían respetable. Hombre cuidadoso y ordenado dejó un resumen de su diario de exploraciones cuyo original no ha podido hallarse aunque se conoce un resumen cuyo título: “Información de 1560”, se debe a su amigo y colaborador Juan Peaz.

Refiere Bernal Díaz del Castillo en su “Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España”, en el capítulo CXXXVI que por no tener “pez para brear, ni aun los indios lo sabían hacer, mandó Cortés a cuatro hombres de la mar que sabían de aquel oficio a hacer la pez”. “Acuérdome que fue el que llevó cargo dello e iba por capitán un Juan Rodríguez Cabrillo, que fue un buen soldado en lo de Méjico, que después fue vecino de Guatimala, persona muy honrada, y fue capitán y almirante de trece navíos por Pedro de Alvarado y sirvió muy bien a Su Majestad en todo lo que se le ofreció, y murió en su real servicio.”

El propio Cortés aprovechó los conocimientos de marino de Juan Rodríguez Cabrillo para hacer doce bergantines a fin de “se andar holgando en la laguna” y para luego poner cerco a la gran ciudad de México. En el capítulo

CLI de la obra de Díaz del Castillo se refiere “como Cortés mandó repartir los doce bergantines, y manda que se sacase la gente del más pequeño bergantín, que se decía “Busca Ruido”, y lo que más pasó.”

Como era ambicioso y emprendedor, Juan Rodríguez Cabrillo se comprometió a llevar a cabo operaciones mineras siguiendo el cauce de dos ríos junto con su cuñado y se aseguró así riquezas y rentas por la posesión de encomiendas que le concediera don Pedro de Alvarado, siendo la más importante de todas la que se hallaba en Cobán. Las demás eran Tacuba, Jumaytepec y Jocotenango.

Se le dio asimismo la gobernación de Xicalpa y Comitlán. Vivió en Gracias, Honduras, donde adquirió la encomienda de Cotela como retribución a servicios prestados al mismo Conquistador de Guatemala. En Iztapa, en donde fuera designado “justicia Mayor”, Rodríguez Cabrillo construyó los trece barcos ya mencionados, siguiendo instrucciones del propio don Pedro de Alvarado, quien ambicioso de riqueza y fama, intentaba emprender la conquista de las islas de la Especiería.

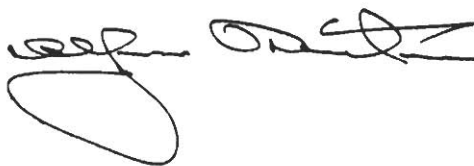
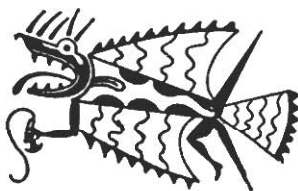
Con dos de esas naves, después de la muerte de Alvarado, se hizo a la mar y navegando hacia el norte, llegó a la bahía de San Diego, descubriendo California, como ya se ha referido. Había zarpado de Puerto de Navidad, a cerca de veinte millas al norte del que hoy se denomina Manzanillo, luego de enterarse del desastre que sufrió Alvarado al despeñarse con todo y cabalgadura cuando iba a auxiliar, por pedido de don Antonio de Mendoza, virrey de México, a Cristóbal de Oñate el 27 de junio de 1541, con el propósito de sofocar la insurrección indígena en Jalisco. El conquistador de Guatemala, como se sabe, murió en Santiago de los Caballeros el 4 de julio del año citado.

Rodríguez Cabrillo exploró la costa californiana en busca de una ruta que acortara el viaje a China, las Indias y la tierra de las Amazonas que se suponían con fabulosas riquezas de oro y perlas. El Virrey de México dejó a Rodríguez Cabrillo al mando de la flota de Alvarado y Ruy López de Villalobos, un oficial subordinado, dirigió el mayor número de barcos para el Pacífico, hacia Filipinas; Rodríguez Cabrillo, comandó los barcos hacia el norte para encontrar un pasaje que uniera las aguas del Atlántico con las del Pacífico y abreviara el camino hacia las islas del Este. Se creía que las tierras del norte eran una prolongación del territorio chino y que las Molucas estaban cercanas.

Juan Rodríguez Cabrillo, como vecino de Ciudad Vieja, en Guatemala, fue capitán de Ballesteros. En el acta de fundación de la ciudad de fecha 25 de julio de 1524, aparece su firma en undécimo lugar en el libro de sus 101 fundadores. En otro documento fechado el 6 de mayo del mismo año, aparece identificándosele como a uno de los cincuenta conquistadores que solicitaban se les reconociera oficialmente como primeros ciudadanos y residentes de Guatemala.

Fue ruidoso y ruinoso para el hijo de Juan Rodríguez Cabrillo el intento que hizo para que se le restituyeran las encomiendas de Tacuba y Jumaytepec, que le habían sido arrebatadas por el yerno de Alvarado, don Francisco de la Cueva, pretextando que le fueron prometidas a su padre antes de donárselas a aquél.

Otra serie de datos, relacionados con sus intervenciones en distintas empresas durante la conquista de México y Guatemala, se hallaban dispersos en documentos y relaciones de este hombre infatigable, descubridor de California. Valdría la pena escribir la biografía de Juan Rodríguez Cabrillo, casi un desconocido.

A handwritten signature in black ink, consisting of a large, stylized initial 'J' followed by a series of connected loops and a final horizontal stroke.

Cansinos Assens Cumple sus Bodas de Oro con la Literatura.

Confidencias del autor de "La huelga de los poetas"

Por César TIEMPO

Durante mucho tiempo creímos que Cansinos-Assens era una invención de Jorge Luis Borges, creador de los mayores mitos literarios, al idioma de los argentinos inclusive.

El autor de "El candelabro de los siete brazos" en quien se da la circunstancia verdaderamente sobrenatural del hombre que ha leído todos los libros, habla todas las lenguas y ha escrito tantas páginas como para dar la vuelta al globo terráqueo —y no precisamente en un *sputnik*— sólo podía ser un personaje de ficción. O de *Ficciones*. Ahora sabemos que acaba de cumplir sus bodas de oro con las letras, unas bodas más fecundas que las del rey Salomón que llegó a tener tres mil mujeres y dejó un solo libro, en tanto Cansinos tiene una sola mujer y dejará tres mil libros...

Cuanto atribuye al Talmud el gran andaluz, puede aplicarse a su propia obra. Como un gran Danubio azul o como el marino Amazonas, ella corre a



CESAR TIEMPO

lo largo de la historia literaria, traza en ella su ancho y hondo surco y todo lo llena con el fragor de sus aguas, llenas de naves y de légamo; filtra su raudal de vida en miles de libros que son sus afluentes, marca temidos meandros, deja algo de su barro nutricio en las

notas de las obras eruditas y logra mezclar así sus antiguas aguas graves con las trenzas revueltas de los modernos ríos. El sabe que la emoción suprema de su actualidad consiste en sentirse siempre grávido de una hora futura. El indomable animador de los movimientos literarios de vanguardia, el escritor infatigable e inagotable, blasona de su entusiasmo juvenil, que no claudicará nunca, con ese temblor maravilloso que la noche siente en la inminencia del día, porque sabe que toda cosa nueva ahonda, agrava y magnifica la vida.

Este Rafael Cansinos-Assens, lector omnívoro y crítico panadélfico, que capitaneó las más iracundas escuelas literarias muchísimo antes que los jóvenes iracundos de hoy soñaran con sus actuales apodemialgias, más aún, muchísimo antes de que sus abuelos engendraran a sus padres; este Cansinos-Assens que encendió y apagó todos los fuegos, desde los de Arquímedes a los de San Telmo; que dialogó con Yehuda Halevi y Dunas Ibn Labrat, con Isaías y con Job de Hus, con Selomó Ibn Gabirol y con Sem Tob de Carrión, con Israel Zangwill y con Max Nordau; que señorea sobre los idiomas antiguos y modernos, los dialectos inextricables y las escrituras sibilinas; que puede leer infaliblemente el devanagari, el ghez, el arameo, el karxuni, el siríaco, el hebreo, el himarita, el idisch, el árabe, el serrocroata, el vascuence, el hindi; que tradujo íntegramente, letra por letra, las Mil y una Noches, el Corán, el Talmud, Flavio Josefo, Dostoiewsky, Goethe, Andreiew, Balzac, Gorky, Scholem Asch, Israel Querido, Armand Lunel y centenares de autores más, lo que supone haber manuscrito unos cien millones de palabras, amén de las propias novelas, relatos, poemas, ensayos, biografías, censos literarios, glosas, parábolas, apólogos, humoradas y artículos periodísticos; que escribe a todo el mundo; que conoce exhaustivamente a todos los escritores muertos y vivos y puede trazar con idéntica acuidad la prosopo-

grafía de Homero y de Aljaziri, de Lucas, el médico griego que acompañó a San Pablo desde Troas a Macedonia, y de Cicerón que contemplaba con togado desdén desde su atrio, circundado de hermes, la plebe sin aras, sin dioses, viviendo *more ferarum* sin santidad en los concúbitos; y puede miniar ensayos admirables e interminables sobre el Cantar de los Cantares, la Etica y Estética de los Sexos, la Nueva Literatura, los soñadores del Exodo, el poeta de la Ciudad de la Matanza, su amigo Rubén Darío o su camarada de andanzas juveniles, ese Juan Ramón Jiménez que hacía primores con su caligrafía y sus analepsias... Como tocado por Devadi, el hijo de Pradiba, que poseía el don de volver a los viejos la fortaleza de la juventud, enamora a la vida con el ímpetu de los años mozos y todo en torno suyo se eriza de interrogaciones, como lo que empieza a ser. Un hombre así, que practica la pedagogía de la alusión, combate a las sectas que nacen en los arrabales del alma y es dueño de toda la antigüedad y toda la posteridad, sólo podía ser una creación de Borges, un personaje digno de transitar por su *jardín de senderos que se bifurcan*, atrapado en las mallas crecientes y vertiginosas de tiempos divergentes, convergentes y paralelos.

En las tertulias de "El Globo", de Buenos Aires, presididas por Alberto Hidalgo, el desconcertante poeta arequipeño, en las ruedas del "Auess's Keller", en casa de Evar Méndez, de Oliverio Girondo, de Ricardo Güiraldes, Borges hablaba de Cansinos-Assens con ese modo tan suyo de tejer tapices con un solo hilo largo y devanar imágenes con la generosidad de una fuente herida por el sol, en tanto Amado Villar y Francisco Luis Bernárdez que, como aquél, recién llegaban de Madrid, asentían misteriosamente sin aportar mayores detalles sobre el personaje, ni proporcionarnos sus obras ni indicarnos siquiera dónde podríamos encontrarlas. Por ese entonces Borges escribió un

poema que pudo leerse más tarde en su libro *Luna de Enfrente* y en la *Exposición de la Actual Poesía Argentina* que organizamos con Pedro-Juan Vig-

nal. El poema, hermoso rasgo de devoción adélfica, cuya intención votiva lo colma de un encanto immaculado, decía así:

A RAFAEL CANSINOS-ASSENS

Larga y final andanza sobre la exaltación arrebatada del ala del Viaducto.
A nuestros pies busca velajes el viento, y las estrellas —Corazones de Dios— laten intensidad.

Bien paladeado el gusto de la noche, traspasados de sombra, vuelta ya una costumbre de nuestra carne la noche.

Noche postrer de nuestro platicar, antes que se levanten entre nosotros las leguas.

Aún es de entrambos el silencio donde como praderas resplandecen las voces.

Aún el alba es un pájaro perdido en la vileza más lejana del mundo.

Última noche resguardada del gran viento de ausencia.

Grato solar del corazón; puño de arduo jinete que sabe sofrenar el ágil mañana.

Es trágica la entraña del adiós como de todo acontecer en que es notorio el tiempo.

Es duro pensar que ni tendremos en común las estrellas. Cuando la tarde sea quietud en mi patio, de tus carillas surgirá la mañana.

Será la sombra de mi verano tu invierno y tu luz será gloria de mi sombra.

Aún persistimos juntos.

Aún las dos voces logran convenir, como la intensidad y la ternura en las puestas de sol.

Luego, en una de sus Inquisiciones, en la que hablaba de Cansinos y sus epígonos, historiando su defección de la sagrada cripta de Pombo y su desvío de Ramón Gómez de la Serna, otro de sus hermes, Borges —devoto de ambos— decía entre otras cosas memorables refiriéndose al autor de "La huelga de los poetas": "En esta nuestra vida, donde rigen infamias como el dolor carnal, son inmerecedores de nuestra indignación lacras veniales como el injusto repartimiento de gloria. No quiero banderizar en pro de Cansinos ni desquitar con admiración vocinglera la indiferencia innumerable del mundo; quiero prometer a quienes examinen sus libros, la más intensa y asombrosa de las emociones estéticas".

Poema y panegírico sumados, Cansinos-Assens seguía siendo para nosotros un mito, como Thomas Rowley, el poeta clásico inventado por Chatterton, o el abogado Mis Bahadur Alí, de Bombay, autor de la novela "Acercamiento a Almotarsim", y Pierre Menard, el nuevo autor del Quijote, inventados

por Borges, o la poetisa Clara Beterf, inventada por nosotros...

Fue entonces que nuestra cofradía resolvió destacar a Luis Emilio Soto para verificar la existencia de Cansinos en su propio *hinterland*. Soto viajó a Madrid, recorrió sus tertulias literarias, conoció a grandes y pequeños bonetes de las letras españolas y, ¡oh, milagro!, oyó hablar de Cansinos, pudo ubicarlo en el piso de la calle de la Morería que ocupaba por ese entonces, oírlo, verlo, hablarle. Cansinos-Assens existía, y tanto, que escribió en seguida un extenso, apasionado y minucioso trabajo, publicado en "La Libertad", de Madrid deteniéndose en todos y cada uno de los poetas que integraban nuestra Exposición, desde Oliverio Gironde a Lisandro Z. D. Galtier.

LA CASA DE CANSINOS

Varias veces, al anochecer, nos refería Soto, traspuse el Viaducto, rumbo a la casa de Cansinos. A esa hora comienza a reunirse el concilio de sombras que

preside el aquelarre de la calle Segovia, cuya cuenca vista desde el Viaducto es una boca de lobo. Sólo entonces el alma en pena que yerra a través del barrio de la Morería se asoma a los vetustos portales de cuarterones desconchados y recia argolla de llamador. Al trepar por la escalera, mal alumbrada por una luz amarillenta, recibíame familiarmente el fuerte tufo de humedad que despiden las paredes trasudadas, ese olor a moho que se pega a los trajes y que sólo quitan los limpiadores a golpe de lucha japonesa. La habitación donde trabajaba Cansinos era estrecha y daba la impresión de serlo todavía más en virtud del diluvio de libros que contenía. Sobre el pequeño escritorio, encima de las sillas, agrupados en los estantes, formando pilas que se sostienen entre sí como rodrigones, en fin, las grutas mallorquinas del Orach, reconstruidas en un cuarto con rimeros de libros. Cansinos, proseguía Soto, habla con el mismo tumulto de imágenes que es el sello de su prosa —frases de falda “bombée”, de ancho ruedo verbal, y de numeroso plegado. Al revés de Azorín, que se abstrae y en espíritu permanece ausente de su interlocutor (en ocasiones, incluso escribiendo hace esos mutis). Cansinos, anima el diálogo, busca el abrazo íntimo, la trabazón de ideas y de sensaciones. Sabe escuchar arte mucho más difícil de lo que se cree, pues su atención, dúctil en extremo, permite que el interlocutor que tiene delante adopte la postura más cómoda para despacharse. Pero, sobre todo, interpreta, posee la virtud de escurrirse alma adentro, insensiblemente, con ese golpe hábil y exacto que es el secreto de los dentistas para extraer raíces sin dolor, raíces de la vida emocional, hincadas en su lecho legamoso y profundo, frente a Cansinos, traductor máximo de cuanto idioma existe, uno se siente un libro íntegro de erratas sin defensa y se experimentan deseos de cortar nuestros ademanes como se cortarían las amarras de un buque para

que no sirva de acceso furtivo a los agentes de la epidemia escrutadora; sutiles miradas y preguntas que expugnan el dominio del espíritu así como los temibles roedores deslizándose por los cables se cuelan a bordo.

Cansinos existía, pues. Existe. No era un mito, un personaje cuya vida es posible de reconstruirse, como la de Shakespeare, a través de sus creaciones, o la de Ossian, el bardo escocés del siglo tercero, dado a conocer catorce siglos después por Macpherson, mítóforo celeste. Pero continúa siendo un ser sobrehumano.

Nació en Sevilla el 24 de noviembre de 1884. Pertenece a una familia radicada en la capital andaluza desde el siglo XIII. Por su primer apellido descende de los conquistadores asturianos; por el segundo, del legendario héroe nórdico Assa, el de la famosa sinfonía de Brahms. Juan Ramón Jiménez cuenta que cuando el autor de “El divino fracaso” lo visitaba en su sanatorio de El Retraído, no se hacía llamar aún Cansinos, sino Cansino. La pérdida de la ese final, nos diría más tarde él mismo, se operó en Andalucía donde tantas letras y cosas se pierden. El no hizo más que restituirle al apellido esa letra perdida, ya que le constaba que los primeros que lo llevaron procedían del lugar de Cansinos, provincia de Asturias, partido judicial de Taverge. Así figura en el Tratado de Heráldica, de Piferrer, y en la Historia de Carmona, de Arellano.

Un Jacobo Cansino desempeñó ya bajo Carlos V el cargo de intérprete real en Orán hasta 1556, en que fue enviado en calidad de embajador ante el rey de Marruecos. El puesto de intérprete lo heredó su hijo Isaac, quien lo transfirió a su vez a su hijo Jaim y a su nieto Aarón. Un hermano de éste, Jacobo, fue también traductor del gobierno de España, docto en lenguas orientales, viajero y prosista de mérito. Murió en 1666. En Orán vivió en los promedios del siglo XVII el poeta Abra-



RAFAEL CANSINOS-ASSENS

ham Ben Jacob Cansino, que escribió el Agudat Esob y fue encarcelado en Murcia junto con su hijo por sorprenderseles en posesión de un ejemplar del Talmud. Y al majzor de Orán fueron incorporados varios de los piutim de ese poeta litúrgico desaparecido en 1672. Ahora los Cansinos son legión—descendientes de aquellos que permanecieron en la península no obstante el Decreto de Expulsión de 1492— y entre ellos figura la insospechable Rita Hayworth, cuyo verdadero nombre es Margarita Cansinos.

Tuvimos el honor de anudar con Cansinos una amistad entrañable que ya puede acogerse a los beneficios de la posesión más que treintenaria, pudimos auspiciar en Buenos Aires la edición de cinco o seis de sus libros más importantes y organizamos vastas romerías de peregrinos y catecúmenos hacia su al-

mandarache de la calle de la Morería, primero; en las cercanías de la Glorieta de Atocha, después, y en la Avenida de Menéndez y Pelayo 57, ahora. Escritores y admiradores de todas las latitudes aflúan y afluyen a la acogeta de Cansinos en la que descuella su figura patriarcal y anactoria y fulge su palabra, como esos ríos ávidos de confundir sus aguas con las del mar.

Nosotros mismos, apenas puesto el pie en España, entrando en la segunda patria ancestral por la bullente telesocracia del Mediterráneo que se conoce con el nombre de Barcelona—cuna de los Assens— corrimos presurosos a buscar el número telefónico de Cansinos en la guía de Madrid: 26-32-55. Porque Cansinos-Assens no sólo es una poderosa columna humana de carne y hueso, sino que figura en la guía de teléfonos, cosa que ocurre con muy pocos escritores famosos, que huyen de la promiscuidad y la curiosidad de las gentes, temerosos de verse asaltados por las multitudes... que los ignoren religiosamente. Cansinos no le teme a nada ni a nadie. Ni siquiera tiene el problema de ver retrasada su labor. Puede postergarla sin aprensiones. Es dueño de la hora misteriosa que le permite cosechar en sesenta minutos, lejos de las furias que niegan el día, lo que otro apenas si puede recoger en sesenta años. El mismo se proclama, sonriendo, una estatua simbólica del trabajo.

COMO TRABAJA

Como dijimos, el autor de "Las luminarias de Januco" vive en un segundo piso de la Avenida Menéndez y Pelayo, en la capital española, en un caserón donde también tenía su residencia José Francés, novelista y crítico de arte y, a ratos perdidos, Director de Correos, caserón que da la espalda a unos despoblados sobre los que el cielo afina su electricidad azul y se abre como un biombo fabuloso, como a él le gusta verlo sobre su cabeza de león de

Judá. Trabaja de tres a seis de la tarde. Cuando vivían sus hermanas, Cansinos hacía el *dictador*, es decir, cogía el libro ruso, alemán, persa, hebreo o húngaro que se proponía traducir y dictaba su texto en español, traduciendo en voz alta. Ahora que trabaja solo, coloca el libro en un atril, mete la cuartilla en la máquina y escribe a una velocidad endiablada, cosa que no pudo hacer nunca Paul Valery que era también un buen dactilógrafo. Don Rafael escribe con los diez dedos y a máquina desde que empezaron a venderse máquinas de escribir en España. Los editores lo han esquilado de tal modo que aún no ha podido ganar lo suficiente para comprarse una máquina nueva. La que usa es una Royal del año 30 y tantos. La cinta es siempre en dos colores. Así evito el retroceso de los subrayados, nos confiesa. Trabaja con la tenacidad y la fiebre de un iluminado, pero sin perder la serenidad. El traductor de "El día de la ira" usa también el diálogo vivo, la amistad desinteresada, la tertulia cordial. El mismo nos irá señalando los hitos de su biografía, que nosotros recogemos como los borradores de un retrato que algún día pintaremos con calma.

No en vano se llevan seis siglos de sevillanos en la sangre. La etimología de Sevilla es Shefalá, voz fenicia y hebrea que significa llanura. Indicio evidente de la gravitación judaica en el momento de la invasión agarena es el hecho consignado por el Achbar Hachauá, de que Huza confió la custodia de la ciudad a los judíos, lo mismo que en Córdoba y Granada. Después de la batalla de Navas de Tolosa en la cual quedó herido de muerte el imperio almohado, Sevilla se constituyó en emirato independiente. Durante este período los sefardíes molestados en otras regiones, vivían pacíficamente en Sevilla, entregados a su religión y sus ocupaciones. Sevilla es un país romántico, pero de un romanticismo que trae su filiación directa del Asia, y que de allí

llegó, seguramente, portado en las urnas vivas de los pechos de sus colonizadores semitas, que vieron a Dios en los desiertos. Lo que sobresale en Sevilla es el poeta; y la voz de su numen es ese laúd de que hablaba el filósofo hebreo: *Si vas a Sevilla merca un laúd, y si a Córdoba, un libro*. La rareza de escritores imaginativos en Andalucía explicase suficientemente por la pobreza de vicisitudes de una vida hasta ahí enclaustrada en los estrictos límites del severo tradicionalismo musulmán, lleno de vetos y anatemas. Para detener el ímpetu vertiginoso con que aires y cuerpos corren hacia las grandes verdades últimas, en los países de demasiada luz, multiplicaron los legisladores religiosos vetos y restricciones, cubrieron de velos a la mujer y crearon los tules engañosos de las celosías. Todo esto tenía por objeto retardar el advenimiento de los momentos fatales. Al hacerlo así, empobrecieron la vida, en lo que respecta al episodio, pero enriquecieronla extraordinariamente en cuanto al caudal de los sentimientos, que se tornaron más vehementes y exasperados ante el vano estorbo que pretende retardar un destino. Predominio del *pathos* sobre el *ethos*, como diríamos en el lenguaje de los estetas germánicos.

Pero si bien nació en Sevilla, la formación intelectual de Cansinos se realizó en Madrid, adonde tuvo que trasladarse con su madre y sus hermanas, muy joven todavía, después de haber perdido a su padre, un menestral del barrio de la Alameda. Su madre pensó que Rafaelillo, estudiante modelo en su ciudad natal, podría hacer carrera como militar, como covachuelista, como empleado del Tribunal de Cuentas, pero el muchacho se empeñó en no ser otra cosa que escritor. Llegó a trabajar cuarenta y ocho horas en el Ferrocarril del Estado y ésta fue la colocación que más le duró. Por entonces empezó a cultivar los idiomas que le atraían sobremanera. Comenzó a

vivir de las traducciones y sigue traduciendo y ensanchando el área de su versación idiomática implacablemente. Ha extendido tanto las fronteras de su poliglofilia, que llega a la India y pasa por Persia y el Pakistán. Repasa constantemente el sánscrito y el armenio para no perder las formas. Ya dijimos que conoce todo el grupo de idiomas europeos, el oriental, el que pudiéramos llamar germánico, las lenguas eslavas e incluso el ideograma chino. Radicado en Roma, quince años atrás, recibíamos constantes conminaciones suyas para que le consiguiéramos libros escritos en turco y en húngaro, difíciles de obtener en España, pues empezaba a tomar contacto con dichos idiomas y deseaba conocer sus expresiones más nuevas.

TODO LO APRENDIO EN LOS LIBROS

—¿Desde cuándo proviene su amor a las letras?, le preguntó en cierta ocasión André Guilmain.

—Desde el mismo momento en que mi madre me las dio a conocer, con un libro en su regazo— le contestó Cansinos. Más adelante avivóse en el colegio con el conocimiento de los autores clásicos, griegos y latinos, influido por los cuales hice mis primeros ensayos literarios. El profesor de Humanidades, padre Antonio López, me pronosticó en verso —el lenguaje de las sibilas— un gran porvenir si seguía cortejando a las musas. Y desde entonces ya no quise ser más literato.

Oficialmente no hizo estudios regulares. Ni siquiera terminó el bachillerato, cosa que no ocurrió con Ramón Gómez de la Serna, por ejemplo, que es abogado, que no ejerció nunca la profesión, ni con Pío Baroja, que era médico, ni con León Felipe que era farmacéutico, ni con José de Echegaray que fue ingeniero. Cansinos es un autodidacta como “el príncipe que todo lo aprendió en los libros”, que es por otra parte, donde aprenden los maestros.

—Lo poco que sé, incluso los idiomas, lo aprendí sin mentores, nos dice. Ser su propio guía tiene sus ventajas. Y sus riesgos. Desafiarlos no deja de ser un manantial de sorpresas.

Publicó su primer libro —“El candelabro de los siete brazos”— en la Editorial Renacimiento, gracias a la mediación de Gregorio Martínez Sierra. Es el libro que más quiere. Por otra parte, las amistades públicas de Cansinos con las gentes de Israel, los libros dedicados al tema semítico, sus estudios sobre el Talmud y el movimiento jasídico, su sionismo nunca desmentido, le valieron en la España siempre contradictoria, un anatema que él considera honroso y una de las cosas más puras y bellas de su vida. Si de algo se enorgullece es de haber escrito libros que han contribuido a que sea mejor conocida y estimada una raza de mártires y poetas que ha dado al mundo tantas grandes figuras y sigue dándolas con la fecundidad de los matrimonios pobres, como si toda ella fuera una élite.

Puede decirse, sostiene el autor de “El movimiento V. P.”, que la literatura española en su siglo de oro, se inspira por igual en las Sagradas Escrituras, redactadas por el cálam hebraico, que en los cánones profanos de la lírica greco-latina; por igual en los Profetas animados del numen divino que en los vates gentiles asistidos del soplo arrebatado de las Sibilas y del sereno genio de Apolo. En esta dualidad de inspiraciones, que paralelas se manifiestan en nuestra lírica, el fenómeno del culteranismo es singularmente expresivo, y podría interpretarse como un indicio excepcional del genio semita que, anónimo de una advocación clara e intencional, manifiéstase sin embargo, como retoño tardío, como resabio o recuerdo de una facultad étnica. ¿El estilo culto no es, en suma, un refloramiento del estilo que los antiguos preceptistas griegos y latinos llamaban asiático, como a algo que aspiraba en la esfera verbal y de la imagen escrita a la amplitud des-

mesurada, a la grandiosidad aventurada y excesiva de la naturaleza y la arquitectura asiáticas, como a algo que superaba la sencilla y serena medida de la eurythmia griega, basada en las proporciones del hombre y en su módulo orgánico, para aspirar a lo sobrenatural y grandioso de los sueños y los delirios, a esa medida asiática de que en el teatro griego son resabios y reminiscencias —no hay que olvidar que el arte es una memoria— el coturno y la máscara? ¿Qué importa que el culteranismo emplee el lenguaje de los poetas gentílicos y busque el repuesto de sus imágenes y alegorías en los grandes depósitos mitológicos, mientras son precisamente sus contrarios y antípodas, quienes hallan sus tropos y la dirección de sus brújulas en el mundo lírico semita?

Lo importante es que ese estilo grandioso, henchido y sibilino, representa mejor la inspiración profética, transporta a otra letra la antigua música de simún y volcán de la Biblia, y de hecho constituye un fenómeno insólito en nuestra literatura, de cuya condición exótica da fe el escándalo con que es acogido y la actividad con que a su advenimiento se agitan los satíricos estros. Lo importante es también que el aportador de ese estilo es un poeta tildado, no obstante su condición sacerdotal, de ascendencia judaica, aunque sólo podamos invocar como testimonio de esta presunta estirpe el conocido epigrama de Quevedo: Yo te untaré mis versos con tocino — Porque no me los muerdes, Gongorilla. De lamentar es que hasta ahora, el denuedo de nuestros eruditos no se haya ejercido en la tarea de investigar los presuntos estigmas hebraicos en el linaje de Góngora, dilucidando por modo fidedigno la suma de sangre de converso que pudiera haber en el tintero del padre del estilo culto, que de esta suerte pasaría a ser indicio de un atavismo poderoso que perduraría triunfante a pesar de los bautismales excrismos. Confieso, subrayaba Cansinos-Assens,

que siempre me ha preocupado el susodicho epigrama quevedesco. El misterio de la ascendencia de Góngora es de los que más seducen en mí a un espíritu poco inclinado a asumir el tren de sondas, compases y barrenos de la erudición, y naturalmente más propenso a obtener la voz del atavismo mediante el fonoscopio directamente aplicado al pecho mismo del poeta. Pero si alguna vez me resignase a adoptar el aparato de los enseres eruditos y a hundirme en esos pozos negros de la investigación histórica, sería para indagar el enigma de la ascendencia gongorina y a buscar con la debida reverencia el signo de la estirpe redivivo —rueda amarilla o efod— bajo ese hábito sacerdotal marcado con la cruz. Todo, en esa inspiración desmesurada y en esa predilección por las formas grandiosas y sorprendentes, indica una temperatura de otros climas. Esa hinchazón deslumbradora, esa cargazón de arreos y preseas, esa eterna aspiración a lo grandioso, de donde el asiduo culto de la hipérbole —cedro de los países líricos del Oriente— habla de un atavismo semita que a sí propio se recuerda en el verso, falto de otra memoria más explícita. Y aun incita a creer más en ese origen asiático del culteranismo, la comprobación de calidades análogas en el estilo oratorio, de una oratoria de Sinaí y de zarza ardiendo de otro gran escritor, el gaditano Emilio Castelar, cuyo nombre al menos, según Jorge Elliot, se haya inscrito en el blasón de la heráldica semita.

Todo lo que se dice de Góngora puede decirse de Cansinos, paisano de Gustavo Adolfo Bécquer, cuya ascendencia germano-hebraica es notoria, que también dio una nota extraña en la poesía y el cuento españoles si bien es visible la influencia de Heine sobre su estro, ese Heine genial y descreído que inicia el alborar de la novela israelita con su comienzo de novela “El rabino de Bacharach”. El autor de “El retorno del éxodo” siente la exis-

tencia real de los signos ancestrales y se prodiga con una riqueza inagotable y caudal que es la constante de los grandes ríos de Babilonia. Su preferencia por el uso del salmo y la parábola, la imagen arrojadiza, el símbolo y la alegoría tienen una raíz oriental cuya filiación no es difícil rastrear. Su misma prosa, opulenta y cabrilleante, de fraseo sensual equivalente al de Mendelssohn en la música, parece unir el fuego de los desiertos abrasados al temple heroico de las espadas castellanas.

“El primer imperio español, el semita, fue alegre como una boda, escribe el historiador Gonzalo de Reparaz. El segundo, el ario, triste como un funeral. Por eso el símbolo de aquél es el Alhambra; el de éste el Escorial”. Con el ñandutí de oro de la Alhambra parece haber bordado Cansinos sus páginas admirables e insuperables, ricas en toda clase de registros, de las que no está ausente la nota de humor, ese humor del que vive saltando y cantando entre espinas como un *jasid*.

En 1924 publica Cansinos-Assens “Las luminarias de Januca”. El protagonista de esta novela, Rafael Benaser, es un descendiente de judíos españoles conversos a raíz del Edicto de Expulsión. Luis Emilio Soto, el eminente crítico argentino, examinó la revelación de la ignorada genealogía de Benaser, que no puede ser otro que el mismo Cansinos, quien retorna virtualmente a la fe mosaica abjurada por sus antepasados reintegrándose a las tradiciones de la tierra de Sefard. De la compenetración con el proceso histórico de las persecuciones, extrae Benaser las fuerzas psicológicas y culturales que lo suman al renacimiento de Israel. Sobre el velo de la ficción novelesca tiemblan las estrellas salomónicas bajo el alegato transido de vehemencia confidencial. Lo que Cansinos pone en labios de su personaje, también escritor, se ajusta al pie de la letra a sus propias luchas como guía de la actual literatura hebreo-española.

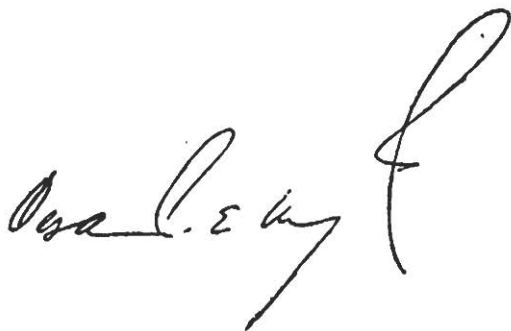
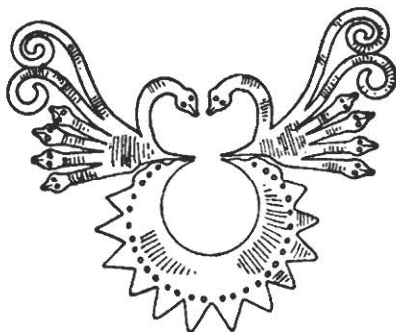
Otro personaje del libro abandona a España, se despidió del poeta, para dirigirse a la asamblea de los grandes del mundo. “Ante esa asamblea, dice, yo he de presentarme sin otro prestigio que el de mi pobre ciencia, sin otra fuerza que la de mi entusiasmo, a interceder por mi pueblo, a pedir para él esa tierra sagrada de Palestina, que cubre los restos de nuestros antepasados más antiguos y sustenta las ruinas más venerables de nuestra gloria. Les recordaré su promesa de conceder en Palestina un hogar al pueblo judío; y quién sabe si al fin el sueño de Bar Cojba y de Rabí Akiba, el sueño por cuya realización suspiraron todas las almas nobles de Israel, el ideal por el que vibraron las lanzas del Hijo de la Estrella y el arpa de Jehuda Halevy, llegará al fin a cumplirse. Entonces Israel tendrá, por último, un estrado en el que tenderse, reposar; y podrá sacudir el polvo de sus peregrinaciones y desatar para un descanso largo el nudo de sus sandalias. Ese será su sábado definitivo; pero hasta entonces sólo habrá vivido en una eterna víspera. Por fortuna ese día se aproxima; la bandera de Sion, la bandera de paz, blanca y azul, ha ondeado ya sobre la ciudad santa, y el himno sionista, el himno de la esperanza —Atikva— ha sido entonado allí por las voces de los guerreros. No está lejano el día en que las vidas hasmoneas vuelvan a florecer en las monedas judaicas, en que Israel se siente entre las naciones y sea oída su voz en la Asamblea de los poderosos...”

Ese día augurado por Cansinos-Assens hace cerca de cuarenta años, ese día por el que combatió con las armas de su elocuencia el gran escritor, con más coraje que muchos macabeos y con más sabiduría que muchos sabios solemnes y reverenciados, ese día llegó hace menos de tres lustros. Pero Cansinos, sefardí incircunciso, olvidado por las enciclopedias judaicas, olvidado por quienes más deben recordarlo y celebrarlo, aún no fue invitado a Israel,

la patria ancestral. Pero no desesperemos. Algún día España, madre de naciones, reconocerá a Israel. Y Rafael Cansinos-Assens, apocrisario y ministro plenipotenciario por derecho propio de Israel en España, será por derecho propio e irrevocable, embajador

de España en Israel. Ninguno con más títulos. Por otra parte, aún no alcanzó los primeros 80 años, la edad que tenía Goethe cuando escribió su segundo Fausto.

Madrid, 1963.

A handwritten signature in black ink, reading "Rafael Cansinos-Assens". The signature is written in a cursive, flowing style with a large, decorative flourish at the end.

“Chico Carlo” de Juana de Ibarbourou y “Tierra de Infancia” de Claudia Lars

(ESTUDIO COMPARATIVO)

Por Cristina E. DE ESCHER

Universidad de Tulane

New Orleans, La., USA



CRISTINA E. DE ESCHER

PROLOGO

Chico Carlo de Juana de Ibarbourou publicado en 1944 y *Tierra de Infancia* de Claudia Lars de 1958, son dos colec-

ciones de narraciones autobiográficas que ofrecen numerosos puntos de convergencia y divergencia. Es posible que estemos en presencia de un caso de influencia o quizás una simple coincidencia puesto que los temas son parecidos. Hay un período de catorce años entre la publicación de ambos libros, lo que, a primera vista, sugeriría una influencia en la obra posterior; pero por otra parte las diferencias esenciales indican que son creaciones independientes y en este estudio me propongo ayudar a comprender mejor el paralelo literario y tratar de demostrar que se trata de una coincidencia temática más que de una influencia.

Los prólogos de estas obras han sido escritos, uno por la autora y el otro por el escritor guatemalteco Eduardo Mayora y por consiguiente no pueden estudiarse con el mismo sentido crítico del cuerpo de las mismas; sin embargo merecen mencionarse como la mejor indicación de la tonalidad que caracte-

riza ambas obras. Al leer el prólogo de Juana de Ibarbourou comprendemos por qué subtítulo su obra "cuentos".

Cuando queremos mirar nuestra infancia lejana ¿qué luz fantasmagórica nos ilumina la escena? Esa niña de ojos vivos y sueño puro ¿era yo misma? ¿Me he desdoblado de ese capullo, he seguido caminando por la vida desde esa casa y ese jardín? Yo sé que existieron todos los seres que veo moverse en ese tiempo casi inconcebible, de repentinos presentes, de pretéritos remotísimos y que Feliciano, mi negra aya, con su querida habla, mezcla de portugués y castellano, me donó la oración, la fábula, el canto de cuna y la gracia invaluable del mimo, pan nutricio... Yo sé que fui tierna, feliz, amada, buena, que todo lo que narro en este libro es verdad, y que la vida entonces era como el paraíso de los elegidos de Dios. ¡Y todo me parece un cuento!¹

El prólogo al libro de Claudia Lars, que lleva como subtítulo las palabras "verdad y fantasía de mi niñez", es del escritor guatemalteco Eduardo Mayora, quien ha resumido muy acertadamente la esencia del libro:

No obstante la similitud del paisaje y de las gentes con los otros países centroamericanos, tiene este libro —queriéndolo o sin quererlo su autora— una nota dominante: la devoción irrestricta, el amor que se desborda por la tierra salvadoreña. La fauna, las costumbres, las tradiciones, la esencia del folklore, todas esas pequeñas cosas que forman el alma de los pueblos y que se transmiten sin propósito deliberado —como herencia preciosa— están aquí, embellecidos por la magia de la escritora, que las evoca y las presenta a través de su temperamento de poeta².

A pesar de los subtítulos y del paralelismo de los temas, una lectura más cuidadosa revela la diferencia entre los prólogos de los dos libros, así como la lectura de los mismos mostrará la disparidad de contenido artístico e ideo-

lógico y ayudará a convencernos de que se trata de obras independientes.

CAPITULO I

CONTENIDO DE LAS OBRAS

1 *Chico Carlo*

Esta es una colección de relatos autobiográficos que nos pinta la vida de familia de la autora y sus aventuras y travesuras infantiles. Los cuentos de este libro tienen, en general, un dejo de tristeza medio filosófica, y el desencanto característico de sus observaciones de mujer adulta va haciendo que las narraciones dejen una sensación de amargura. Esto se siente en la mayoría de los catorce relatos de que consta el libro.

Estas narraciones son valiosísimas para el estudio del "yo" artístico de Juana de Ibarbourou y son además de gran interés para un estudio de psicología infantil. También es notoria la nota religiosa muy personal, que, sin embargo, no disminuye el sabor amargo que gota a gota se va absorbiendo de sus páginas. Los relatos pierden el encanto de los recuerdos infantiles y la continua mención de sus desencantos juveniles y de mujer adulta nos hace olvidar que estamos leyendo cuentos. Muy pocas veces reímos con el *Chico Carlo*.

La descripción del paisaje y el uso de algunos regionalismos, ponen la nota de color y dan realismo a las narraciones. Naturalmente todo gira alrededor del personaje central: Juana, llamada Susana en su niñez. Entre sus personajes secundarios, hay algunos que le merecen un poco de atención, por ejemplo: Chico Carlo, el compañero de juegos, su madre y Feliciano, la nodriza. Esta, especialmente, fue su compañera constante de excursiones por el mundo de lo desconocido y de ella nos dice Juana:

Era sana, apacible, candorosa. Venía



John H.

de las sierras del Aceguá, joven animal bondadoso cuya primera incursión a un mundo medio civilizado lo constituía esa llegada a mi pueblo natal, donde empezó a descubrir el mundo. (O.C. pgs. 581-582).

Los relatos titulados "La nodriza y el cielo", "Abuela Santa Ana" y "Duendes de Cerro Largo" nos dan idea de la camaradería que existía entre Susana y su aya. Nos enteramos de las historias y leyendas que le cuenta la nodriza por medio de las cuales pinta la autora el alma sincera e infantil de la negra que sueña como aspiración máxima el ser hacendada y tomar mate en una bombilla de oro. En "Abuela Santa Ana", Feliciano le cuenta a Susana cómo las luciérnagas sirven de faroles a la augusta señora para alumbrarle el camino cuando va a visitar al Niño Jesús, por lo cual Susana jamás tocó una luciérnaga y la fábula se convirtió para ella en credo indiscutible.

En "Duendes de Cerro Largo" comprendemos el enorme significado que tienen para los niños las narraciones infantiles en que los duendes ocupan un lugar importante y naturalmente éstos ocuparon un sitio predilecto en el corazón y la mente de la autora, gracias a su buena nodriza.

Otros relatos se relacionan más con las emociones infantiles que parecen haber influido más en el espíritu tan sensible de Susana; son éstas las narraciones que abundan en comentarios profundamente amargos. Por ejemplo, en "La mancha de humedad" se queja de que le hayan robado su "espejo mágico", en el que, como Alicia, ve mundos desconocidos y fantásticos. En "La hermana y el monstruo" nos enteramos de lo que sufría cuando la comparaban con su hermana mayor. En "La fuente de los sapos", "El Padre Eterno" y "Soldado de policía" nos cuenta lo que sufrió y cómo la hirieron las humillaciones que involuntariamente le hicieron los mayores. El recuerdo de las

mismas todavía le hacía sufrir cuando escribía el libro.

Por muchos años —y aun creo que hasta hoy mismo en lo más profundo de mi corazón— he conservado un secreto rencor contra cierto hermoso ejemplar de la Historia Sagrada. (O.C. pág. 617).

En "La fuente de los sapos" nos hace ver cómo recuerda perfectamente la vergüenza que sufrió cuando una compañera de juegos la tiró a la fuente y cómo la risa de los concurrentes a la plaza, ya que el acontecimiento tuvo lugar en una noche de retreta, hirió profundamente su orgullo infantil. La emoción que sintió tiene, en la narración, más importancia que el hecho en sí. Esta misma risa es la que recuerda con rencor en la narración "El Padre Eterno" donde, en su inocencia, personificó en el suegro de su hermana a uno de los personajes de la Historia Sagrada, y al verlo en la sala de recibo de su casa se hincó ante él a pedirle muchos juguetes; petición que cortó la unísona carcajada de todos los presentes. El "Soldado de policía", es también sobre el mismo tema. En éste la madre laboriosa y ahorrativa rehacía vestidos y abrigos para Susana de las ropas que dejaban los mayores, y un día llevaba ésta un abrigo azul de botones dorados y los muchachos de la calle asociaron el traje con el uniforme de policía. Susana al oírse llamar así arremetió contra el grupo saliendo mal parada de la refriega.

Leyendo "Las coronas", tenemos el mejor retrato de su madre y conocemos el amor que ésta tenía por todos y cada uno de los miembros de la familia aun los ya idos. El tema de la vida del pueblo lo volvemos a encontrar cuando se agita bajo la tensión de un momento inolvidable para el país, la guerra entre blancos y colorados que asoló al Uruguay durante los años 1903 a 1907. En los relatos titulados "La guerra" y "Chico Carlo", vemos los efectos que estos conflictos causaban en las familias de

los pueblos pequeños, donde los ecos de la lucha llegaban como un oleaje que no afectaba la vida diaria, pero que sí se sentía como una amenaza en el aire.

En "La reina" nos cuenta las veces que jugando con sus amiguitas, Susana impuso su autoridad y astucia en defensa de los humildes y nos enteramos también cómo los prejuicios sociales pierden fuerza cuando son niños los que se enfrentan con ellos. Otra narración de tema infantil es "Tilo", siendo ésta una de las que más sentido universal tiene. Todos los niños del mundo sienten especial cariño por los animales con que juegan, especialmente por los perros. Juana, ya en el prólogo, se refiere a su perro y nos dice:

yo sé que Tilo me dio su festivo cariño cuando más necesitaba de alegría y ternura y que yo tuve adoración por la pobre bestezuela que sólo para mí era hermosa. (O.N. pág. 569).

"Chico Carlo" y "Chico Carlo y su rifle" son los dos relatos en que conocemos al amigo de la infancia que da nombre al libro. Nos enteramos de su carácter hosco y huraño y vemos cómo Susana jugaba con él aprovechándose, con astucia femenina, del cariño que éste le brindaba.

2. *Tierra de infancia*

Esta es también una colección de narraciones de los días infantiles de la autora; pero Claudia no ha narrado solamente los hechos acaecidos, sino que con el velo de la fantasía ha sublimado la realidad sin modificarla. En sus páginas encontramos una descripción de los pueblecitos centroamericanos, naturalmente identificados en Armenia, donde la poetisa pasó sus primeros años. Por ser como ella dice: "verdad y fantasía de su niñez", los personajes centrales son sus familiares, criados y amigos de la infancia; y el espontáneo

relato de su vida es una rememoración gozosa que hace viajar con ella a los lectores por una tierra real pero sin calendarios ni relojes.

La autora en estos veinticuatro cuentos describe el ambiente campesino salvadoreño, el pueblo con su ingenuo decir y su gran riqueza folklórica, formando todo un conjunto de aventuras medio reales, medio fantásticas, en las que la autora es una criolla *Alicia en el país de las maravillas*. Naturalmente los compañeros de viaje son sus muñecas, su inagotable imaginación y curiosidad infantil y todos sus seres queridos, de los cuales hace unos perfiles literarios vibrantes de emoción y cariño.

El libro se trata de recuerdos autobiográficos y el acierto literario de la autora ha sido el hacer de casi todos estos recuerdos cuentos entre reales e ilusorios, llenos de tonalidades poéticas y salpicados de un colorido criollismo. Claudia Lars, al contrario de Juana de Ibarbourou, ha pintado la emoción que le produce volver a vivir poéticamente los días de su niñez.

En el prólogo de su libro de poemas infantiles *Escuela de pájaros*, Claudia Lars dice que: "desearía ofrecer a los niños latinoamericanos la hermosa literatura infantil que poseen los pueblos sajones"³; yo diría que en *Tierra de infancia*, logra en parte su propósito. La temática folklórica y los regionalismos ponen en el libro la nota localista, amena y colorida; haciendo de esta manera una obra que atrae por igual a chicos y grandes.

Algunas de las narraciones tienen mucho de autobiográfico; por ejemplo, la titulada "Se llamaba Patricio" en la que nos da una pintura psicológica de su padre y al mismo tiempo comprendemos el porqué de su gran afinidad con él. En "Retrato de mi abuela", no sólo nos hacemos amigos de la "gran dama" sencilla y pueblerina que fuera Carmen Zelayandía de Vega, sino que

al mismo tiempo nos enredamos en la trama de todos los acontecimientos importantes de la vida de la casa, los cuales giran alrededor de este personaje.

Otras narraciones "La niña Menches", "Stella", "El manco Anselmo", "Tonila" y "Los cheles" son pinturas delicadas de un hermoso colorido criollo de estos personajes y de sus aventuras, especialmente aquellas que de alguna manera tuvieron relación con el mundo infantil de la autora. Por ejemplo: en "Los cheles" conocemos en parte la vida de su padre y de los amigos que lo visitaban en su isla de retiro, el solar de los Vega, en donde, dentro de la hermosa casa patriarcal de españolísimo sabor, había construido una casita medio estudio, medio taller, donde hospedaba a sus amigos. La alegría y el alboroto que causaba la llegada de tales visitantes constituye uno de los capítulos más humorísticos del libro.

Otro grupo de narraciones tienen en sus páginas el verdadero sabor de la tierra salvadoreña, dándonos en un conjunto perfectamente armonizado el paisaje, sus pobladores indios y mestizos, sus costumbres, tradiciones, tragedias y su colorido lenguaje. Tales serían: "La casa", "El hechizo", "Nuestro valle", "La ciudad de Sonsonate", "Día de la Cruz", "El mantel del altar", "Regalo de cumpleaños", "El hombre de la muerte" y "La hora del fuego". Dentro de esta temática, algunos cuentos son tal vez más elaborados y con su bagaje de fantasía tienen un delicioso sabor infantil, por ejemplo: "Chabela Tacuáztzin", "Vamos a la mar, tun, tun", "Nochebuena", "La Virgen era una indita" y "Horas del tiempo mágico". En "La Salamandra", "Tres deseos" y "El encuentro sagrado" nos encontramos con una niña inquieta a quien su padre, amante de la poesía, supo inculcarle este amor; las innumerables citas poéticas en el libro nos demuestran este aspecto de la autora de *Tierra de infancia*.

CAPITULO II

CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS

La temática en ambas obras tiene numerosas variantes que giran alrededor de un tema central; en *Chico Carlo* alrededor de la personalidad infantil y adulta de la autora y en *Tierra de infancia*, alrededor de la región donde Claudia vivió y los personajes que tuvieron relación con ella durante su niñez. Naturalmente, la proyección es distinta, en Claudia Lars es lo interior suavemente proyectado sobre lo exterior y en Juana de Ibarbourou es lo exterior en función de su yo interior. Esta característica está acorde con la personalidad de cada una de ellas. La uruguayana es la de las emociones impetuosas y la salvadoreña es la de las emociones espirituales. Es por eso que las narraciones de *Tierra de infancia* están más despersonalizadas.

Los temas principales y comunes a las dos obras son los que tratan de la familia, los amigos y compañeros de juegos. Por ejemplo, entre "La reina" de *Chico Carlo* y "Horas del tiempo mágico" de *Tierra de infancia* no sólo existe una convergencia de temas, sino de estructura. En estos dos relatos las heroínas son jefes de sus respectivos grupos de juego. Ambas imponen su voluntad, pero el desenlace es distinto. En "La reina" el juego se vuelve una lección indirecta de tolerancia social. Las niñas no quieren que la reina del juego sea la hija de la lavandera y Susana usa toda su astucia y autoridad para solucionar el conflicto y todo termina sin mayores dificultades. En cambio en "Horas del tiempo mágico" el juego termina en una tragedia y es una lección de falta de cuidado y de sentido práctico en cuanto a juegos de niños se refiere. Estos están jugando a la guerra, se decoran la cabeza con cascos de papel, pero a la hermana menor de Claudia no le pueden poner la misma

clase de gorro porque tiene demasiado pelo y Claudia a insinuaciones de otro niño decide ponerle una sobpera de peltre, la que desgraciadamente se desliza hasta el cuello de la pequeña aprisionándola.

Otras narraciones que comparten el tema son "La ciudad de Sonsonate" de *Tierra de infancia* y "La fuente de los sapos", "Chico Carlo", "El Padre Eterno" y "Soldado de policía", del *Chico Carlo*. Estas narraciones se refieren a experiencias desagradables que lastimaron el orgullo infantil de las poetisas y naturalmente son más numerosas en el libro de Juana de Ibarbourou a pesar de tener éste menos relatos que *Tierra de infancia*. Claudia Lars resume la historia de su libro, diciendo:

Conseguí un buen castigo, pero desde ese instante me sentí ufana y segura; adivinaba instintivamente que nunca más sería molestada por ningún atormentador de débiles o de tontos. (T.I. pág. 72).

Este es uno de los pocos relatos de carácter personal en el libro, ya que, por lo general, la autora se mantiene a la distancia, apareciendo como narradora indirecta. En *Chico Carlo*, al contrario, la autora aprovecha incidentales de esta naturaleza para intercalar observaciones medio filosóficas, religiosas o moralizadoras. Por ejemplo, en "Chico Carlo" cuando Susana ha tenido un disgusto con su amiguito, encontramos la siguiente observación, después que éste se ha burlado de los cantos de ella:

Volví lentamente a mi cama y como una mujer, de nuevo me acosté llorando. ¿Qué oscuro y recóndito sentimiento me unió a aquel extraño muchacho de mi infancia? No lo he analizado, lo cierto es que nunca, hasta que el arrorró para mi hijo se hizo feliz necesidad de mi corazón, volví a cantar. (O.C. pág. 599).

En "La fuente de los sapos", sueña con dejarse morir de hambre para castigar a su mamá con quien está disgustada: "Susana está furiosa y piensa muy

mal de la justicia divina y de la humana." (O.C. pág. 605).

En "El Padre Eterno" las observaciones, aun cuando generales, son más sentidas:

Pero de él me vino también la primera sensación de ridículo que hirió mi alma tan profundamente, que todavía hoy, que la evoco, sonriendo me hace llorar de lástima por la niña que bebió en ella su primera amargura.

... Mil veces pero que la humillación de un hombre es la de un niño. (O.C. págs. 619-622).

En "Las coronas", "La hermana y el monstruo" y "La estrella" de este mismo libro, conocemos a los miembros de la familia de Susana, sabemos la vida que hacen y sus relaciones con la pequeña comunidad donde viven. La madre de Susana juega un papel muy importante y ella y la nodriza representan para Juana de Ibarbourou, lo que para Claudia Lars su padre y su abuelo.

En *Tierra de infancia* leemos en "La casa", "Retrato de mi abuela", "Se llamaba Patricio" y "El mantel del altar" los perfiles literarios que la autora hace de sus familiares. Hermosos pasajes costumbristas abundan en estos relatos y los personajes centrales son mucho más importantes que la autora misma. Sobre todo en los que habla de la personalidad de su padre, nos damos cuenta cómo ésta ha influido en la formación de la personalidad de la autora y aun en la selección de su profesión.

Ya he citado antes la descripción de la personalidad de la niñera de Juana de Ibarbourou, uno de sus personajes más importantes en el libro; veamos cómo Claudia Lars describe a un personaje que tiene con ella la misma relación que la niñera de Susana. Claudia dice de su abuela:

Vigilante, segura, afirmativa, a veces parecía una monja laica y a ratos la madre de cien hijos. (T.I. pág. 31).

Otros relatos que comparten temática son los que se refieren a la religión, sin teorizar sobre la misma. En "La Virgen era una indita" Claudia Lars nos muestra una especie de mestizaje religioso. Y en "Abuela Santa Ana" del *Chico Carlo* la narración que le cuenta el aya negra a Susana, es más o menos similar, pero esta última hace la experiencia muy personal; en cambio Claudia Lars liga la religión a las manifestaciones folklóricas, formando ésta parte de la tradición, y la leyenda la escuchamos en boca de la india que la narra, no de los labios de Claudia. Por lo tanto, la religión es un aspecto vital de sus personajes y las narraciones de temas religiosos como la mencionada anteriormente y "Día de la Cruz" y "Nochebuena", poseen un delicioso sabor criollo, tienen gran sentido humano y sin ser dogmáticas son edificantes. Vemos desfilar ante nuestros ojos las tradiciones de los pueblos católicos con toda su belleza primitiva, la mezcla que el indio hace del Dios cristiano con sus propias y atávicas deidades. Las narraciones de la Biblia son adaptadas a las costumbres y tradiciones pipiles en un mestizaje espiritual, con la mayor seriedad e inocencia:

La Virgen Santísima era una indita de por estos lugares, que vivió cerca del pueblo de Caluco hace mucho tiempo, mucho tiempo... antes de la llegada de los soldados de Castilla. Un día la vio en el mercado un carpintero ya entrado en años que se llamaba José, y poco después mandó a la "pedidora" al rancho donde vivían los padres de la joven... Siete fanegas de maíz y siete de frijol bien escogido —más una gallina copetona y un gallo de los que no se cansan de echar el ala— tuvo que pagar por la mano de María, pero el precio le pareció una verdadera ganga... Los dos se fueron una mañana por esos soles, con suficiente bastimento en las alforjas de pita, y con loza de Izalco en el 'Cacaxtle' del hombre, para ir vendiendo baratijas a los caminantes... Así llegaron a reinos nunca vistos

y pasando por tierras del gran señor Moctezuma al fin se detuvieron cerquita de Nazareth. (T.I. págs. 131-135).

En las narraciones "Nochebuena", "El día de la Cruz", "La ciudad de Sonsonate" y "La Virgen era una indita" conocemos las celebraciones tradicionales, que acordes con el calendario y la tradición católica, rigen la vida social y familiar de estos pueblos. Los bautizos, la primera comunión, el día de la Cruz, la feria del Santo Patrono, la Nochebuena, etc. se encuentran en las páginas de *Tierra de infancia*.

La fiesta del día de la Cruz, no es precisamente del calendario apostólico romano; pero es la celebración de la llegada de las primeras lluvias y aunque la celebración es ahora cristiana recuerda las fiestas precolombinas del dios de la lluvia. Se celebra el tres de mayo y todos, ricos y pobres, cumplen con la tradición. Naturalmente, entre los campesinos, esta celebración es rigurosamente observada, mezclando en ella la deidad cristiana y los elementos de la naturaleza de los cuales dependen para su subsistencia. En los patios de las casas se coloca una cruz de madera y se adorna con cadenas de papel de color, flores, plantas y sobre todo frutos. El altar se arregla la noche anterior y al estar terminado, cada familia lo hace saber a los vecinos, tirando al aire un cohete. La ceremonia de la adoración tiene lugar el día siguiente y la chiquillada va de puerta en puerta adorando cruces y dándose un hartazgo de frutas. Grandes y chicos repiten el conocido estribillo, al hacer la genuflexión:

*Quita de aquí Satanás
que parte en mí no tendrás
pues el día de la Cruz
dije mil veces, Jesús,
Jesús, Jesús, Jesús.*

(T.I. pág. 116).

Claudia relata la celebración de su

casa con todos los pormenores y preparativos sin quitarle nada del sentido tradicional folklórico que tienen estos actos en los pueblos latinoamericanos. En otros lugares esta fiesta correspondería a la vendimia de las frutas o a la fiesta de la mies.

Otra celebración que los pueblos latinoamericanos observan religiosamente desde finales de diciembre hasta el seis de enero, y en algunos países hasta febrero, es la Navidad, admirablemente descrita en las páginas de *Tierra de infancia*. El centro de atracción de esta fiesta es el "nacimiento" que se arregla alrededor del pesebre. Verdaderas ciudades liliputienses surgen de las manos hábiles de todos los miembros de la familia, mezclando candorosamente épocas, pueblos, individuos y países. Junto al portal de Belén, los ángeles y los Reyes Magos, hay trapiches criollos, indiecitos de barro vendiendo fruta, lagos artificiales con barquitos y animales, trenes, carretas, etc. La comparsa de la pastorela visita los "nacimientos" la noche del veinticuatro de diciembre, y en los días anteriores las "posadas" han contribuido al regocijo general y han preparado el ambiente para el espíritu de esta celebración.

Claudia Lars ha descrito fielmente el aspecto costumbrista y las narraciones anteriores en boca de sus personajes, tiene todo el sabor del mestizaje religioso, siendo el mejor ejemplo el cuento que Andrea, la india vieja nana de la familia, narra a los niños en "La Virgen era una indita". Esta nota costumbrista no existe en *Chico Carlo*. En las narraciones de Juana de Ibarbourou la religión es algo muy personal, y aun en los relatos que le hace Feliciano, el aya negra, notamos la impresión que Susana guarda de los mismos, no la manera como se los dijeron. De "Abuela Santa Ana", cuando la negra le ha contado que la abuela del Niño Jesús va a visitarlo por las noches y que las luciérnagas le alumbran el camino, ella dice:

Desde entonces no cacé más luciérnagas... Mi hijo heredó ese respeto por las luciérnagas. Abuela Santa Ana puede estar segura de que ya nunca ninguno de mi raza la dejará a oscuras en sus nocturnas visitas al divino nieto. (O.C. págs. 638-639).

Cuando Juana de Ibarbourou habla de la religión de sus personajes, sus propias observaciones le quitan sabor al candor de la escena. En el relato "La guerra", cuando su madre y su hermana llevan ofrendas a la Inmaculada con el objeto de pedir protección divina para el jefe de la casa que se había ido a pelear, Juana relata la escena comentándola:

Candor de la fe a la vez dadivosa y solicitante, inmensa inocencia de toda filosofía, sencilla esperanza de recibir la dicha a cambio de los pequeños dones domésticos. (O.C. pág. 661).

En el mismo relato, ella va a arrodillarse al altar del bando contrario, comentando cómo en los pueblos pequeños a veces algunas familias mezclan la religión y la política con toda pasión y buena fe:

Santos antiguos vestidos de brocados y terciopelos. Imágenes de piedad y de paz. Por ellas, sin embargo, supe lo que era la guerra y la sentí en el dolor y la vergüenza del infamante castigo. (O.C. pág. 665).

tanto la idea religiosa como los personajes que la rodean quedan opacados ante sus propios sufrimientos. A veces, sus recuerdos son risueños y llenos de cierta melancolía. Entre sus recuerdos agradables guarda las oraciones que aprendió de niña, las que le enseñó su nodriza, y como dice ella misma es: "una curiosa mezcla de fe, de miedo a la vida y de supersticioso temor de lo desconocido y sobrenatural". Al mismo tiempo la oración es un mestizaje de idiomas.

Sinhora rainha: por tua coronita de estrelhas, yo te pido que me fazas buena e me des a salú y un vestido de ouro para ser princesa y que nunca me falte o pan, y que tenha sonhos santos y que vaya a tua casa cuando me morra y que no me persigan as ánimas em pena ni naide pueda echarme feitizo cuando me olhe con raiba, Amén. (O.C. págs. 583-584).

La única cita poética del *Chico Carlo* es de carácter religioso. Es el himno a la Virgen enseñado por los misioneros españoles y que forma parte de la tradición católica de los pueblos de habla española. En general se nota en el libro que muchas observaciones y recuerdos guardan estrecha relación con la religiosidad particular de la autora, no de sus personajes. En el momento en que escribía este libro, recuerda al amigo de su infancia y dice con unción:

¡Sumo Señor del infierno cierto y el cielo ni siquiera entrevisto: creo que debo arrodillarme para agradecerte la celeste rosa de oro con que iluminaste mi infancia! ¡Con cuánta humildad deslumbrada te digo por ella: ¡Gracias Señor! (¡Y tengo toda la cara mojada de lágrimas!). (O.C. pág. 625).

Claudia Lars, al contrario, hace sentir la religión a través de la tradición y no hay comentarios ni observaciones filosóficas respecto a la forma en que los personajes practican la religión. De sus propias creencias o sentimientos no vemos nada y aunque en sus páginas vemos desfilar las principales celebraciones del santoral católico, no pone en el libro ningún énfasis en la idea religiosa. Sin embargo, ambas escritoras concuerdan en que a esa edad en sus creencias religiosas, Dios, los ángeles y los duendes están perfectamente mezclados en el concepto infantil de religión.

Feliciana en el *Chico Carlo* hace, poco más o menos, el mismo papel que Andrea en *Tierra de infancia*. Esta última entremezclaba la Historia Sagrada

con las costumbres pipiles y la historia de la América precolonial y colonial. Feliciana pedía a Susana que rezara a los duendes para que les concedieran pequeños favores, ya que la negra en su inocencia no hacía distinción y las cosas sobrenaturales tenían para ella un solo origen y un solo centro.

El aspecto humano-social está presente en ambas obras sin que sea nota dominante en ninguna. Juana de Ibarbouro lo recalca un poco más en su narración "La reina", pero Claudia Lars no refiere ningún incidente de esta naturaleza. Solamente en "Tres deseos" recordando sus amigas de la infancia hace un comentario, en el que notamos cómo ya de mujer adulta piensa y siente los problemas de su raza:

Eramos demasiado inocentes para imaginar que nuestra felicidad de entonces se asentaba en el largo y fatigante esfuerzo de toda una clase de gente explotada, y como nuestras familias nos parecían compasivas —si las comparábamos con otras— no es extraño que fuéramos tan felices en nuestro estrecho mundo rural. (T.I. pág. 132).

Refiriéndose al mestizaje racial, en el cuento "La ciudad de Sonsonate", Claudia Lars hace mención a la historia de la región y dice:

El mestizaje tuvo comienzo desde los primeros días de la conquista; mestizaje violento, confuso y atormentado, pero con necesarios aportes para el futuro. (T.I. pág. 68).

Todos los personajes que desfilan por las páginas de *Tierra de infancia* sienten y actúan de acuerdo con su nacionalidad, origen, clase, etc. Uno de los amigos de su padre, un estadounidense andariego que ha visitado Latinoamérica, critica a sus compatriotas turistas:

—¡Idiotas!... ¡Piensan que tierras tan bellas pueden guardarse en una cámara

fotográfica!... Se creen el mismo John Loyd Stephens, pero confunden las ruinas de Copán con la ciudad de Tegucigalpa... Son seres tontos y superinmunizados, que cogen una diarrea al sólo comer una guayaba, y que juegan esas mariconerías del tenis y del golf, en vez de entrar en las selvas y abrirse paso entre sus peligros. (T.I. pág. 90).

El mismo personaje se enfurecía cuando algún centroamericano menospreciaba los Estados Unidos y gritaba desaforadamente asustando al que así le hablaba: “—Yo puedo insultar a mi madre porque soy su hijo —gritaba rojo de cólera— pero no permitiré que nadie me la insulte. (T.I. pág. 90).

Generalmente, los problemas no se sienten en el libro en ninguna de sus páginas, más bien es una demostración de la coexistencia racial y de la unión espiritual de gentes de todas las razas, y todas las clases. El padre irlandés-estadounidense y el abuelo mestizo, y aun los criados indios ocupan el mismo sitio en el corazón de la autora y en la obra. Ella misma es producto de esa convivencia.

En los relatos donde Claudia recuerda la pérdida de sus seres queridos, la narración es sencilla y conmovedora. Cada uno de los personajes tiene vida propia y su personalidad se hace sentir en las páginas que le corresponden. Juana de Ibarbourou, en cambio, nos pinta sus personajes con bosquejos muy opacos. Solamente conocemos a Felicitiana y un poco a Chico Carlo. Los demás son siluetas, que aparecen en el momento oportuno en que Susana hace tal o cual cosa. Sin embargo, sus observaciones sobre el problema social son muy acertadas: “El drama social palpita en ese rincón doméstico como en los tumultuosos escenarios del mundo, quemantes de grandes y pequeñas pasiones.” (O. C. pág. 616).

El tema infantil en *Chico Carlo* también está teñido de observaciones psicológicas y docentes y en el único relato donde coinciden ambas escrito-

ras es en el que cuentan sus juegos infantiles, “La reina” del *Chico Carlo* y “Horas del tiempo mágico” de *Tierra de infancia*, comentados anteriormente.

Otras narraciones no tienen más convergencia que la de tener tema y sabor infantil; éstas son: “La niña y el príncipe y el café con leche” de *Chico Carlo* y “Chabela Tacuáztzin” de *Tierra de infancia*. El tema central está desarrollado sin elaboraciones o asociaciones a otros hechos o personajes y ambas escritoras insertan comentarios de sus impresiones de mujeres adultas al recordar estos episodios de su infancia. Juana de Ibarbourou, cuando la llamaban a comer, aunque triste por tener que suspender el juego, hace los honores a la mesa y dice: “¡Ah, muchas veces, después, su plato quedará intacto ante ella, inapetente y melancólica por sus sueños desvanecidos y sus esperanzas frustradas!” (O.C. pág. 647).

Claudia al final de su narración comenta el significado que ahora tiene para ella, el haber tenido dos muñecas: una rubia del norte, linda, y moderna; y una morena, indígena y de elaboración casera: “Pienso ahora que Chabela Tacuáztzin fue todo un símbolo. Al hacerse pedazos la rubia criatura del norte, ella llegó a mi cariño con la naturalidad y la gracia de mi propia gente. En ella recibí a las difuntas abuelas de mi raza indígena —silenciosas y dignas— vestidas lujosamente según la antigua usanza.” (T.I. pág. 79).

Hay otros relatos que se relacionan con la historia de los respectivos países. En los de Juana de Ibarbourou hay muy pocas referencias, muy indirectamente habla de la guerra civil uruguaya, en donde narra fielmente lo que ella sufrió, el castigo que le impusieron y los acontecimientos que lo causaron. Claudia Lars, por lo general, da datos y asociaciones históricas en varias de sus narraciones y en la titulada “La ciudad de Sonsonate” leemos la historia completa de la ciudad desde su fundación.

A principios del siglo XVI el temerario capitán español don Pedro de Alvarado abandonó por un tiempo las tierras de Guatemala —donde había logrado grandes triunfos en la conquista de las tribus aborígenes— y se dirigió al sur por los litorales del océano Pacífico. Después de atravesar un caudaloso río —que sirve ahora de frontera entre Guatemala y El Salvador —penetró audazmente en la región de los pipiles, seguido de sus intrépidos soldados. (T.I. págs. 65-66).

La narración continúa dando detalles de la lucha, número de soldados, nombres de historiadores, fecha de fundación, etc. Todo esto como introducción a la narración de sus viajes a la ciudad y de lo que le pasó en ella.

En "El manco Anselmo", un veterinario ambulante sin título ni escuela, hace mención a hechos históricos de Centro América, como por ejemplo: la invasión de Walker a Nicaragua y las guerras entre Guatemala y El Salvador. Y, finalmente, en "La hora del fuego" hay una descripción vívida de la tremenda erupción del volcán de San Salvador, el siete de junio de 1917. También hay asociaciones históricas de otros países: Irlanda, Estados Unidos, Inglaterra, Panamá y otros países centroamericanos. En el relato "Se llamaba Patricio", refiriéndose al origen racial de su padre, dice:

Los antepasados de mi padre fueron irlandeses del sur de la isla, que mamaron la rebelión de su pueblo contra Inglaterra en leche de mujeres heroicas, y que por siglos y siglos —desde la invasión anglo-normanda de 1171— no hicieron más que añorar las glorias de los tiempos pasados. (T. I. pág. 43).

Las asociaciones históricas, especialmente las que se refieren al mestizaje no sólo de razas sino de culturas, abundan en *Tierra de infancia*. En el libro de Juana de Ibarbourou no hay asociaciones históricas o costumbristas, ya

que su mundo interior se encuentra presente en todos los relatos, entrelazándolo con la realidad del momento que vive y del momento en que escribe. Más bien, Juana hace mención al futuro. Por ejemplo, en sus juegos infantiles cuando decide que harán sorteo por medio de cédulas, dice con sutil ironía:

Esta niña intuye la política, señores. Las cédulas equivalen a las elecciones constitucionales y también admiten el fraude si es necesario. (O.C. pág. 614).

Las observaciones de Juana de Ibarbourou, como es natural, tienen más relación con su propio futuro. En "Chico Carlo y su rifle" su madre la corrige y ella se arrepiente de su fechoría con el siguiente comentario:

¡Ya Susana hizo una de las tuyas!
¡Qué criatura! Pobre hijita; va a tener que sufrir con ese genio!... Dios me la ampare: ¡No te equivocaste, mi buen ángel! Si mi corazón fuera un acericó, ¡qué difícil sería clavarle un solo alfiler más!
(O.C. pág. 630).

Claudia Lars en "El hechizo" hace una velada referencia a su sufrimiento de mujer adulta y es la única mención que se encuentra en el libro a su vida personal, pero la observación se refiere más a su padre que a ella misma

Creo que fue mi padre —ese aventurero que había conocido tantos mares y costas— el que me enseñó a amar y a comprender la tierra de mi madre y de mi abuelo. Nunca imaginó que yo tuviera que envejecer en ella, pues siempre estaba hablando de que me enviaría, cuando fuera mayorcita, a un hermoso lugar de Long Island —no lejos de la ciudad de New York— a fin de que en el hogar de una hermana suya yo aprendiese la lengua y las costumbres de su gente, y tal vez me casara, más tarde, con un Kelly, un Murphy o un McVeigh... Su deseo sólo se cumplió a medias. (T. I. pág. 22).

Como vemos, el “yo” interno de Claudia se asoma muy raras veces, ya que la autora como narradora se traslada en el tiempo, aunque algunos relatos están en primera persona. Es por eso que en el libro abundan los paréntesis geográficos, históricos, anecdóticos y costumbristas. Juana de Ibarbourou, en cambio, supedita la acción y los personajes de su obra a sus emociones del ayer y del presente, haciendo constante mención a sus sufrimientos, siendo ésta la nota dominante en la mayor parte de sus relatos. Naturalmente hay pocas descripciones de su región natal; y los sitios y hechos que menciona son aquellos que la afectaron directamente.

Lo anecdótico en Claudia no se limita sólo a su región natal; también hay leyendas irlandesas y es natural que estas divagaciones hacia latitudes y razas diferentes ayuden a establecer un contraste, sin restar importancia a la tónica del libro. Todos los que lo lean, no sólo conocerán el país, sino la región que sirve de marco al libro.

El primer recuerdo que guardo en la memoria es un violento y encendido recuerdo visual; entre jugosos valles y cordilleras un volcán de cono arenoso, arrojando ríos de brasas; un volcán estremecido y bramador, con algo de animal antediluviano. (T. I. pág. 21).

Como es de esperarse la pintura de la región para Claudia no tendría sentido si olvidara a sus habitantes, y en este mismo relato escribe más adelante:

Los habitantes de mi valle crecían ciegamente, como los ‘conacastes’ y los ‘chapernos’ de la montaña. Todo para ellos era simple, natural, inevitable. Soplaban el viento y el temporal no quería abandonarnos; pasaban en fila los azacuanes de octubre; se tapiscaba el maíz y se curaba el tabaco; se vendía el ganado y se guardaban en altos estantes los pilones de azúcar nueva; se iba el verano de seis meses abrasadores y volvía el invierno de seis largos meses de lluvia. Esas per-

sonas tenían algo de plantas resignadas y de bestias buenas. (T.I. pág. 23).

Las descripciones en el *Chico Carlo* son poquísimas y breves, apenas hacen el efecto de un escenario pobre, donde lo importante es el drama que se lleva a cabo. Por ejemplo:

En el pueblo de antigua edificación portuguesa, con techos de teja y ventanas enrejadas, no había más que una sola casa de dos pisos, que en el vértice de su tejado tenía una veleta que era un gallo de metal herrumbroso. Daba a la plaza, con un gran zaguán de piedras rectangulares y un laurel rosa ante la puerta. Todo el mundo pasaba frente a ella con absoluta indiferencia. A mí me estremecía. (O.C. pág. 648).

El uso de regionalismos y americanismos pone la nota de colorido en el lenguaje, ayudando también a la ubicación geográfica de los relatos de ambas obras. El habla mezcla de portugués y español es de los países sudamericanos que tienen frontera con Brasil; y el habla salpicada de vocablos nahoa-pipil es característica de los pueblos centroamericanos y de México. Los regionalismos usados en *Chico Carlo* son pocos y están escogidos con cuidado; sin embargo, no realzan o demuestran un lenguaje criollo, como tampoco aumentan la calidad literaria del mismo. Cuando el padre se va a la guerra, la madre le prepara lo que va a llevarse y al mismo tiempo le explica al sirviente:

Este es el café recién tostado y molido. En el envoltorio amarillo va la marcela. En este verde, el ‘mburucuyá’, no te olvides. Aquí, el ‘cipomiló’ para las víboras. El de cordón azul son hojas de ‘pitanga’ por si le sientan mal esas cosas que muchas veces tendrá que comer sólo Dios sabe cómo... Esta es la sal. (O.C. pág. 656).

Claudia ha usado mucho más los

americanismos y regionalismos porque la mayor parte de sus relatos pertenecen a la temática criollista-costumbrista. Los pone en boca de sus personajes, especialmente en los diálogos. Cuando celebra su cumpleaños y habla con el indio Cruz, este diálogo tiene todo el sabor del habla mestiza del campesino de la región:

—Podría darle unos 'pacunes', para que juegue 'cinquitos'.

—Tengo montones y montones...

—Entonces unos 'capulines' recién 'pepenados'.

—¡Tonto!... ¡Si no soy murciélago!...

—Pues un nido de gorrión.

—No, porque es pecado hacer llorar a la mamá pajarita.

—Pues... pues... Yo también le voy a dar algo, niña. Sólo que mi regalo tiene que hacerse de noche, porque es de la 'escurana'...

—¡Uy Crucito!... ¿Será un 'tecolote'?

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué ocurrencia la suya! ¿Cómo le voy a regalar ese pájaro que anuncia a la 'pelona'? (T. I. págs. 104-105).

Además de los regionalismos encontramos la forma de voseo popular en varios países de América. En la narración que la india Andrea hace en "La Virgen era una indita", cuando el arcángel San Gabriel le está hablando a la Virgen, le dice:

Y a vos —preciosa— para hacerte reina del cielo... No me digás que estoy bromeando y que todo lo que te cuento es pura coba. (T.I. pág. 123).

Esta forma de voseo también se encuentra en el *Chico Carlo*, cuando Susana habla de dulces con su amigo:

—¿Querés un pedacito, Chico Carlo? Y él haciéndose el grande, decía hosco, encojiéndose de hombros:

—Ni falta que me hacen esos merengues. Cométe lo todo, vos que sos mujer. (O.C. pág. 594).

El fenómeno lingüístico no difiere mucho, a pesar de la distancia geográfica. La trasposición del acento y la pérdida del diptongo, como en *querés*, *sostenés*, *podés*, etc., el cambio de acento en otras: *cométe lo*, *digás*, *ponés*, etc., se encuentran en muchos países de América y son aceptados en Argentina, Uruguay, Paraguay y Costa Rica; pero en otros países se consideran propios sólo del pueblo inculto.

Como Claudia Lars pinta mucho más el elemento humano de la región que describe, no puede prescindir del uso de estos cambios lingüísticos y de los regionalismos y para facilitar la lectura de la obra ha recopilado, en las páginas finales, un glosario que consta de ciento veinte palabras. La sexta parte de éstas son perfectamente castizas, tres o cuatro son arcaísmos todavía usados en ambos continentes y dos sextas partes son americanismos aceptados hace mucho tiempo por la Real Academia. De las palabras restantes, una tercera parte son nombres de plantas y frutos de la región, pero familiares a los otros países tropicales.

También en este último grupo, que constituye los verdaderos regionalismos, hay palabras que el pueblo inculto de esta región ha deformado, ya sea de arcaísmos o de palabras correctas, por ejemplo: "juelgo" por *huelgo*, "melarchía" del arcaísmo *melarquía*, etc. Es probable que este glosario fuera seleccionado con mucha prisa, porque la mayor parte de las palabras no siguen el orden alfabético.

Cronológicamente, estos dos libros tienen solamente un punto de contacto; ambas obras se refieren a una etapa común en la vida de las escritoras, la comprendida entre los cinco y los diez años. Claudia Lars en *Tierra de infancia* relata parte de sus recuerdos de adolescente y llega hasta los diez y ocho años; Juana de Ibarbourou, en cambio, no va más allá de los diez; por lo tanto su libro abarca solamente seis

años de su vida y el de Claudia Lars exactamente el doble.

Juana de Ibarbouro nació en 1895 y sus cuentos se refieren a los años entre 1900 y 1905. Claudia Lars nació en 1899 y sus narraciones cubren los años de 1905 a 1917. Esto explica en parte el mayor número de relatos en *Tierra de infancia*.

Como la uruguaya es más personal en sus temas, hace varias referencias a su edad. En "Las coronas", por ejemplo, se refiere a una de sus amiguitas y dice: "Frente a mi casa vivía una niña de mi edad —ocho o nueve años a lo sumo— y llegué a contagiarle mi entusiasmo por las preciosas coronas." (O. C. pág. 575). Más adelante en "Chico Carlo y su rifle", leemos: "¡Dios Padre! ¿Tuviste alguna vez siete años y alguien te obligó a aprender letras y números; tortura demoníaca." (O.C. pág. 631); y en dos de sus narraciones: "La guerra" y "Chico Carlo" se refiere indirectamente a la guerra civil que asoló el Uruguay entre los años 1903 y 1907.

Como Claudia Lars se despersonaliza en sus narraciones, sólo menciona su edad en uno de los relatos, de manera muy casual, sin que nos dé ninguna indicación precisa. Hablando de una de sus muñecas, dice: "Hasta que cumplí nueve años fue mi más fiel y querida compañera." (T. I. pág. 78).

Pero no indica qué edad tenía cuando sucedió lo que cuenta en este relato titulado "Chabela Tacuáztzin".

En la última narración, "La hora del fuego", en la que se despide de su pueblo natal a causa de un terremoto que destruyera la región casi por completo, debido a la erupción del volcán de San Salvador o Quetzaltepeque, el siete de junio de 1917, ella menciona el día solamente, recordando que en una de las paredes de la casa había un calendario que con un número en rojo indicaba una fiesta religiosa: el Corpus Christi. Este acontecimiento obligó a la familia a abandonar el hogar patriar-

cal para radicarse en la ciudad de Sonsonate. La despedida de ella a su región natal da el título a su obra.

Confusamente adivinaba que había dejado para siempre mi tierra de infancia, y presentía que íbamos a establecernos en la ciudad de edificios coloniales y patios rebosantes de begonias y palmas. (T. I. pág. 198).

Chico Carlo es decididamente un libro más biográfico y podemos encontrar en sus páginas muchos datos importantes para la biografía de la autora; por ejemplo, en "Duendes de Cerro Largo" sabemos que tenía treinta y cinco años cuando escribía estos relatos.

Ahora, desde este balcón de siete lustros en que está suspendida mi vida de mujer, contemplo, en el prodigio de este nocturno marginado de flores exóticas, los otros años que quedaron atrás, plácidos, crédulos, puros. (O.C. pág. 668).

Este dato nos sitúa en el año 1930, cuando Juana de Ibarbouro cumplía los siete lustros. El libro se publicó catorce años más tarde, en 1944.

En el libro de Claudia Lars no se encuentra ningún dato que pueda ayudarnos a situar el momento de su vida en que escribió el libro; pero es muy probable que lo hiciera entre los años de 1954 y 1957, cuando escribía su libro de poesías infantiles *Escuela de pájaros*, 1955, que comparte con *Tierra de infancia* algunos temas y motivos de inspiración.

En la parte externa de ambas obras encontramos que la prosa es suave, fluida y amena. La de Juana de Ibarbouro es menos poética que la de Claudia Lars y solamente nos agrada alguna que otra metáfora suelta que nos hace pensar en la poetisa, i. e.: "el verano bramaba en la calle" (O.C. pág. 594), "una lucecita encendida en la tiniebla y cuidada por dos ternuras" (O. C. pág. 625), metáforas que tienen originalidad y belleza; pero al mismo

tiempo leemos otras convencionales y trilladas como: "ciega de sol de diciembre" (O.C. pág. 596), o "tortura demoníaca" (O.C. pág. 631). Tampoco abundan las citas poéticas y en el libro solamente leemos una estrofa de un alabado religioso tradicional y una o dos líneas rimadas de algunos juegos infantiles. En *Tierra de infancia*, por otra parte, las citas abundan y hay a veces poemas completos de la misma autora. Otras citas son de escritores poco conocidos, por ejemplo:

*Así entre todas va vuestra blancura,
con gracia, con dulzura y con aseo,
que excede toda gracia y hermosura.
Sois la blanca paloma en el meneo,
sois azucena y rosa en la figura,
sois una hermosa aurora a mi deseo.*

(T.I. pág. 68)

del cronista y poeta colonial Juan de Mestanza citado elogiosamente por Miguel de Cervantes Saavedra en dos de sus obras. Juan de Mestanza fue Alcalde de Sonsonate, el departamento costero de El Salvador que conocemos a través de las páginas de *Tierra de infancia*.

También conocemos una bella traducción, de autor desconocido, a un poema de Henry King, Obispo de Chichester, favorito del padre de la autora y que ésta guarda entre sus mejores recuerdos de las conversaciones entre ella y su padre. Tampoco podemos dejar de mencionar innumerables versillos sueltos que se encuentran muy a menudo; y, como el libro está lleno de descripciones las metáforas y los símiles abundan, especialmente en los párrafos que se refieren al paisaje regional: "bajo el espinazo de los cerros" (T.I. pág. 17), "entre jugosos valles y cordilleras" (T.I. pág. 21), "el volcán hace pensar en una gigantesca tapa de panela" (T.I. pág. 25), etc.

Eduardo Mayora, en el prólogo a *Tierra de infancia*, hace un comentario sobre la prosa del libro tratando de

definir lo que tiene de peculiar su estilo:

Va vestido tan sólo de su propio encanto, como si acabara de salir de un corazón infantil, y por virtud de su diafanidad y fragancia, y de su poesía, será recibido con cariño por todas las manos habituadas a sostener libros que en alguna manera llevan escondida la magia que cautiva la voluntad de los hombres⁴.

Tanto el libro de Claudia Lars como el de Juana se leen con facilidad; pero al comparar el valor artístico de los mismos *Tierra de infancia* supera a *Chico Carlo*.

CONCLUSION

Aun cuando los dos libros comparten la misma temática, las divergencias entre ellos son más numerosas que las convergencias. Existe una coincidencia en los temas generales y esto es fácilmente comprensible por tratarse de libros de reminiscencias infantiles.

En ambas obras, cada capítulo tiene unidad artística y hay en casi todos ellos desarrollo de un argumento, pudiendo separarse los relatos y clasificarlos como cuentos cortos. Tal parece haber sido, en parte, la idea de Juana de Ibarbourou al poner a su libro el subtítulo "cuentos". El subtítulo que Claudia Lars pone a su libro, "verdad y fantasía de mi niñez", es más que todo un comentario definidor.

La autora de *Chico Carlo* está personalizada en su obra; y en *Tierra de infancia*, la autora a veces se adivina en la distancia. Claudia Lars, quizás intencionalmente, ensalza el valor poético del folklore, Juana de Ibarbourou no da a éste ninguna importancia.

Tierra de infancia es un aporte al estudio de americanismos y regionalismos, demostrando que este vocabulario tiene un uso poético y apartando su empleo del ya trillado género de costumbres, al que siempre se ha asociado. Juana de Ibarbourou no se ha preocupado de dar a su obra un sabor

regional mediante el uso del léxico vernáculo.

La impresión que dejan ambos libros es muy distinta, no sólo por la estructura externa de los mismos, sino por el subrayado especial que el mensaje espiritual pone en los mismos. *Tierra de infancia* nos hace admirar la tierra salvadoreña y comprender mejor a sus

habitantes, sentimiento que por asociación se extiende al resto de Latinoamérica.

Chico Carlo nos hace sentir piedad por los sufrimientos de la niña poeta, pero con menor interés por su ambiente regional y tratando de hacer de ella misma, más bien un símbolo general de la niñez.

Christina Echeverría de Escher

NOTAS

- 1 *Obras completas*, Juana de Ibarbourou, (Madrid, 1953). Página 569.
- 2 *Tierra de infancia*, Claudia Lars, (San Salvador, 1958). Página 10.
- 3 *Escuela de pájaros*, Claudia Lars, (San Salvador, 1955). Página 7.
- 4 *Tierra de infancia*, Claudia Lars, (San Salvador, 1958). Página 13.

BIBLIOGRAFIA DE LAS AUTORAS

JUANA DE IBARBOUROU

- Las lenguas de diamante*, (Buenos Aires, 1919).
El cántaro fresco, (Montevideo, 1920).
Raíz salvaje, (Montevideo, 1922).
La rosa de los vientos, (Montevideo, 1930).
Los loores de nuestra señora, (Montevideo, 1934).
Estampas de la biblia, (Montevideo, 1934).
Chico Carlo, (Montevideo, 1944).
Los sueños de Natacha, (Montevideo, 1945).
Perdida, (Buenos Aires, 1950).
Azor, (Buenos Aires, 1953).

CLAUDIA LARS

- Estrellas en el pozo*, (San José, 1934).
Canción redonda, (San José, 1937).
La casa de vidrio, (Santiago de Chile, 1941).
Romances de norte y sur, (San Salvador, 1946).
Sonetos, (San Salvador, 1947).
Donde llegan los pasos, (San Salvador, 1955).
Tierra de infancia, (San Salvador, 1958).
Fábula de una verdad, (San Salvador, 1959).
Sobre el ángel y el hombre, (San Salvador, 1961).

BIBLIOGRAFIA SOBRE LAS AUTORAS

- Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, (México, 1954).
Anónimo, "Claudia Lars en su bella *Tierra de Infancia*", "El Imparcial", (Guatemala, 10 de enero de 1959).
Cid, Dolores Martí de, *Tres mujeres de América*, (Habana, 1942).
Gallo, Ugo i Giuseppe Bellini, *Storia della Letteratura Ispano Americana*, (Milano, 1958).
M. J. A. h., *Tierra de infancia*, "Novedades", (Guatemala, 18 de enero de 1959).
Reyles, Carlos, *Historia sintética de la literatura uruguayana*, (Montevideo, 1931).
Rosembaun, Sidonia Carmen, *Modern Women Poets of Spanish America*. (New York, 1954).
Toruño, Juan Felipe, *Desarrollo literario de El Salvador*, (San Salvador, 1958).

En torno a un gran poeta olvidado

Consideración Acerca de Afinidades e Influencias en la Literatura y la Poesía

Por Rolando VELASQUEZ



ROLANDO VELASQUEZ

Salvador Díaz Mirón aparece en la historia de la poesía americana como uno de los poetas más profundamente influidos por los fenómenos de su época, aun cuando de ella toma con precisión exacta de cuidadoso escogedor, sólo lo bueno, lo más noble y generoso, lo más valioso como concepción y elemento artístico, lo más útil como fuerza estética creadora.

Estando de moda, en la poesía social de aquellos tiempos, la extensa dramatización, vertida particularmente en largas recriminaciones hacia la injusticia social, Díaz Mirón conserva la parquedad de su temperamento al insertarse en el cuadro de los poetas y los profetas sociales.

Los mejores modelos de la poesía social de entonces están viciados de esa prolijidad declamativa, que más que poesía viene a ser a ratos arenga política. No puede Díaz Mirón menospreciar este elemento que él sabe valioso, pero su profunda capacidad de síntesis lo hace verter en dos estrofas a lo sumo la

más tremenda requisitoria contra la sociedad, contra las fuerzas que encadenan al hombre y lo prostituyen y le tuercen la senda de su hermoso destino, y aun contra la altura que contempla impasible el desenvolverse anarquizado y sin barreras de la vida humana.

Pero hay en el poeta un aspecto mayormente apreciable en cuanto a su relación con su propio tiempo. En este relacionarse su función espiritual se duplica, ya que si tiene, unida a su fuerza de síntesis una prodigiosa capacidad receptiva para llevar a su espíritu toda la audacia y la fuerza revolucionaria del momento, también sabe influir a otros espíritus americanos contemporáneos y constituye el caso más asombroso de un artista que crea influencias y domina en amplios círculos en un período limitado, casi al paso mismo de su surgimiento y evolución.

Entre sus zonas de influencia, aparte de la fuerza que proyectara sobre la inmensa producción de Darío y Chocano, se encuentra una bastante rara, puesto que se trata de un espíritu también ardiente, subjetivo y egoísta que pasa por la literatura americana exhibiéndose como un modelo de arbitrariedad y beligerante retracción: José María Vargas Vila. Poco apto para adentrarse y estimar en la grandeza ajena en razón de estar cegado por los rayos de la propia grandeza, este raro escritor, dueño absoluto de artificiosos olimpos, profesó verdadero culto y devoción a Díaz Mirón y su poesía. No sólo tributó este afecto en carácter de adhesión y admiración personal sino que, en mucho, su literatura estuvo alguna vez, y en más de un aspecto, influenciada por la obra de Díaz Mirón. El orgulloso rebelde que fue Vargas Vila, quien llegó inclusive a menospreciar la tradicional forma castellana a fuer de convertirse en escritor exageradamente original, olvidando en su soberbia que su manera de escribir tenía ya un grandioso antecedente en la Biblia, tomó en muchos momentos de su apoteosis inspirada, la voz de Díaz Mirón. En su novela "Los Parias" se nota, como ensanchada y agrandada, esta voz, que efunde rebeldía y clama contra la injusticia, aun contra la injusticia divina. En una de las más dramáticas escenas de la novela se siente vibrar el mismo aliento del pequeño poema de Díaz Mirón titulado también "Los Parias" y de otros poemas de naturaleza semejante, aun cuando la requisitoria de éste contra la altura y la indiferencia divina hacia el sufrimiento humano tiene, como toda su obra, su propio sentido de mesura, totalmente alejado del ampuloso dramatismo que dio fundamento al hacer literario de Vargas Vila.

No podría hacerse una confrontación apreciativa de un poema y otro, puesto que poema íntegro es la imprecación al cielo con que Vargas Vila termina uno de los capítulos mejores de esa obra; pero podemos estar seguros de que no se trata de un vulgar saqueo literario, o de una absoluta sumisión de un autor inferior a otro de más valía; ni lo contrario de esto, ya que la acción se desenvuelve entre hombres de grandes condiciones intelectuales. Se trata, simplemente, de que aquí se muestra pleno el poder de influencia de

Díaz Mirón. Es una influencia poco perceptible a primera vista contra la cual el propio Vargas Vila, de darse cuenta de ella, habría protestado, no obstante su proclamada admiración por el poeta veracruzano.

Pero es que en esto de las influencias literarias legítimas el fenómeno se produce tan natural, tan espontáneamente, que a veces no lo advierte ni siquiera el mismo personaje que lo experimenta.

BAJO EL HECHIZO DE LA PALABRA POETICA

La influencia literaria, más bien dicho poética en este caso, es a manera de un hechizo, de un embrujo fatal que escapa al propio conocimiento del hechizado. Se tiene y se lleva pero se ignora, y una vez conocida el pretender liberarse de ella a base de los métodos normales del conocimiento no lleva sino a acrecentarla, a aumentar su predominio y su fuerza, a volver más viva y persistente su tácita acción.

Cuando se establece en el espacio la secreta afinidad de un espíritu con otro u otros espíritus, comienza el primero a impregnarse de él o de ellos, por un medio que permanece alojado en el misterio insondable del inconsciente. Es una especie de espléndido y misterioso amor, de orígenes desconocidos y objeto poco fácil de precisar. Se le siente y se le encuentra por todas partes, pero no se acierta a comprenderlo o definirlo, menos a verlo, menos a tornarlo realidad objetiva. La crítica, afortunada a veces, sorprende alguna ocasión al propio influenciado cuando por una obra de penetración y sutileza máximas, logra identificar puntos de contacto que para él mismo habían pasado desapercibidos, dándole una sensación de extrañeza y asombro como la que recibe el enfermo ante el diagnóstico inesperado. Es hasta entonces que acaso se comience a ver claro y se perciba con exactitud el impacto de ese poder que hasta allí sólo había sido misterio, sombra actuando desde el arcano inconsciente. Entonces se iniciará la lucha, la tenaz reacción del poeta o el escritor por arrojar lejos de sí el invisible fantasma que le ha obsedido sin darle siquiera oportunidad de conocerlo, y pueda de este modo que haga algo por desembarazarse de esa forma, siempre fugitiva para él, aunque a veces patente para los demás, y la cual no alcanzará nunca a esclarecer plenamente. Pero a ratos, de acuerdo con la intensidad de la influencia percibida, volverá al mismo camino, y un día u otro tendrá que mostrar de nuevo, aunque sea en ligeros acentos, en fugaces balbuceos, la herida profunda en lo íntimo del sér. Seguirá de esta manera, a menos que haya buscado hacia otros rumbos, en una como compensación espiritual, otros modelos que puedan serle tan queridos como el anterior, y que puedan operar dentro de su espíritu el necesario fenómeno de sustitución. Así, por esta escala de reflejos es como llegará un día, al fin, a descubrir su propia personalidad y su propio temperamento, y ningún fantasma, por vigoroso que sea, volverá a obsederlo y atormentarlo. Ya

nadie más podrá descubrir en él la trama compleja por medio de la cual se integró esa personalidad, ni los múltiples elementos que incidieron en su formación. Aunque, para el observador sagaz, para el crítico intuitivo y documentado, algún olor habrá alguna vez en su vino que pueda identificarse con el olor de otros vinos. Alguna reminiscencia de otro lagar vendrá al producto de su propio lagar.

ESPEJISMOS Y REALIDADES DE LAS INFLUENCIAS LITERARIAS

No en todos los casos, desde luego, podrá esto mantenerse como una afirmación pragmática en el campo de la integración espiritual o literaria. Hay espíritus impenetrables, renuentes a dejarse aprehender o descubrir en sus propios orígenes. Inconscientemente también, de igual modo que la perciben, ocultan la influencia extraña o, si logran descubrirla, la eliminan con relativa facilidad, prematuramente, antes de su arraigo definitivo. Otros hay, asimismo, reacios a dejarse influenciar. Su propio temperamento y personalidad van tomando de fuera lo que han menester para formarse en un trabajo secreto, reposado, imperceptible. Estos han recibido desde luego determinadas influencias, pues la continuidad del proceso cultural no se puede interpretar sino como influencia de unos a otros, como mutua compenetración, como intercambio cotidiano y eterno de pensamientos y obras. Aislemos al hombre y la cultura dejará de existir, y la poesía se agotará, puesto que dejarán de ser comunicativas y de transcurrir a la manera de rumorosos ríos, que van llevando, a través de su recorrido, un mensaje para los hombres y sirviéndoles y sirviendo a la propia tierra de donde vinieron.

El escritor, el pensador, el artista, absolutamente original no existen, no pueden existir, a menos que se trate de una inteligencia astuta, de un simulador hábil de conocimientos, o de un hombre de formación incompleta que dé a entender como cultura lo que simplemente es inspiración, expresión biológica pura, sin cultivo ni fronteras ni horizontes ni moldes determinados. Desde luego el proceso de vertebración de una cultura verdadera es tan perfecto, que la obra se advierte como sin solución de continuidad, imposible de disgregarse para el análisis y de desarticularse y rearticularse en el proceso esencial de la crítica. Por eso —y aquí surge inevitablemente la crítica como conjetura y adivinación— sólo penetrando en las influencias posibles del tiempo y del ambiente del escritor o poeta se puede intuir o precisar algo de lo que pudo haber servido de elemento fundamental a su conformación, complicada y muchas veces gigantesca. Algo decimos, y no todo, porque hay tantas y tan diversas maneras de considerar la cultura, que del mismo modo que un charlatán corajudo y audaz puede fingir totalmente la erudición o al menos alterar el volumen de la que en realidad posee, hay otros espíritus

que por esmerado que sea su cultivo se vuelven, en la realización de la obra, inmensamente sencillos, y no gustan dejar traslucir el tesoro de conocimientos que llevan dentro de sí. Esta naturalidad, surgida de la propia personalidad, impregnada del propio acento humano del hombre que realiza la obra de arte, es lo que da más vigor y unidad a la síntesis, y la que imprime mayores acentos de originalidad a toda obra literaria o poética. Reduciendo esto a un aforismo podríamos decir que originalidad no es sino naturalidad de expresión, proceso alejado de forzamientos y de afanes exhibicionistas. Por lo demás el jactancioso, el pretense descubridor, tarde o temprano se dará cuenta de que en el terreno literario se cumple fatalmente el principio biológico de que “toda vida, en cualquier momento que se encuentre, está ligada a una vida anterior”.

DE LA SENCILLEZ, DEL ORGULLO LITERARIO Y DE LA PEDANTERIA

No quiere decir esto tampoco que la poesía o la literatura no puedan o no deban a veces mostrar el esplendor de la sabiduría acumulada, o permitirse usarla a ratos, con la elegancia de quien exhibe una preciada joya y no tiene inconveniente en declarar su origen, y en decir que vino de una determinada cantera, y fue pulida y engarzada en el propio obrador de la personalidad en formación o ya totalmente realizada. Será esto mera cuestión personal, asunto de gustos como si dijéramos. La sabiduría, la erudición, adecuadamente empleadas, pueden ser también elementos de legítima construcción y sumarse a la naturalidad para darle mayor brillo. Es como si dijéramos que algunos, dueños de ricos tesoros de joyas, gustan usarlas sin extravagancia, para sumar brillo y elegancia a su persona, mientras otros prefieren simplemente acariciarlas día a día, en el encierro sin avaricia de sus cofres. Pero en este último caso algo quedará impregnado de esas joyas en toda la persona de quien las emplea para solazarse en esa modesta forma. Algo dirá, en la vista, en los gestos, en la íntima satisfacción de ese hombre, que él es dueño de joyas y tesoros. Una como traslación silenciosa del brillo de ellas a su palabra y ademanes se efectuará a través de esos prolongados, amorosos contactos, y si no es por estos signos misteriosos lo conoceremos también por la familiaridad con que sabrá apreciar las joyas y los tesoros ajenos que se le muestran en el camino de la vida.

Quedará frente a estas dos situaciones, una tercera que, aun cuando tampoco tenga el pecado de la simulación y la farsantería audaz que hemos incluido en el cuadro anterior, debe por supuesto descartarse: la actitud de quien no es ni el que usa la sencillez o el que gusta el aditamento de las joyas preciadas. Se trata de lo que podría ser mera manifestación pedantesca, sórdida a fuerza de pretender brillantez, mezquina a fuerza de aspiraciones

absurdas, carente de espíritu y de méritos y de condiciones verdaderas para realizar una obra que siquiera alcance a brillar dentro del propio tiempo, sin aspiración siquiera a proyectarse hacia el tiempo más lejano.

VISION DEL POETA A TRAVES DE ESPIRITUS ANTAGONICOS

Es a esta primera manifestación cultural, de los que aspiran a lucir una personalidad propia, original, afirmada en la sencillez, a la que pertenece el poeta Díaz Mirón. Nítidamente destacada aparece en una fase de su personalidad dominante su capacidad de atraer hacia él la admiración de los espíritus soberbios, algunos bastante plagados de este abominable pedantismo, y veamos ahora cómo de igual manera, y con igual fuerza de atracción ejerce determinado imperio espiritual sobre espíritus un tanto más débiles y por excelencia sencillos como en el caso de José Martí. Este tuvo también lo que pudiéramos llamar una verdadera debilidad por Díaz Mirón. Lo cita con entusiasmo en sus páginas más emocionadas, y le guarda el recuerdo más hondo y ardiente en sus memorias de hombre desafortunado, de proscrito errante, de ser en busca, durante una radiante peregrinación, de espíritus hermanos, capaces de prodigarle maravillosos consuelos.

Dos espíritus orgánicamente antagónicos, Vargas Vila y Martí —dentro de un campo meramente literario no resulta arbitraria la confrontación de figuras tan opuestas— constituyen por lo tanto dos de los mayores testimonios de la fuerza con que Díaz Mirón influyó en su tiempo y penetró en los espíritus atrayendo hacia él corrientes de simpatía, de admiración, de magnífica adhesión. Espíritus disímiles se hermanan, empero, en la veneración mutua hacia el poeta. La razón principal de esto habrá que buscarla desde luego en la tónica espiritual del poeta, en el vigor de su poesía renovadora y máscula, en la brillantez profética de su expresión, en la fuerza toda de su manifestación artística, original y fuerte, aun en los primeros momentos de balbuceo lírico y de duda, hasta cuando el corazón adolescente debería haber suspirado por las melancólicas primaveras e ido en busca de las acogedoras caricias, siguiendo las huellas todavía precisas del romanticismo, con decorado de novias, de montañas y de paisajes deliciosos o tristemente sombríos. Esta capacidad de universalización de la poesía, signo peculiar de Díaz Mirón, el arraigo profundo en todos los corazones, el acceso a todas las mentes, junto con la capacidad de sobrevivir en el tiempo, definen toda la fuerza intelectual y el don espiritual del poeta.

Influenciado por su época y su ambiente, producto vivo de ellos, influyó a la vez, no sólo a las mentes humildes y a las almas sencillas que saborearon su poesía y recibieron su mensaje lleno de exaltación y de profunda comprensión humana, sino a mentes de selección, que encontraron en él al representativo de un espíritu que, nutrido con esencias nacionales, fruto terrestre de

una patria luchadora, valiente y sacrificada, se expande y toma contornos universales, yendo hacia otros hombres, de distintas latitudes y distintos tiempos, pero siempre en condición perenne de captar su profundo, conmovedor mensaje.

CONTRASTE ENTRE ESPIRITU Y PRESENCIA

Y lo más raro, lo más sorprendente en este fenómeno de admiración colectiva y de fecunda inclinación hacia la voz persuasiva, liberadora y profética, es que ellas para nada radican o nacen en condiciones personales del poeta, ni tienen nada que ver con la mayor o menor atracción y simpatía que él despertara como ente físico. Nadie en efecto más ceñudo y hosco que Díaz Mirón. Nadie más refractario a la amistad, y nadie tan lleno de ligaduras en lo personal como para poder fácilmente crear en torno suyo afectos personales y cálidas efusiones, que este poeta despectivo, casi nietzscheano en lo personal. Temperamento ríspido, acaso en las fronteras de la misantropía, en su silencio y su hosquedad de montaña, cabía sin embargo; un torrente de comprensión humana que transcurría, rugiente, y se despeñaba con mágicos estruendos. Esta es condición que precisa anotar por el hecho de que la literatura americana —aunque esto parezca una confesión imprudente, o una acusación indebida o poco oportuna hacia las complacencias de la crítica— está llena de raros personajes, que llegaron a la cúspide de las conquistas literarias y la admiración multitudinaria, simplemente por el hecho de que irradiaban simpatía personal y sabían, a veces, sonreír a los amigos de una dulce manera...

Cultura - Conciencia - Intuición

Por SALARRUE



SALARRUE

La educación en el mundo actual se encauza por dos derroteros distintos: el camino del fruto y el camino de la flor; y así contamos entre los profesionales individuos de dos categorías: profesionales del fruto y profesionales de la flor. ¿Cuáles son las razones de esta bifurcación y qué diferencia existe entre una tendencia y la otra?

Como en todos sus aspectos la civilización moderna se desenvuelve a base de competencia y no de cooperación. Esto hace de toda actividad una lucha a muerte y de todo campo de acción una palestra para gladiadores, en donde, como en la antigua Roma, hay muy pocas veces piedad para el vencido.

Dos son los incentivos que empujan a la acción: la ambición de comodidad y el aplauso. La cultura *del fruto* capacita al individuo para el éxito económico y la cultura *de la flor* para el éxito en sociedad. La una confiere bienes y la otra aplausos. El término medio

de los individuos sólo cede en su aguzado egoísmo por exceso de vanidad o ambición.

Como no persigo en este artículo ni una cosa ni otra, me permito incluir algunos párrafos de Herbert Spencer para beneficio del tema que trato, pues esto es lo único que debe importarnos; lo que debe mover nuestra atención mental y reflexión.

“Con razón se ha dicho —dice Spencer— que la idea de adornarse precede cronológicamente a la de vestirse. Los indios que se someten a grandes sufrimientos físicos al hacerse picar o taracear la piel para adornársela con vistosos dibujos de colores, apenas cuidan de resguardarse contra los rigores de la temperatura. Todos los viajeros han observado que las cuentas de colores y otras baratijas son mucho más apreciadas por las tribus salvajes que los percales o los paños. La idea de adorno predomina completamente sobre la de utilidad. Todos esos hechos de la vida aborigen parecen indicar que la idea de los vestidos se originó de la idea de adorno personal; y cuando recordamos que aun entre nosotros mismos se da más importancia a la finura de la tela o al corte del traje que al abrigo o comodidad que proporciona; cuando vemos todavía que la utilidad se subordina y sacrifica en gran parte a la apariencia, nos creemos mayormente justificados para inferir ese origen. No deja de ser curioso observar que existen las mismas relaciones o muy parecidas con respecto a lo intelectual. Entre las adquisiciones mentales como entre las físicas lo que es de adorno antecede a lo útil. No solamente en los tiempos pasados sino casi lo mismo en la época presente, los conocimientos que conducen al bienestar personal, se han pospuesto a los que proporcionan aplauso. Los hombres visten el entendimiento de los niños a la manera que sus cuerpos, o sea según la moda que prevalece. Así como el indio del Orinoco se pinta antes de salir de su cabaña, no con la idea de ningún beneficio directo, sino porque se avergonzaría de ser visto sin pintar; así también se insiste en que el joven adquiera una educación clásica, no por razón de su valor intrínseco, sino para evitarle el oprobio de que se descubra su ignorancia en esa esfera; para que pueda tener *la educación de un caballero*, la divisa que marca cierta posición social e inspira el consiguiente respeto.”

“Este paralelo resulta más notable todavía con relación al bello sexo. Lo mismo en lo intelectual que en lo físico, el elemento decorativo ha seguido predominando entre las mujeres más que entre los hombres. En un principio el adorno personal ocupó la atención de ambos sexos igualmente; pero en estos últimos tiempos de la civilización, vemos que en el traje de los hombres se tiene más en cuenta la comodidad que la apariencia, mientras que en la educación se procura más bien lo útil que lo de adorno. Con respecto a la mujer, ni en uno ni en otro sentido se ha verificado hasta hoy un cambio favorable. El uso de pendientes, sortijas y pulseras, los complicados tejes y manejes del vestuario y del tocador, todo lo que puede llamar la atención, y las

grandes incomodidades a que a veces se sujetan las mujeres por seguir las modas, muestran de manera elocuente que, en el vestir de la mujer, el deseo de agrandar excede al de proporcionarse abrigo y comodidad. De igual modo en educación; la inmensa preponderancia de los adornos prueba también cómo lo útil se ha subordinado a la ostentación.”

Sería un tremendo error, digo yo, considerar como perjudiciales ambos alicientes: la ambición por una parte y la vanidad por otra. Ambas cosas representan el más poderoso incentivo a la acción, cualquiera que ésta sea, y conducen al individuo al campo de la experiencia. Lo que sí es conveniente observar es que dentro de uno y otro movimiento la inteligencia que examina con agudez lo que pasa encontrará las características del vicio.

Y es que el éxito, lo que llamamos *éxito* con tanta admiración y respeto, no constituye en realidad la verdadera meta para el individuo perfectamente equilibrado, para el que se precie de inteligente y de sano.

Si queremos que los niños de hoy se desarrollen armoniosamente, si deseamos que ellos adquieran las cualidades de la genuina *hombria de bien* y vivan para beneplácito del mundo, como seres humanos y no como parásitos; como hombres amigos del Hombre y no como enemigos, debemos encontrar un derrotero que gozando de las ventajas de aquellos a que antes aludimos, no tengan sus desventajas y sus vicios.

Seguramente éste será un derrotero de cultura, puesto que sólo la cultura endereza el curso de la vida individual encauzándolo hacia el Bien o hacia el Mal. ¿Cuál sería este camino de cultura en que el impulso no esté determinado ni por la vanidad que busca el aplauso o la simple aprobación de los demás, ni por el deseo adquisitivo que busca la comodidad?

Una vez más, al meditar sobre los problemas humanos que preocupan a todo aquel que no permanezca indiferente ante el espectáculo caótico que presenta el mundo actual, voy a parar al punto vital de la individualidad humana. Toda concepción del problema del mundo que no parta del principio de que el hombre es *un individuo* —es decir, un componente de la Humanidad y no un fragmento de ella— me parece edificada sobre arena.

Siendo cada ser humano un individuo, el mundo se manifiesta en él como reflejado en un espejo, con el color peculiar de cada cual. Por lo tanto se podría asegurar que el hombre es en cierto modo el mundo (postulado que no es una novedad) y que por consiguiente, los problemas del mundo son los problemas del hombre, de cada hombre *en sí*, y que cuando cada hombre *en sí* se decida a resolver *su* problema individual, el mundo habrá resuelto los suyos. Esto equivale a decir que el mundo como tal, no tiene problema planteado, sino que *nuestro* problema nos parece el problema del mundo, puesto que, de misterioso modo, así como el mundo se refleja en cada ser como en un espejo, así también cada ser se refleja en el mundo como en un espejo y contemplándose a sí mismo, se desconoce. En otras palabras, esta filosofía se

reduce a afirmar que cada vez que el individuo se soluciona *a sí mismo* el mundo se arregla; que el mundo está turbio cuando nosotros estamos turbios y que por lo consiguiente, el caos que algunos observamos en el mundo actual podría ser perfecto orden para otros, cuyos problemas individuales hayan sido más o menos resueltos. El vulgo enuncia esta filosofía con gran diaphanidad cuando afirma que “todo es del color del cristal con que se mira”.

Cuando la cultura nos conduzca en sentido inverso, hacia nosotros mismos y no hacia afuera, como en los caminos de que antes hablamos; cuando la cultura nos impulse con un deseo de superación que no dependa en ningún caso de la limitación de nuestros semejantes; cuando la medida que indique nuestro crecimiento no sea el hombre sino Dios, entonces habremos entrado en el derrotero ideal, de donde el egoísmo y la vanidad están ausentes. Ser superiores sin inflación de ninguna especie, por la conciencia propia de nuestro esfuerzo y el conocimiento de nuestras limitaciones y de nuestra pequeñez en relación con el prototipo que aparece en la lejana distancia, con caracteres de super-hombría y hasta de divinidad.

Hay una embriaguez que hace dioses a los hombres, un estado de entusiasmo por el Bien que nos impulsa al sacrificio gozoso porque en él hallamos el significado de la verdadera fuerza y suficiencia. Este sentido de superación de sí mismo llenará de confianza y alegría nuestra existencia; confianza y alegría nacidas de la comprensión del plan natural; comprensión que nos hace volvernos hacia el mundo como ayudantes de la evolución y no como explotadores de ella. Es entonces cuando cambiamos el recurso de competencia por el de cooperación.

El Cristianismo enfatizó vigorosamente la necesidad de despertar en el hombre este estado de embriaguez que si bien no elimina el dolor y mejor, hasta lo estimula, también lo recibe como una gracia, como uno de los más grandes dones para el logro de la salvación.

Recordemos que uno de los primeros o tal vez el primero de los milagros de Jesús fue aquel de cambiar el agua en vino; acto que se me ocurre interpretar como alusión simbólica de la necesidad indispensable de trocar la simple alegría de vivir que es sensualidad pura, existencia instintiva, simbolizada por el agua, en embriagante alegría, la que es propia del espíritu e incluye el dolor. El dolor de vivir, que es el vino del espíritu y la sangre de Cristo, si es aceptado por la inteligencia del hombre, prueba en el mismo instante en que esto sucede que el hombre ha cruzado la frontera que separa la animalidad de la divinidad. El hombre obtiene así un grado iniciático, en el cual el Espíritu Santo que en él estaba como un capullo se abre ahora como una flor.

No se trata, por tanto, de matar los atributos que estimulan la cultura en sus aspectos corrientes, sino más bien de hacer el esfuerzo de transmutación de los mismos: convertir la ambición de comodidad de los profesionales del

fruto, en ambición de felicidad, y la vanidad de los profesionales de la flor, en la complacencia que da la seguridad interna de un genuino valor con el aplauso de la propia conciencia. Que si obtenemos bienes materiales por nuestro esfuerzo o sin él, sea para beneficio de todos los que penetran en el círculo de nuestra existencia, y que las deslumbradoras cualidades del talento o la gracia no nos sirvan nunca para vanagloria, sino como estímulo para los otros y como herramienta de servicio. La intención del espíritu es repartir, no atesorar. Bienes y virtudes pueden ser repartidos. En este punto nos alecciona siempre el árbol que eternamente invita a tomar de sus frutos y de sus flores, porque él sabe instintivamente que está aquí para eso: para repartir su dichosa existencia.

¿Qué es cultura? ¿Qué debiera ser sino luz? ¿De qué sirve una luz que es luz porque es luz? ¿De qué nos sirve una luz que de tan luminosa nos ciega o que de tan ardorosa nos quema? La luz y la cultura nos sirven cuando nos iluminan, cuando nos alumbran, cuando nos descubren. La luz y la cultura también deben presentarse adaptadas a la medida de nuestra percepción. Por lo menos deben esforzarse en ello. El Bien sólo puede ser Bien para nosotros cuando nos guía. Si Dios no se nos diera como se nos da: fragmentado, a sorbos, racionado, y se nos presentara en todo su poder y deslumbramiento, sería la más cruel y monstruosa revelación. Sería el Mal de males, sería el Diablo. La suprema belleza sería la fealdad suma: el supremo Amor sería el Odio sumo.

El verdadero sendero de cultura que necesitamos aparecerá cuando logremos, para empezar, unir la utilidad a la belleza, cuando como en arte: “el ánfora orgullosa de no servir para nada”, oronda en su belleza de líneas, sea extraída del museo y puesta en servicio para contener algo por dentro. Por fuera lo que es bello, por dentro lo que es útil.

La arquitectura moderna nos está dando un gran ejemplo de esta unificación de ambos sentidos. En ella está abolido todo lo superfluo, todo lo que es adorno y recargamiento. En ella no se construye nada que no esté prestando un servicio indispensable y que a su vez no sea un elemento de gracia. Por lo mismo, los modernos edificios arquitectónicos, cuando son genuinamente buenos, nos dan esa impresión de grandeza y serenidad; de solidez y sobriedad, propios de lo armonioso y de lo claro.

Y en toda obra del hombre, en toda creación ejecutada con elementos materiales físicos o por intermedio de ellos, debemos exigir siempre esta doble cualidad de lo útil y lo bello, porque lo útil que no es bello, como lo bello que no es útil, no se dirigen al hombre integral sino a la mitad del hombre. Desgraciadamente la mayoría de las obras humanas de la civilización moderna, son de una u otra condición y por lo mismo es que nos tienen y nos preparan para *medio hombres* de una *media vida*, tanto más desgraciada cuanto más nos dejemos dividir o desunificar.

Vivimos en una época de materialismo decadente: la época de la razón y de la lógica, *que toca a su fin*. Comienza a despertar un nuevo sentido de conciencia: la Intuición. La verdad ya no se mide únicamente con la razón, parte ponderativa del Hombre. La verdad tiene sus aspectos de sentimiento y de intuición. Por eso, para un cercano futuro en el cual ya hemos empezado a desplegarlos, la filosofía con mayores visos de prevalecer, será aquella que nos ofrezca, a más del conocimiento lógico, el emotivo y el espiritual. Una filosofía que *no sea tan Ciencia* y que tampoco sea *tan Religión*; porque a la Ciencia le ha faltado corazón y a la Religión intelecto. La Ciencia ha avanzado subterránea y submarina y la Religión ha ido planeando estratosférica, y así la verdad se nos ha escurrido de entre las manos por demasiado honda o por demasiado alta. Queremos conocer una filosofía de la superficie, sin que esto quiera decir que la queremos superficial en el otro sentido de la palabra: que escuche lo que se arrastra y que atisbe lo que vuela. Que discorra, pero cantando; que no tenga la frialdad e imponentia efímera de una torre, sino la naturalidad, gallardía y vitalidad de un árbol, con raíces en la tierra oscura y sórdida, pero con frutos y flores en la cima. Y no importa si dura menos que una torre, porque el árbol deja semillas, una continuidad que hace posible la eternidad.

Todo el Hombre tiene sed de verdad, no sólo su cerebro; no sólo su corazón. Todo él está sediento de verdad. ¿Quién que se encuentre un niño aterido, le ofrecerá unos guantes para que se abrigue, o un sombrero o unas medias? Le arropará entero, que todo él tiene frío, todo él está temblando, de pies a cabeza. Así el Hombre, aterido de duda anhela arroparse *en toda* la verdad, en la verdad eterna. Anhela sentirse abrigado integralmente. Ni los calcetines de la Ciencia materialista ni el bonete de la Religión consoladora le matarán el frío que le acosa.

Espléndidas son las adquisiciones de la Ciencia; estupendos los principios religiosos, pero para que sirvan en realidad ambas cosas, debe haber entre ellos algo que los una: el perdido eslabón de una filosofía integral que sea ambas cosas sincrónicamente, que nos religue a la materia y al espíritu, que nos demuestre los fenómenos y los enigmas. Sólo habrá perfecta confianza cuando esta estalactita de la Religión y esta estalagmita de la Ciencia se hayan convertido en una columna fundiéndose ambas, perdiéndose la una en la otra sin solución de continuidad.

La Escala de Jacob arrancaba del suelo y se perdía entre las constelaciones. Por ella subían hombres y bajaban ángeles. Esto es la verdad, esto es lo que nuestra conciencia quiere probar; esto es lo que hará razonable la mística y emotiva la razón. Esto es lo que hará naturalísima la existencia tangible, visible y audible de los ángeles, que ahora parecen legendarios, y comprensible la divinidad congénita del Hombre. ¡Sí, la vida es así de firme y de maravillosa! ¡La vida es indivisible! No se puede cortar en pedazos como no

se puede cortar el agua. Nadie podrá separar la materia del espíritu ni la vida de la forma, porque en ambos casos los vocablos aluden a los dos extremos de una misma cosa: la materia es espíritu congelado y el espíritu es materia expandida; la forma es vida modelada y la vida es forma dinamizada.

La Vida y la Forma en constante conjunción y perpetuo movimiento no hacen sino la fuerza eléctrica y el telar mecánico en que se va tejiendo la misteriosa urdimbre de la Conciencia. Por un extremo observamos cómo los hilos de variados matices se cruzan unos con otros, entrando en la corriente de evolución que los va combinando, distribuyendo, formando primero vagas corrientes de convergencia y divergencia que más adelante aparecen como el esquema de una rica tela, cada vez más precisa cuanto más aquellas líneas y matices se unen, hasta producir la hermosa tela de la actual conciencia humana. La obra no termina aquí: nuevos rodillos, nuevas ruedas dentadas y misteriosos engranajes ordenadores la llevan más allá, hacia insospechados compartimientos en donde la obra prosigue con igual paciencia y seguridad.

Del Caos al Cosmos; de lo simple a lo complejo; de lo ineficaz a lo eficiente; de lo informe a lo definido; de lo ciego a lo vidente; de lo sombrío a lo radioso; de lo inerte a lo vibrante, la savia de la vida sube por la raíz oscura que hurga en la sombra, hasta la flor delicada y fragante que se abre en la luz. Este es el árbol imperecedero de la existencia que en Dios despliega su magnificente eternidad: árbol bosque, multiforme y polidimensional; sueño esplendente de la diversidad manifestada en el corazón de lo Absoluto.

Creo que para aquellos individuos anhelosos de tener una más armoniosa explicación del misterio de la existencia; para aquellos que luchan por realizar la insospechada conexión de la Ciencia con la Mística, se hace urgente una filosofía revisora, aquilatadora y unificante, que sea una luz en el caótico mundo de las ideas y sentimientos presentes. Si sabemos escuchar con equidad y prudencia, eliminando el prejuicio funesto nacido del fanatismo científico o religioso, oiremos la silenciosa voz que está esforzándose en abrir con sus vibraciones primaverales, la nueva flor de la humana conciencia: la flor de la INTUICIÓN, corona de un más amplio imperio de inteligencia.

Salarrue

Dos Vidas Literarias Donjuanescas

Por Luis GALLEGOS VALDES



LUIS GALLEGOS VALDES

La figura de Don Juan, típicamente española, se proyecta, sin embargo, con caracteres universales en otras literaturas. En este cuarto centenario del

nacimiento de Lope de Vega, genio torrencial de la dramaturgia hispana, expresión cabal del alma de su pueblo, es probable que se mencione a Don Juan Tenorio asociado a este otro Don Juan que fue el autor de *La Dorotea* y cuya ingente obra hizo que Cervantes lo llamase "Monstruo de la Naturaleza".

Como contraste con la figura genial de Lope, tenemos a Balzac, el genio de la novela francesa, amador impenitente como el poeta madrileño. La misma raíz vital —en la que travesea el genio biológico de la especie— une a ambos creadores. Balzac ofrece la misma impetuosa actividad que Lope en el campo de la novela y también la misma búsqueda apasionada de la mujer, dentro de distintas costumbres impuestas a cada uno por su tiempo.

Tanto el español como el francés son dos figuras simbólicas, que resumen el espíritu de una época y constituyen dos estilos de vida. Lope, como ha escrito un biógrafo suyo, "se sentía ins-

pirado por el rústico Pan". Quiere esto decir, sin duda, que su culto a la Naturaleza a través de la Poesía se convirtió en actitud permanente de su individualidad, con esa pujanza y esa tendencia excesiva de muchos españoles contemporáneos suyos. La Edad Media había idealizado a la mujer por influencia de la Iglesia en su culto de hiperdulía a la Virgen y por influencia de los poetas provenzales. Lope acrecienta el legado medieval en sus comedias, inspiradas en las gestas y crónicas; pero, en lo referente a la mujer, se muestra más que humano, ajeno a todo platonismo, sobre todo a ese platonismo puesto de moda por el renacentista León Hebreo, judío español que escribió en Italia sus *Diálogos de Amor*. Sin renunciar a la hidalguía y el sentido del honor, Lope rinde culto no a una sola mujer, como Don Quijote a Dulcinea, sino a varias, a muchas, anticipándose a Don Juan Tenorio, creación de un parigual suyo en el teatro, Tirso de Molina, cuyos personajes femeninos —curiosa paradoja— suele aventajar a los de Lope en cuanto a estar mejor contruidos, sin duda por el conocimiento que del corazón femenino tuvo fray Gabriel Téllez por medio del confesionario, como ya se ha observado.

Las andanzas lopescas como enamorado empiezan no contando éste aún dieciocho años, hacia 1579, cuando se enamoró de Elena Osorio. "No es probable, opina Hugo A. Rennert en su *Vida de Lope de Vega*, que aquél fuese el primer amor de Lope; pero es seguro que aquella pasión fuese intensa y vehemente". Y añade el historiador norteamericano: "En este caso, como más tarde con Micaela de Luján y Marta de Nevares, no debió ser obstáculo el dueño oficial de Elena para aquellos amores". Los amores de Filis y Belardo, o sean de Elena y Lope, traspuestos al plano ideal del bucolismo, terminan pronto, pues a poco aparece otra pastora, acaso no menos hermosa que la anterior, Belisa (Isabel de Urbina), co-

nocida también por Isabel de Alderete, con la que casa en 1588, después de haber sido procesado por calumniar en verso a la familia de su novia. Lope se defendió como pudo en el tribunal madrileño que conocía de la causa, diciendo que todo se debía a una venganza del padre de Isabel, un representante teatral a quien él se había negado a seguir suministrándole comedias. El poeta fue condenado a destierro fuera del reino de Castilla. Para cumplirlo, Lope escogió la ciudad de Valencia, centro comercial rico y que, por aquellos años, alcanzaba gran florecimiento cultural, con sus poetas, dramaturgos y artistas, entre ellos Guillem de Castro, autor de *Las Mocedades del Cid*, amenísima comedia en que la historia y la leyenda se trenzan en torno a la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, más tarde el Campeador.

El segundo matrimonio de Lope ocurre en 1598. Dos años antes ha sido procesado por amancebamiento. Su nueva esposa le aporta nada menos que 22.382 reales de plata doble, un bonito capital para la época. El poeta aspira ahora, no sólo a la seguridad conyugal, sino también a la económica. Su mujer, Juana de Guardo, es hija de un rico carnicero que abastecía a la villa de carne y pescado. Mientras tanto el dramaturgo, para aumentar las ganancias que recibe del teatro, y después de servir en casa del duque de Alba y luego en la del marqués de Malpica como secretario, pasa a ocupar un puesto análogo en casa del marqués de Sarria, futuro conde de Lemos, protector asimismo de Cervantes. Más tarde, al duque de Sesá le sirvió no sólo como secretario, sino como tercero, lo que revela —dice Rennert— "el débil temple moral de nuestro Lope".

Uno de los amores más grandes de Lope es Camila Lucinda, anagrama casi de Micaela Luján, célebre cómica, madre de Lope de Vega el mozo y de Marcela. Es el amor de la madurez de Lope, teñido de ternura y de inspira-

ción poética. Lope ya ha enviudado de Juana Guardo, que no le dio hijos. En cambio, los amores de mocedad de Lope pueden estudiarse en su obra *La Dorotea*, donde aquél aparece con el nombre de Fernando, obra en prosa y cuya estructura dramático-novelesca recuerda a *La Celestina*, clave además para el conocimiento del ambiente social y literario en que se movió la juventud del poeta.

La vejez de Lope, el Lope que cuidaba de su jardincillo y cuya única preocupación era su hijo Carlitos, es Marta de Nevaes, a quien conoció, en una fiesta, vestida de pastora. No obstante ser ella una mujer casada, le produce un terremoto sentimental. El donjuanismo del gran dramaturgo, a pesar de que éste es ahora sacerdote, se despierta ante la linda señora de ojos verdes y talle gracioso. El viejo amador surge al conjuro de esos ojos, y desde ese instante todo está perdido para el servidor de Cristo, pues ha aparecido otra vez el pagano Pan, su poderoso rival, llegado a aquella fiesta literaria trayendo de la mano, desde la Arcadia feliz de los poetas bucólicos, a una inquietante criatura.

* * *

La intensidad y riqueza de vida es en Balzac tan considerable como en Lope, con las naturales diferencias de tiempo y circunstancias. Balzac no viste negra ropilla ni aparece con blanca gorguera, ni envuelve su rotunda humanidad en la amplia capa española que le sirvió a Lope de alcahueta en sus andanzas amorosas por los barrios del viejo Madrid. Balzac tampoco se traba en ruidosas pendencias con sus rivales en medio de una calleja y bajo el balcón de su enamorada como el joven Lope. Pero Balzac se debate, en cambio, en duelo feroz con sus acreedores, que lo persiguen sin descanso mediante los representantes de la justicia, hasta el grado de que el gran novelista tiene que ocultarse bajo nombre

supuesto, cambiar con frecuencia de domicilio, practicar una puerta falsa en una de sus casas de habitación para huir de los importunos cobradores y, sobre todo, encontrar cálido refugio y compensación a sus abrumadoras preocupaciones en el regazo de sus amantes.

Su lucha titánica con la creación literaria es igual a la de Lope. Este escribió más de mil comedias en superabundancia amazónica. Balzac compete con el registro civil con sus cientos de personajes, dispuesto a crear una tipología, un mundo propio. Creyéndose más filósofo que poeta y anticipándose al positivismo de su época, no habla de novelas sino de estudios sociales cuando observa a la sociedad de su tiempo, la de la restauración borbónica, que marca el ascenso de la burguesía francesa a su cenit. Mas, cuando se trata de los sentimientos, Balzac abandona su gabinete prodigioso, donde pasa noches enteras escribiendo como un condenado, estimulando el cerebro con incontables tazas de café, y va a casa de la señora de Berny o se escapa a Italia con una linda conquista, a la que disfrazaba de varón para evitar los chismes y con la que se pasea por los salones de Milán.

Este hombre galante francés, gordo y ridículo cuando quiere dárselas de dandy, cuya amistad más sincera es con su sastre, que trata de ajustar la moda y sus exigencias a su fornido y corto cuerpo, tiene la debilidad del snobismo. Para él un título aristocrático, una duquesa, una condesa o una marquesa, ejercen, sobre su fantasía y sobre su vanidad, de imán poderoso. Pero no por amar los títulos deja de ser apasionado y fino apreciador de las mujeres que los ostentan. Una aristócrata le inspira, en efecto, su obra *La duquesa de Langeais*. Y el gran amor, el amor decisivo de su vida, el cual determinará su destino de hombre y escritor, es otra aristócrata: la señora de Hanska, una polaca opulenta en lo material

que, empero, espiritualmente no estuvo a la altura de Balzac, a quien no llegó a comprender en toda su complejidad anímica. Largos años esperará el escritor a que esta mujer sea suya. Para que eso suceda tiene que mantener una correspondencia con la institutriz de los niños de la señora de Hanska, a fin de evitar toda sospecha marital y esperar asimismo —él, el hombre nervioso y activo— a que se muera el señor de Hanska, para entrar en la plena posesión de la soñada dueña de sus pensamientos y dominadora de su vida. Por ella hará un viaje penoso en coche, a través de media Europa, hasta la Polonia lejana, bajo el rigor del invierno y en condiciones precarias de salud. A ella incluso sacrificará parte de su genio, de su tiempo precioso y de sus más caras ilusiones, esas “ilusiones perdidas” en el maremagnum de sus deudas y de su actividad trepidante de escritor, que ha de trabajar como un forzado para calmar la voracidad de usureros, acreedores, libreros y editores.

Igual que Lope, la vida de Balzac se resuelve bajo el signo del eterno femenino que dijo Goethe —creador del término—, otro amador, que escribió a su amada: “Ya sabe usted cuán simbólica es mi existencia”. No logra Balzac, sino ya enfermo y casi agotado por el trabajo, casarse con madame de Hanska, al término de su vida. Lo contrario de Lope, que se casa dos veces en plena juventud. Balzac no tuvo que ser afortunadamente, alcahuete de ningún gran señor como aquél; pero se vio precisado a recibir la ayuda monetaria de su amante madame Berny, que lo sacó de

apuros en varias ocasiones. Otra amiga suya, madame Zulma Carraud. —“la más pura de sus amistades” dice Stefan Zweig—, que vive en provincias con su marido, será una de sus amigas más fieles y contribuirá a la obra literaria de Balzac, ayudándole a corregir las pruebas de sus libros durante casi toda su vida y proporcionándole datos sobre la sicología femenina y su particular ambiente provinciano. La madre de Balzac interviene asimismo constantemente en la vida del fecundo padre de la Comedia Humana, así como la hermana de éste, la señora de Surville, que la prologará ya muerto su hermano Honorato.

No extraña por lo tanto que Balzac sea uno de los avanzados del feminismo, ya que supo en la vida y en la literatura interesarse apasionadamente por la mujer en sus pinturas y retratos femeninos como Eugenia Grandet, la mujer de treinta años y hasta la aérea y simbólica Serafita inspirada en Swedenborg. Actrices, cortesanas, muchachas de provincia, damas de la alta burguesía, en fin todo un mundo femenino desfila por las novelas y cuentos de Balzac en interminable procesión, pero diferenciándose cada una, dentro de la pluralidad que el arte imprime a sus criaturas.

El donjuanismo de ambos genios tiene un común denominador: encontrar, en la mujer amada, a la esposa; tras el placer delicioso pero fugaz, al ser que da sentido a sus vidas, a la compañera ideal que les endulzará el vivir agitado y que llevará a sus vidas solitarias el diálogo apasionado de las almas.

Quintanilla

SALOMON DE LA SELVA

Poeta de la Humildad y la Grandeza

(Fragmentos de un nuevo libro)

Por Mariano FIALLOS GIL

LEON, COPA DE BORDE QUEBRADO

Salomón de la Selva nació el 20 de marzo de 1893 en León de Nicaragua, ciudad universitaria, liberal y católica. Por aquel tiempo las calles de la ciudad estaban empedradas y había balcones desde donde los señores veían pasar al pueblo. Ciudad entre paredes sólidas y alda-bones, de manzanas cerradas sin jardines exteriores, pero con patios plantados de árboles frutales, arbustos florecidos y rosas todo el año. Zenzontles, clarineros, palomitas de San Nicolás y pájaros de pecho amarillo llamados *güises*, que volaban al ponerse el sol. Todo el día campanas tañendo desde sus numerosas torres, hasta el toque de queda que rodaba solemnemente de la gran Catedral por encima de los tejados de barro. Faroles de aceite de coyol que apenas se alumbraban a sí mismos. Ambiente de conspiración política y amorosa, de liturgia, de aparecidos, de brujerías.

* * *

Salomón de la Selva nació y pasó su niñez en este ambiente. Rubén Darío mientras tanto, enviaba desde Europa los destellos de su triunfo a la juventud de Nicaragua. En León había academias, juegos florales y los jóvenes estudiantes o intelectuales se sentían obligados a escribir versos.

* * *

Andando el tiempo fue profesor de literatura en la Universidad de Cornell. Tenía 22 años de edad. Por entonces conoció a la poetisa norteamericana Edna Saint-Vicent Millay a quien amó. Después el poeta se fue a la guerra.

En su primer encuentro con Edna —ya se conocían por correspondencia— ella lo recibió con palabras que Salomón no entendía. Como él le pidiera que se las volviera a decir y él siguiera sin entender, Edna le dijo sonriente: “Es griego, Salomón, es griego”. Entonces él se quedó perplejo y humillado y se dedicó a estudiar el antiguo idioma de los dioses.

Salomón fue hombre de libros. Se hundía en las bibliotecas públicas, en las universidades y en bibliotecas privadas a las que tenía acceso por recomendación de sus amigos. Todo ello no impedía que viviera la vida tal cual ésta se le ofrecía, en su plenitud de amor y contemplación, de espectáculo, en ciudades y paisajes, sin que le asaltaran dudas religiosas, como a Rubén.

Muy pocos, entre los intelectuales latinoamericanos, tuvieron esa sed de erudición que el nicaragüense tuvo con tanto apasionamiento y éxito. Ello le condujo, naturalmente, al mundo antiguo, a la evocación del grandioso mundo pagano del cual sentía nostalgia, pese a su cristianismo un poco postizo.

Y en esto se diferenciaba de su maestro Rubén Darío, quien se esforzó siempre por incorporarse al mundo pagano, lo que nunca pudo lograr ya que su catolicismo supersticioso y temeroso se lo impedía. En cambio Salomón era fundamentalmente pagano, aunque se esforzase por lo contrario. El siempre puso en el Olimpo a la Virgen y a los santos y Dios nunca dejó de ser Zeus. Quiso cristianizar a Homero o a Horacio y lo que logró fue paganizar todo lo que tocaba.

Y no era cuestión de sangre ya que él era tan mestizo como Rubén. Aunque tal vez, a diferencia de éste, Salomón pudo libertarse de su ambiente leonés a muy temprana edad e incorporarse a otra cultura más práctica, mientras que el otro siempre estuvo en torno de la misma cultura hispánica, valga decir, a la sombra de la Catedral.

Sin embargo, qué sabe uno lo que ha de resultar con semejante mestizaje. Y a saber qué aires del diáfano Mediterráneo o del oscuro Mar del Norte —(había una abuela inglesa que le dio ojos azules a su tez de aceituna)— y qué hálitos indígenas soplaban en su espíritu ansioso de cosas nobles y selectas.

A diferencia de Rubén, que desde niño conoció la amargura de la separación materna y la murmuración callejera, Salomón,

mantuvo siempre sus vinculaciones familiares. Era en esto del amor a los suyos un provinciano. Del matrimonio de sus padres (la madre quedó viuda pronto) nacieron diez hijos, de los cuales seis eran varones. Y todos permanecieron pendientes unos de otros, protegiéndose mutuamente, aunque separados por la geografía. Pero todo punto de referencia estaba en León, a quien dedicara una Oda:

*León, copa de borde
quebrado, que me hieres el labio si te acerco
a la boca de mi alma; tu licor agrio acorde
está con mi cariño doliente, altivo y terco"...*

SU PRIMER LIBRO Y TROPICAL TOWN

El primer libro publicado por Salomón se componía enteramente de una versión al inglés de poesías de Rubén Darío, lo cual pudo hacer gracias a la protección de su amigo Mr. Archer M. Huntington, fundador y sostenedor de la benemérita Hispanic Society of America.

Pero su primer libro propio fue publicado en 1918, en idioma inglés, bajo el título "Tropical Town and Other Poems". Solamente la dedicatoria está en español y dice: "A mi madre porque posee la virtud de la fecundidad y de la resignación, que es la de mi patria".

Todo él es diáfano y sencillo. Parece una colección de viñetas ilustradas como aquella música de Musorgski "Cuadros de una exposición". No tiene más erudición que sus recuerdos de niño. Lleno está de gracia adolescente y de sinceridad y amor a Nicaragua.

Su vieja ciudad de León se halla en toda su obra, alabada, incensada como una ciudad de la Hélade. Siempre sale a flote, así evoque a los griegos o a los tiempos de Nezahualcóyotl.

Su primer poema es para León:

*"Blue, pink and yellow houses, and, afar
the cemetery, where the green trees are..."*

Todavía las casas se pintan en azul, en

rosado, en amarillo y hacia el sur se ven los árboles del cementerio en donde duermen sus abuelos. ¡Qué nostalgia juvenil sentiría el poeta desde el frío cielo de la Nueva Inglaterra, dentro de un cuarto gris y opaco! ¡Qué nostalgia por las campanadas de la gran catedral, por los jardines, el sol y el colorido y las montañas de su Nicaragua!

*"When the winter comes, I will take you to Nicaragua,
You will love it there
You will love my home, my house in Nicaragua
So large and queenly looking, with a haughty air
That seems to tell the mountains, the mountains of Nica-
ragua
You may roar and you may tremble, for all I care".*

*("Cuando llegue el invierno te llevaré a Nicaragua
te gustará Nicaragua!
Amarás mi hogar, mi casa en Nicaragua
tan grande y majestuosa, con su aire desdenguado
que parece decir a las montañas, las montañas de Nica-
ragua
podéis rugir y podéis retemblar, que no me importa...").*

¡Todo lleno de ternura, de nudo en la garganta y húmedos ojos, desde su destierro!

Este tipo de versificación libre debe haber causado extrañeza en el mundo hispánico recién salido del modernismo. Este lenguaje conversacional, muy íntimo, que se expresa más llano aún en "El Soldado Desconocido", libro de la primera postguerra mundial, ya era estilo arraigado en la poesía norteamericana que posteriormente influyó tan decisivamente en el modo poético hispánico.

Un crítico de la revista "América", Till Ealing, manifiesta que un poema como los de Salomón en *Tropical Town* era una cosa que no se llega a explicar cómo si es tan llano, tan redactado como liviana prosa, tan familiar, tan antideclamatorio, contiene tanta elegancia, tanta finura de sensibilidad, tanta ternura, tanta virginidad.

"Tropical Town" le abrió las puertas del mundo literario norteamericano. El pudo haber aprovechado esta coyuntura y seguir escribiendo en lengua inglesa, pero prefirió buscar su raíz hispánica, entre otras cosas, por patriotismo. Hay que recordar que Nicaragua estaba ocupada por las tropas de los Estados Unidos.

EL SOLDADO DESCONOCIDO

A mediados de 1918 Salomón se alistó en el ejército inglés, casi en vísperas de terminar la primera guerra mundial. Como para alistarse en el ejército de los Estados Unidos le exigían la adopción de esta ciudadanía y él, muy orgulloso de ser nicaragüense, se negara a renunciar a su nacionalidad de origen, se fue a cobijar bajo las banderas de Jorge V. De todas maneras, él había tenido una abuela inglesa, Teresa Glenton.

* * *

De los últimos días de la guerra: miseria, derrota personal, frustración, el Poeta escribió "El Soldado Desconocido", editado en México en 1922, con portada de Diego Rivera. Su homenaje al soldado ignominado fue escrito en New York en 1921:

"El héroe de la guerra —puesto que un héroe debía resultar, porque para eso se peleó, ya que toda lucha y aun todo esfuerzo de los hombres no es sino para hacer florecer un hombre superior— el héroe de la guerra es el *soldado desconocido*. Es barato y a todos satisface. No hay que darle pensión. No tiene nombre. Ni familia. Ni nada. Sólo Patria". ¡Qué sarcasmo el del Poeta que ha vuelto tan amargado de la guerra!

"Me conmovió mucho leer, agrega, que se le tributaran honras heroicas al *Unknown Soldier* inglés. He pensado que muy bien puede haber sido yo mismo ese héroe desconocido. Explico que tuve la buena suerte de servir, voluntario, bajo la bandera del Rey Don Jorge V, enseña que fue de la madre de mi padre. Por eso puede escribir este poema".

Pero Salomón no olvida a su patria. Siente como una especie de remordimiento por haberse alistado bajo banderas extrañas y no bajo las propias, de su patria gimiente, para venir a pelear al trópico nicaragüense contra las tropas de infantería de marina de los Estados Unidos.

El trata de compensar esa circunstancia acogiéndose a un ideal más ancho to-

davía, no más elevado, porque nada hay tan elevado como la Patria, y explica, al final de su prólogo, lo que sigue:

"Nicaragua no tuvo ejército en Europa, pero sí, soldados, hijos muy suyos, como yo, militantes en las filas aliadas. Ella también debe tener su Soldado Desconocido. Ofrenda que por mi patria hago a ese héroe, es este libro".

Este canto desconsolado, agrio y dulce, salido de las trincheras abre un nuevo sentido, una nueva técnica en la literatura de habla hispánica. Es una superación del modernismo rubeniano, un regreso a lo humano, lo sobrio, lo espontáneo. Traslúcido es y por debajo se siente un fluir humanitario y profundo.

Este poema —dice en 1954 el crítico Octavio Trias Aduna— ha influido más poderosamente de lo que quisieran confesar, en muchos poetas contemporáneos. Otro crítico dice que es el primer tono humanitario nacido de la conflagración mundial europea. "El nicaragüense Salomón de la Selva, contaba con medios propios y con una fuerza no usual, lo que los alemanes Walter Hasenclever, Ernest Toller y el francés Apollinaire expresaban de una manera completamente diferente".

* * *

En medio de toda la suciedad de la trinchera y la vaguedad de la aventura, se hallan poemas de una delicadeza extraordinaria:

*"La bala que me hiera
será bala con alma.
El alma de esa bala
será como sería
la canción de una rosa
si las flores cantaran
o el olor de un topacio
si las piedras olieran
o la piel de una música
si nos fuese posible
tocar a las canciones
desnudas con las manos.*

y figuras que después serían imitadas por otros poetas: "Las ametralladoras continúan sin cesar respuntando el aire con hilos de plomo".

Como un recuerdo de su adolescencia en el León colonial y provinciano está su

poema "Bayoneta" su compañera de la que hace memoria:

*"que todavía guardo de mi primera novia!
Igual a como brillas,
maravillosa de sol
al presentar nosotros armas,
así brillaba ella,
así me deslumbraba,
cuando pasaba sola
del convento a su casa.
Siempre vestía de blanco
nunca me miraba..."*

SU RESIDENCIA EN MEXICO Y VIAJES POR CENTRO AMERICA

Después de la guerra y de escribir "El Soldado Desconocido", Salomón de la Selva, se fue a vivir a México (en donde editó, como vimos, ese su segundo libro). Era el año 1919 cuando entró por Mazatlán. Allí estaban ya algunos de sus hermanos. Y él eligió a México como su segunda patria. Sus escrúpulos patrióticos lo apartaban de los Estados Unidos. Pudo haberse instalado en Inglaterra, también, como se lo aconsejaba Pedro Henríquez Ureña en un juicio muy elogioso sobre "Tropical Town", ya que Inglaterra se hallaba mucho más cerca de los gustos latinos que Norteamérica.

Esta decisión la explica el Poeta, a los mexicanos, en 1954: "Y hace más de treinta años que, con el ánimo que esas amistades que he mencionado por nombre, y las circunstancias que evoco, formaron en mí un ánimo superior a cuanto los Estados Unidos y la Gran Bretaña podían ofrecerme de nombre en la literatura, y de bienestar económico, vine a vuestro país, alta y peligrosa aventura, pero nobilísima, seguro de que en México debía iniciarse el necesario movimiento de la unificación hispanoamericana".

Entre sus hermanos se hallaban el escultor Roberto, la poetisa María (de seudónimo literario "Aura Rostand"), el abogado Rogerio, de gran figuración política, y otros varones y mujeres. Durante esa época se dedicó al periodismo y a la cátedra. Escribía también; pero su característico pudor literario le impedía solicitar publicidad elogiosa de suerte que, según afirmaba un crítico, parecía que él mismo

se empeñara en que sus obras no se vendieran o conocieran. Fuera de que sus libros no tienen segunda edición, el número de las primeras siempre fue escaso.

En México mantuvo amistades con las más destacadas figuras de intelectuales y artistas de aquel período: Vasconcelos, de quien se enemistó posteriormente, Castro Leal, Julián Carrillo; y viajando conoció y trabó "amistad y urbanidad" con personas como el mencionado Pedro Henríquez Ureña (dominicano educado en México dice el Poeta, para quien todo individuo era una mina de diamantes intelectuales que él se esforzaba por arrancar de la egoísta roca desidiosa), con el cubano Mariano Brill, con Don Justo Facio de Costa Rica, con Soto Hall de Guatemala, Blanco Fombona de Venezuela, Capdevilla de la Argentina y, en fin con la mayor parte de los intelectuales de habla castellana y con muchos de la inglesa. Entre sus amistades figuraban también políticos y obreros y personajes del mundo de la cultra ya famosos, como el poeta Enrique González Martínez, el filósofo Antonio Caso, el humanista Alfonso Reyes.

De esa manera Salomón llevaba y traía la corriente renovadora literaria del post-modernismo en Hispanoamérica, muy calladamente, sirviendo de punto de contacto para el puente que había de tenderse hacia el naciente vanguardismo. Daba a conocer, además, la rica fuente norteamericana que surgía floreciente entre el ruido de la potente industria, del agresivo y poderoso imperialismo, y del "dolor, dolor, dolor", de los millones de circuncisos que Rubén escuchaba en el ocaso de su vida. Y traía también, del mundo antiguo, de la gloriosa Grecia heroica y de la metódica Roma los preparativos de posteriores evocaciones.

Esta primera aventura mexicana le trajo desilusión también y, al recordarlo, muestra resentimiento. Mas no contra México y su pueblo, sino contra cierto grupo de intelectuales de quienes luego se separó.

Por aquel tiempo comenzó a atraerle

el movimiento obrero mexicano. Creyó que los trabajadores manuales debían realizar la gran obra de la unificación hispanoamericana. Pero ocurrió lo que siempre pasa con los poetas metidos a políticos en los que tanto pierde la política como la poesía. Su sensibilidad no se adaptaba a las circunstancias, los disimulos y los sordos contrastes. Y así fue como se separó del movimiento obrero, al cual veía inclinarse hacia el comunismo.

Durante los malos tiempos de su primera etapa mexicana (eran los tiempos que siguieron al del Presidente Plutarco Elías Calles) se mantuvo con dos míseros empleos: celador de segunda clase en la tétrica cárcel de Belén (mal empleo para un Poeta) en donde llegó a servir en turnos de veinticuatro horas, y en donde, por supuesto, se llenó de horror para toda la vida y de ascos que al recordarlos le descomponían el ánimo. El otro empleo era el de Secretario del Ayuntamiento de Coyoacán cuyo cargo principal consistía en extender licencias gratis, para entierros de pobres en el cementerio municipal y dirimir querellas por robos de gallinas y otros delitos similares los días de mercado. Poetizando este empleo, Salomón se compara con el Dante, cuyo oficio fue el mismo en su destierro de Varona.

En su misión de aglutinamiento patriótico y obrero, viajó por Haití, por las otras Antillas, por Centroamérica en donde vivió su vocación de periodista y de maestro de escuela —"doble cruz, dice, que me valió sin embargo, para sostenerme cuando bayonetas yankis me echaron de Nicaragua siempre en pobreza pero con alto prestigio moral que empleaba para honrar a México al igual que a mi propio país".

En 1932 se halla en San José, Costa Rica, trabajando en periodismo. Publica trabajos diversos en el "Repertorio Americano" del señor García Monge, ya con su propio nombre o con seudónimo, usando el de "Juan del camino", y otros. Hay, en las colecciones del reputado semanario, trabajos sobre política internacional, crítica literaria, cuentos, poemas, polémicas, traducciones, métodos para el

estudio de los escritores de la antigüedad (especialmente sobre Horacio) y, sobre todo, informaciones y comentarios sobre la gloriosa guerra del Gral. Sandino en las montañas de Nicaragua contra la marinería yanqui.

* * *

En Panamá fundó un Liceo que fue el origen de la actual Universidad. Trabajó en el periódico bilingüe "Panamá América" escribiendo artículos sobre variados temas, especialmente políticos. Allí alaba, por ejemplo, la actitud de México cuando presentó su proyecto de no intervención en la Conferencia de Montevideo y ataca rudamente a los Estados Unidos por su intervención en Cuba y el apoyo dado al déspota Machado.

El asesinato del gran patriota nicara-güense Augusto César Sandino la noche del 21 de febrero de 1934 le sorprende en Panamá. El ya se había relacionado con los amigos del guerrillero, especialmente con el poeta hondureño Froilán Turcios.

En "El Digesto Latinoamericano", semanario bilingüe que editaba en Panamá con el periodista norteamericano Carleton Beals, se descargó violentamente contra la intervención yanqui y la Guardia Nacional de Nicaragua.

"Sandino —decía de la Selva— destruyó en gran parte el complejo latinoamericano de inferioridad física y quienquiera que haya estudiado las relaciones interamericanas, sabe que es preciso destruir los complejos de inferioridad así como los de superioridad antes de que pueda haber un verdadero sentimiento de solidaridad continental entre los pueblos de este hemisferio".

Era la época en que el Poeta nicara-güense se ocupaba con gran fervor de las relaciones de los Estados Unidos con nuestra América Latina combatiendo la diplomacia del dólar, la intervención directa, los monopolios, los empréstitos,

Wall Street y todo cuanto tendiera a mantener la injusticia social en estos pueblos.

* * *

Por otra parte, él tenía muchas ilusiones en el movimiento obrero hispanoamericano, pero, desde luego, alejado del comunismo.

"La Confederación Regional Obrera Mexicana bajo la dirección de don Luis Morones era por entonces el mejor baluarte que defendía a México; había que hacerle defensora de Hispanoamérica, también, para lo que la hallé comprensiva y entusiasta. Era urgente, pues, fortalecerla con el apoyo que le dieran, dentro de la Confederación Obrera Panamericana, los trabajadores organizados de nuestros otros pueblos".

La variedad de actividades de Salomón de la Selva, su pasión por cada hora de vida, le daba gran encanto a su personalidad. El fue poeta, ante todo, pero al mismo tiempo, docente ("Schollar" como decía Rafael Heliodoro Valle, el crítico hondureño) que es todo lo contrario, casi, de ser poeta.

Fue soldado, conspirador, periodista, seductor de mujeres, seminarista frustrado, patriota, americanista, antiyanquista, amante de lo pagano y devoto católico, político y erudito, viajero y sedentario, en fin, una rica vida.

Un miembro de su familia, a quien este apuntador solicitó datos de su vida, dijo, en los informes:

"Ahora recuerdo que una vez, cuando yo estaba muy preocupado pensando en mi porvenir, en mis ambiciones, él (Salomón) me adivinó el pensamiento y me dijo dándome una palmada en el hombro: "No se preocupe mi hijo, lo importante es vivir". Mi informante agregó de comentario: "Escriba usted lo que quiera sobre él y goce y sienta lo que escriba que él es fuente de vida y alegría".

De esta misma manera se expresaban quienes le conocieron, entre ellos, algunos de sus críticos; por cierto que muy pocas personas se han ocupado de su obra. Ya mencionamos a Henríquez Ure-

ña quien afirmaba que lo más interesante de Salomón era su "personalidad", y lo mismo su otro crítico Trias Auna.

La gran poetisa salvadoreña, Claudia Lars, hace de él una semblanza recién venido de la guerra. Lo mismo el hondureño Rafael Heliodoro Valle y muchos otros que con él trataron o convivieron.

"Era por entonces —decía Claudia— un muchacho delgado y vibrante, con blanco rostro pálido que se iluminaba con la sonrisa de sus labios burlones o con el fulgor centellante de sus azules ojos de tritón..." "Personalmente, agrega, puedo decir que le debo gran parte de lo que soy como escritora: el conocimiento de los clásicos castellanos e ingleses, el dominio de las formas poéticas en mi propia lengua, la devoción a ciertos poetas inspirados y ejemplares, que me han conducido y alentado entre los peligros y confusiones del oficio. Lo que Salomón me regaló con tan abierto goce es tesoro espiritual que el tiempo no puede destruir nunca".

LOS CERTAMENES LITERARIOS, "EVOCACION DE HORACIO", Y UN EPISODIO DE ROOSEVELT

Después de su aventura periodística, patriótica y obrera, el Poeta vuelve a lo que es: a la Poesía y a la Biblioteca. Ahora, año de 1935, se finca definitivamente en México. Busca la quietud y el trabajo intelectual. Viene ya maduro, después de los combates contra la injusticia, la estupidez, el chauvinismo (que no deja, por cierto de sufrirlo en México y por eso mismo afirmará cada vez más su nacionalidad original). Se queja de incompreensión, de hostilidad de algunos literatos que parecen tener envidia de sus éxitos y, seguramente, de la erudición que ha ido acumulando al compás de los años gracias a su talento y prodigiosa memoria.

En México sus hermanos se han acomodado bien. La mayoría ha triunfado. El los ama y vive pendiente de sus asuntos. Mantiene correspondencia con su madre y otros hermanos que están en

León y se interesa constantemente por la situación política de Nicaragua, la que trata de remediar inútilmente.

* * *

A muy pocos poetas veteranos de nuestro tiempo les agrada participar en certámenes literarios. Sin embargo, a Salomón le encantaba, lo cual era muestra de su humildad. El consideraba que era obligación participar en estos concursos y rendir así homenaje a sus organizadores.

* * *

En uno de los últimos juegos florales de León —ya cuando el cine y el fonógrafo iban arrinconando la costumbre— Salomón se ganó la Flor Natural, quizás uno de los más apetecidos galardones de su vida. El tema era Amor, y él escogió el Amor de Madre, verdadera exaltación del amor materno, del amor familiar, en versos eruditos y llenos de fe.

Ese mismo deseo le impulsó también a entrar en otros certámenes a los cuales debemos muchas de sus obras. Le acicateaba el goce de la competencia. Su largo silencio, que comienza desde su afinamiento definitivo en México se interrumpe de vez en cuando en estos certámenes. Así fue cuando los juegos florales que se celebraron para conmemorar el IV Centenario de la fundación de Mérida, Yucatán. De allí salió premiado su poema "Evocación de Horacio", editado en la ciudad de México en 1949 y dedicada, la edición, "A su Excelencia Reverendísima Fernando Ruiz Solórzano, Arzobispo de Yucatán", quien fue, seguramente su mecenas de entonces, o tal vez un desinteresado homenaje. De todas maneras, era el renacimiento de una costumbre del siglo de oro español, que el Poeta nunca abandonaba.

La "Evocación de Horacio" es un hermoso poema erudito, como todo lo que Salomón escribirá después, en el cual se exalta la austeridad, la virtud horaciana tan diferente en todo a la de su contemporáneo Virgilio, servidores, ambos del gran Augusto.

Es muy conveniente apuntar cuánta

importancia da el poeta al valor moral, a la hombría y a la dignidad. Por eso no le agrada Virgilio que tanta alabanza prodiga al César. Las obras del César eran grandes, decía Virgilio, porque las hace el César que es como un dios. Pero Horacio, al revés creía que el César era grande porque sus obras tenían mérito. Más que Virgilio, amó Horacio a Augusto, pero a diferencia del mantuano, antes que Augusto como creador, por razón de la divinidad que encarnaba, de la grandeza que entonces logró Roma, el venusino preconizó el imperio de las leyes, fundamento de la grandeza verdadera.

* * *

Horacianos fueron en nuestra América Netzahualcóyotl, Andrés Bello, López Velarde, y desde luego, Salomón. Como el venusino, puede aconsejar a Presidentes de República, a Gobernadores de Estado, a Diputados, los primeros, réplica hispanoamericana de los césares romanos, aunque Horacio sea hijo de un liberto y el nicaragüense de un Licenciado, que es esclavo de leyes y hombre de escrúpulos jurídicos.

Dice el Poeta en su Evocación:

*"Qué es Horacio sino cuerpo jurídico,
legislación moral, contra el avaro,
contra el libidinoso, contra el desaseado,
contra el impertinente, el holgazán, el fatuo,
contra el adúltero, contra el sicofante,
contra toda insolencia y toda irreverencia y todo incesto
y guía indefectible
personal y social del ciudadano?"*

Por esa época Salomón colaboró intensamente en "América", revista antológica editada por el Departamento de Divulgación de la Secretaría de Educación Pública de México. Allí publica poemas y artículos. Entre los primeros hay que destacar el Elogio al Pudor, escrito en homenaje a la visita del Presidente Roosevelt a México en 1944, un año antes de morir el gran estadista, y cuando todavía la muerte segaba a millones de soldados americanos en los campos de Europa y Asia. El encuentro con el Presidente de México fue en Monterrey, viejo campo de batalla de ingrata recordación para

ambos países. Hubo un momento en la ceremonia en que el gran Roosevelt, debido a su parálisis, no se pudo poner en pie por sí mismo para saludar la bandera tricolor en manos de niños de escuela mexicanos. Fue entonces cuando el Presidente de México, para no molestar al norteamericano que luchaba inútilmente por incorporarse, volvió la vista hacia otra parte.

El poeta canta este noble episodio con estas palabras:

*"Quiso pararse Roosevelt por sí mismo
(¡Oh fuerte para llevar entera la responsabilidad del
pero por un destino (mundo,
débil para ponerse en pie solo!)
Y el mexicano entonces,
la encarnación, en ese entonces, de México,
noble como el Teseo euripidiano
quiso ayudarle y vio que era violarle
a Roosevelt el pudor
de su flaqueza inmerecida,
y por pudor de hombre ante el dolor ajeno
cubrió los ojos para no ver a su amigo
hasta que Roosevelt quedó erguido de nuevo.
hombre que es asta de la bandera del mundo.*

*Un velo de silencio
y una humedad de lágrimas
cubrieron todos los ojos de México
y no miramos nada!"*

ILUSTRE FAMILIA

En 1950 se publica Ilustre Familia que, según el crítico Octavio Trías Aduna, es el más hermoso libro que se haya publicado en México hasta esa fecha. Se trata de una "novela de dioses y de héroes" con tres acroasis informativas y apologéticas, todo lo cual se reúne en más de quinientas páginas de un cuarto. La reimpresión que hizo la revista "América", año de 1954, que tiene a manos este autor, se tiró con solamente dos mil ejemplares y es un alarde editorial digno en sí mismo de todo aplauso, pues tanto su parte tipográfica en letras latinas y signos griegos como sus ilustraciones y encuadernación, llena de orgullo al arte libresco.

La dedicatoria va esta vez para un mecenas de mayor cuantía, el Sr. Lcdo. Miguel Alemán, Presidente de México "en reconocimiento de su genio de gobernante democrático".

Tal como el mismo autor lo afirma, el libro no se hubiera publicado nunca (tantos eran los temas y la ambición de su

perfeccionamiento) si no hubiera sido la intervención del clan familiar, representado en sus hermanos, que lo instó a ello.

Ese libro, antes de ser publicado, le dio infinitos goces, como es el de irlo haciendo y rehaciendo con dedicación amorosa incomparable, de alegría viril creadora. Después, siendo ya del público, ya no fue del Poeta, sino manumitido. Es un libro producto de bibliotecas, de apuntes y lecturas innumerables hechas aquí y allá, durante largo tiempo de paciencia y estudio, en esos momentos de goces que solamente puede comprender el hombre de bibliotecas, en el silencio de los libros, o al amparo de la casa propia, en cualquier lugar, inclusive en el campo o en los cuartos de hoteles con evocaciones y sugerencias.

Es un libro que hace justicia a las bibliotecas del mundo entero, que ponen al alcance del pueblo sus tesoros, forma democrática del ejercicio del derecho a la cultura. Lo que antes se reservaba sólo a los privilegiados o se pudría en los conventos, está ahora al alcance del estudioso. "Ilustre Familia" es el producto del saber erudito recogido con paciencia de abeja al través de los años, de momentos de júbilo por hallazgos sorprendentes y de goce quieto. Así también se lee, ya que el autor sabe comunicarnos con su apasionamiento, esos deleites:

El autor dice:

"Libresca a más no poder esta novela —será novela?— es el resultado de infinidad de lecturas. A nadie como a mí se le podría aplicar aquel latinajo de *doctus cum libro*".

Este libro, que el autor llama "novela" con cierta duda, es una ilación de diversos y variados cuentos con el propósito de recontar en *novelini*, ordenados genealógicamente, el linaje de Helena de Troya, desde sus antepasados olímpicos hasta la desaparición de esa triste reina en brazos de tétrica lujuria con el fantasma de Aquiles y la extinción de su estirpe.

Son muchos y muy variados los comentarios que hace el Poeta en torno a su propia vida y a la de su tiempo, combi-

nando sucesos de hoy con viejas cosas de la época griega y enfrentando conceptos sobre el arte y la política en forma, a veces, acertada.

Por este tiempo ya se le viene acrecentando a Salomón su inclinación reaccionaria, esto es, esa rara combinación de atrevimiento estético, revolucionario, en cierta forma, que huye del modernismo, y por otra esa ciega creencia en la jerarquía social sostenida por las leyes divinas. Es libro este muy exclusivo y sumamente agradable, de prosa pétrea, muy castellano, como del Siglo de Oro, y por lo tanto, digna y sobria.

Tal como ocurre en toda su obra de madurez, Salomón trata de equilibrar las apetencias de los sentidos y las exigencias de su pensamiento racional, con los mandamientos de la Iglesia Católica. El resultado se lo ofrece, naturalmente, la propia Iglesia, ya que su tolerancia a los pecados le permite hacerlo, siempre que ese pecado no sea el de herejía. Pero con inteligencia todo se salva y por último, se recurre a la "voluntad de creer" que es la postrera tabla de salvación, que generalmente surte buenos efectos para los creyentes.

De las cosas que le atraen con más fuerza están los pecados de la carne, y entre la erudición de biblioteca —cosa rara— saca fuera todos sus deseos, que por cierto no desembocan en frustraciones el estilo de Amiel o de Don Juan, sino como debe ser, en acto natural. En este aspecto le hace honor a su homónimo, el Rey Judío, como cuando describe, por ejemplo, el Décimotercer trabajo de Hércules que consistió en la desfloración de las cincuenta hijas de Thespio, hazaña que culminó en una sola noche, como buen hijo de Júpiter. La descripción de estos actos, como el del funeral de Helena que se junta con Aquiles, a quien ama, es hecha con detalle no libresco, sino de quien tiene gran experiencia en estos ejercicios, aunque solazándose en descripciones pornográficas.

Ese amor a lo pagano, es propio de grandes almas, y ese ampararse en lo cris-

tiano, que en el fondo es renuncia, muy oriental a los goces de los sentidos, particularmente cuando se es entrado en años (la carne al diablo, los huesos a Dios) constituye una dialéctica muy bien armonizada en Salomón, ya que la vida le enseñó mucho y pudo compensarle, en parte, las experiencias de su niñez a la sombra de la gran Catedral de su pueblo. No anduvo, como Rubén, vacilante, entre la Catedral y las ruinas paganas.

En su "Oda a León de Nicaragua" agradece a su pueblo todo lo que le ha dado y define así su formación católica que, por cierto, no le impidió su entrada literaria al Olimpo griego:

"que algo, como tú, tengo
de místico: si incrédulo dije cosas otrora,
ahora con certeza sé donde voy y vengo
y la fe me acompaña eternamente ahora"

.....
Ya Dios no se me esconde:
ya puedo, por la fe que hubs de tu seno,
contemplarlo de día y en la sombra ver donde
de su luz y su gloria está el espacio lleno.

¡Y por eso te canto
León! Tú me forjaste, soy todo tu criatura,
tu cantera de héroes, tu madera de santo,
tu aspiración divina sobre la tierra dura."

CANTO A LA INDEPENDENCIA NACIONAL DE MEXICO

En 1955 publica "Canto a la Independencia Nacional de México", poema que fue presentado bajo el rubro "Virginibus puerisque" en el certamen convocado por la Secretaría de Educación Pública de México en abril de 1953 para conmemorar el segundo centenario del natalicio del Padre de la Patria don Miguel Hidalgo y Costilla. Esta vez el libro está dedicado a un nuevo mecenas el Sr. Lic. Don Marco Antonio Muñoz, gobernador del Estado de Veracruz.

El poema se halla precedido de una acroasis explicativa y apologética en donde también se revelan muchos datos biográficos de Salomón y algunas expresiones de su credo estético.

Ante todo, hay que proclamar su humildad. Bien se sabe que sus temas tienen nivel de dioses y de héroes (esta vez de Santos: la Virgen de Guadalupe, repone a Minerva), pero, al mismo tiempo —y

también como homenaje a maestros y poetas— él se inclina *al humus* para proclamar la grandeza de éstos. Y reconoce con amor y humildad la deuda que tiene con Darío, su maestro:

"Y en consciente y filial imitación a Darío —a cuyos campos ricamente segados ha ido siempre mi *musa para ver de recoger alguna espiga dejada en pie*— cuando me pareció que era deber de honor de los poetas hispanoamericanos concurrir al certamen universal convocado para contribuir a la celebración del segundo centenario del nacimiento del Padre Hidalgo, el año pasado consideré que el tema propuesto "Canto a la Independencia Nacional" *requería un estilo sublime*, y quise darme, de la manera *dariana* que digo (el del gran estilo que tan soberanamente dominaba a Rubén) el tono más noble al alcance de quienes somos de cultura occidental: el tono de Esquilo en el gran poema de las letras griegas sobre lo que cuestan, en sacrificio de héroes, la dignidad y la libertad del hombre el Prometeo encadenado".

EVOCACION DE PINDARO

En el Primer Certamen Nacional de Cultura de la República de El Salvador, 1955, se ganó el primer premio un poema presentado por de la Selva. Bajo el nombre "Evocación de Píndaro" lo compuso para celebrar la victoria de Maratón de los Segundos Juegos Deportivos Panamericanos celebrados en México ese mismo año y para conmemorar el primer cincuentenario de la publicación, en 1905, del libro "Cantos de Vida y Esperanza" de Rubén Darío.

SU MEMORABLE ORGULLO NICARAGÜENSE

Es memorable la carta que escribió a la Academia Mexicana de la Lengua que lo nombró socio de número, año 1952, a lo cual él renunció porque se le exigía acogerse a la ciudadanía mexicana y él se negó a abandonar su nacionalidad nicaragüense. Por ello lo hicieron solamen-

te académico honorario en ceremonia ilustre y admirable.

“...y ahora, al renunciar a la distinción con que me habéis honrado y que es la más gozosa y más plausible de mi vida el corazón me demanda cómo el ser nicaragüense puede vedarme ser al mismo tiempo leal y muy celoso...”

La Academia al nombrarle socio de honor lo hizo por varias consideraciones. He aquí una de ellas:

“La Academia Mexicana se felicita de contar desde hoy entre sus miembros, en la más elevada categoría de éstos, al magnífico poeta de la *Évocation de Horacio*, de *El Soldado Desconocido* y de otras bellísimas obras que han aplaudido no solamente en América de habla española, sino también la de la lengua inglesa, puesto que asimismo en ese idioma ha dado usted a la estampa sus poesías...”

Pocos meses antes de morir, Salomón aceptó del Gobierno nicaragüense un puesto diplomático en Europa. Su intención era la de investigar acerca de la vida del Papa Pablo III, quien con su bula de 1535 declaró a los indios “hombres verdaderos”, lo que influyó mucho en suavizar la esclavitud indígena, aunque a costa de los pobres negros africanos. Su permanencia en Roma le permitió asistir a la exaltación de Su Santidad Juan XXIII, invitado por la familia Roncalli y presenciar la ceremonia desde la primera fila.

Murió en París el 5 de febrero de 1959 a los 66 años de edad, un día antes de cumplirse el cuadragésimo tercer aniversario de la muerte de Rubén Darío, su maestro. Inmediatamente que se supo este suceso, la Universidad Nacional de Nicaragua, que le había otorgado en 1958 el título de Doctor Honoris Causa que él recibió con orgullo, gestionó y obtuvo el traslado de su cadáver a Nicaragua en donde después de ceremonias fúnebres muy solemnes, se le enterró en la Iglesia Catedral de León, muy cerca de Rubén y a poca distancia del Seminario San Ramón, en donde estuvo a punto de hacerse sacerdote.

Acerca de Salomón muy poco se ha escrito. Tanto su carácter retraído para la divulgación de sus obras, como el escaso número de sus ediciones, muchas tan exclusivas como que una vez se tiraron, de un poema, cincuenta ejemplares solamente, ha impedido el acceso de su obra. A ello hay que agregar la dificultad de los temas, la erudición de la cual hace gala y la sobriedad de su estilo muy poco propicio a las masas. El mismo, y eso es paradoja muy poética, partidario de la democracia y del pueblo se aleja de lo popular porque habla desde la cumbre de un Olimpo.

Y probablemente así se quede por mucho tiempo: poeta de minorías.

Con la lectura de esa pequeña semblanza —si es que alguien se ha atrevido a llegar a leer estas líneas finales— puede verse qué altas calidades poéticas, unidas a su calidad moral, se hallan reunidas en Salomón de la Selva. Y si se quisieran resumir sus características, nada mejor que echar mano de otro poeta el Padre Ángel Martínez, S. J. quien en el prólogo de una Antología publicada después de su muerte, dice:

“Esta es la característica de la obra toda de Salomón de la Selva: ser, no reflejo, sino resplandor de una vida plenamente vivida y que sin embargo no acaba de vivirse hasta que se hace luz en la palabra que la recrea. Y con esto que es general de todo gran poeta, lo propio de éste —lo más característico de su obra— es una *fusión organizada*, hasta hacerse consustancial con esa misma vida de poeta, de tres grandes culturas: la llamada clásica —griega y latina— auténticamente penetrada, como antes dije, y compenetrado él con ella; la cristiana en su gran extensión profundizada, desde el principio de ella hasta lo mejor de hoy; y finalmente, la indígena americana adivinada y vivida más que aprendida.”

Poneloya, Nicaragua.

31 de Diciembre de 1962.

ERWIN PISCATOR

Por Edmundo BARBERO

Una crónica periodística, aparecida hace poco tiempo, nos ha traído la noticia de que Erwin Piscator ha regresado a Alemania, su patria, de la que ha estado desterrado mucho tiempo. Como casi todos sus compatriotas notables, sufrió persecución de los nazis. Tuvo que emigrar. Como algunos de sus compañeros de infortunio se refugió en los Estados Unidos. No parece que allí la suerte le fuera muy favorable. Tampoco le fue muy bien a su colega Ernest Toller, que siguiendo el ejemplo de Stefan Zweig en Río de Janeiro, aquél se suicidó en Nueva York por sospechar una posible victoria de Hitler. Piscator fue menos afortunado que Bertolt Brecht, que sí pudo realizar una labor importante en Norte América. El en cambio, ha visto reducido su trabajo de profesor y director de escena, a una modesta escuela o academia.

Piscator forma parte de un grupo de renovadores del teatro alemán que pertenece a la generación posterior a la de Max Reinhardt. El mismo Piscator, cuenta en su libro de teatro, cómo nacieron en él sus ideas renovadoras de la



EDMUNDO BARBERO

escena. Durante la primera Guerra Mundial fue combatiente. Formaba parte como soldado de una unidad de Infantería. Al día siguiente de una violenta batalla, al amanecer, le tocó hacer servicio de centinela en un parapeto. Durante la vigilancia, al contemplar el panorama que ofrecía lo que había sido escenario de la contienda, al verlo todavía cubierto de cadáveres, de restos de carros y camiones humeantes, de cañones destrozados, de casamatas y árboles carbonizados, recordó su profesión de actor y director y comprendió, con tristeza, lo reducido que era un escenario y lo precario el juego de tramoya, para poder dar una impresión siquiera parecida, de aquella enorme tragedia que se extendía ante su vista. Desde ese mismo momento dedicó ya toda su vida, a la idea de dotar al teatro, de elementos de expresión monumentales.

En la gloriosa república de Weimar, en la que florecieron tantos experimentos notables, Piscator tuvo su teatro, en el que desarrolló una labor increíble. Lo mismo que sus otros compañeros renovadores: Ernest Toller y sobre todo Bertolt Brecht, realizó experimentos, que después, repercutieron en todo el mundo teatral, sin limitación de fronteras. Uno de sus experimentos más importantes, fue el montaje de una pieza, "Rasputín", para la que empleó variedad de escenarios, con cambios violentos, escenarios giratorios, varias pantallas cinematográficas y centenares de comparsas. Recogió sus experimentos en un libro de teoría teatral, que si tuvo por un lado la virtud de que muchas personas ajenas a la profesión, se interesasen por el teatro, tuvo en cambio, el grave defecto, de que muchos tontos quedaran convencidos de que sólo por haber leído el libro, estaban en posesión del secreto del teatro y por lo tanto estaban ya maduros para la dirección. No sospechaban los pobres, que para estar en posesión de una técnica, de una ciencia, de un oficio, no basta con leer un solo libro, sino que hay que estar dedicado en su totalidad al oficio, a la ciencia, o a la técnica elegida. Además de esto, hay que leer muchos libros y pasar por múltiples experiencias. Lo ocurrido entonces con el libro de Piscator, fue poco más o menos lo mismo que lo que sucede actualmente en Hispanoamérica. Como hasta hace poco tiempo, no se habían publicado ni difundido en el ambiente los libros de Stanislavsky: "Mi Vida en el Arte" y "La Preparación del Actor" al descubrirlos, la mayoría de los que los han leído cree de buena fe, que está en condiciones de enseñar arte dramático. No se han enterado, de que son mucho más modernas las teorías de Piscator y las de Bertolt Brecht, sobre todo las de este último. Como si fuera posible, que sin otro motivo de conocer un solo libro, una sola teoría, ya se pudiera dirigir un teatro oficial. Y sobre todo esto, como si las distintas obras grandes, de todos los tiempos, no precisaran de técnicas distintas.

Aunque ya sé que los consejos son tiempo perdido —la osadía no admite barreras y mucho menos lecciones—, quiero dirigir un consejo a estos jóvenes que se creen en posesión del secreto del teatro. Desde que se inventó éste, se ha discutido, sin llegar jamás a un acuerdo, sobre si la representación teatral

debe ser sentida o fingida. Sobre si debe imperar la vivencia o el oficio. En todas las épocas han sobresalido actores de ambas escuelas, con numerosos partidarios de las dos partes. Diderot, el primer teórico de interpretación teatral que aparece en la historia, en su “Paradoja del comediante”, trata de demostrar que sólo talento y oficio son necesarios al comediante. Afirma, que la sensibilidad perjudica al actor, porque éste, al dejarse arrastrar por el sentimiento, pierde el juicio crítico, no puede controlar sus emociones. Cuando llora de verdad no puede dominar su voz, lo que le hace emitir sonidos grotescos, las lágrimas estropean su maquillaje y ensucian su cara. Afirma también Diderot, que las emociones, al ser fingidas son mucho más bellas y conmovedoras. Años más tarde, José María Talma, el gran trágico francés, desmentiría estas afirmaciones, estableciendo que “sólo sensibilidad exquisita, unida a un gran talento pueden formar al actor perfecto”. Que las emociones, con la familiaridad que establece el ensayo, van disminuyendo en intensidad, pero que al llegar al estreno, quedan las suficientes para poder ser transmitidas al público.

Stanislavsky, se aferra a su teoría de la vivencia, pero también hay que reconocer, que sólo tuvo contacto con una clase de teatro. En su momento imperaban en la escena realismo y naturalismo. Sólo llegó al montaje de alguna pieza simbolista. Maeterlinck, fue lo más atrevido en materia literaria en su labor de montaje. Un discípulo suyo, Maeyerhol, creó después, un teatro más plástico en el que en renovación llega hasta la pantomima. Este intento de Maeyerhol ha sido superado por Il Pícolo teatro de Milano. Pero sobre todo, lo que ha transformado de nuevo el panorama teatral, ha sido la revalorización del teatro de Bertolt Brecht. Después del tremendo impacto de sus creaciones de la postguerra de la primera conflagración mundial —todavía no se ha superado el éxito que tuvo “La ópera de dos centavos” ni su realización fílmica, en ese momento en que el cine alemán era el mejor del mundo sin disputa— en la actualidad ha vuelto a ser lo más avanzado de la escena universal. La guerra y la persecución nazi, oscurecieron por un momento el nombre de Bertolt Brecht. Acabada la guerra vuelve a Alemania y funda su propio teatro, en el que además de ofrecer sus antiguas realizaciones, estrena lo más maduro de su producción teatral, que exige una nueva técnica que es indispensable para su teatro épico, como se le ha denominado. Hasta que Bertolt Brecht aparece por los escenarios, era considerado como una falta de técnica teatral, el describir ambientes y caracteres, aparte de lo que pudiera aprovecharse del diálogo sin separarse de la acción dramática. La revolución escénica del autor que comentamos, es que desde el escenario, se puede narrar, como hasta él, sólo podía hacerlo el autor de novela. La interpretación de este teatro, pide, en vez de vivencia presentar objetivamente al personaje, para después “salirse de él” y que el público vea sólo la actitud ocasional que fue, pero que de obrar de otra manera pudiera haber reaccionado de otro modo distinto. Para la realización de este teatro, la vivencia, no sirve, porque ésta influ-

ye en el espectador, exigiéndole que sólo como le han sido interpretados comedia y personajes, pudieron haber sucedido los hechos. Aviso para los “sabios” de la escena. Nunca se estará en completo dominio de la verdad. El teatro es una de las manifestaciones más complicadas que hay en el arte.

Gerard Philippe, el gran actor francés desaparecido hace unos años, refiriéndose al teatro de Bertolt Brecht, que fue a París a dar una serie de representaciones, decía, en una entrevista que le hicieron poco antes de morir, que él oía, como decían los espectadores “avisados” que tenían a su alrededor, “la maravilla” que era observar cómo los actores “se salían de sus personajes”, siguiendo la escuela brechtiana, él los miraba con asombro, porque no veía lo que el resto del público, y sí en cambio, la manera de sentir y emocionar de los actores.

Volviendo a la noticia que ha dado aquí la prensa, hemos de reconocer, que la vuelta de Piscator a Alemania, no podía haber sucedido sino como se ha realizado. Ha vuelto a reincorporarse al teatro alemán para montar una obra polémica, de escándalo. La noticia, nos dice que el autor de la pieza es un judío. En la obra, el escritor hace una acusación. Responsabiliza al Papa anterior Pío XII de la muerte de muchos judíos. No es necesario aclarar que se alude por elevación. Los católicos alemanes se han sentido ofendidos y han reaccionado violentamente. “El Osservatore Romano” órgano del Vaticano, ha intervenido defendiendo a Pío XII y explicando que desde la Santa Sede, se dieron órdenes para que todos los Monasterios ejercieran el derecho de asilo, lo que salvó muchas vidas de israelitas y de perseguidos políticos por el régimen de Hitler. Pero el autor de la pieza dice que esto no fue cierto y que el desaparecido Pontífice era simpatizante del régimen hitleriano. Sean o no verdad las afirmaciones, lo que sí es cierto, es que el teatro necesita de polémica y pasión para poder decir que existe. Esta pasión no podía faltar alrededor de una obra en la que ha intervenido Erwin Piscator.

Edmundo Barboza

ALBERTO GUERRA TRIGUEROS

El 22 de junio de 1963 cumplió 13 años de haber muerto en esta capital centroamericana el poeta salvadoreño Alberto Guerra Trigueros, hombre ejemplar que influyó de manera decisiva, durante el tiempo que vivió entre nosotros, tanto en los esfuerzos de superación espiritual de muchos de sus amigos, como en la cultura artística y literaria de numerosas personas, entre las cuales se portó siempre como seguro informador de cualquier tema cultural.

Alberto Guerra Trigueros nació en Rivas, Nicaragua, en 1899. Su padre fue un médico de personalidad atrayente y conocimientos superiores a los del medio en que vivía. El doctor Guerra contrajo matrimonio en nuestro país con la hija de un acaudalado hombre de negocios, la señorita María Teresa Trigueros, y de esa unión nacieron tres hijos. Uno de ellos fue el poeta que recordamos en este número de "Cultura".

Alberto Guerra Trigueros viajó —cuando era niño— de Nicaragua a El Salvador y de El Salvador a Nicaragua. Poco después del fallecimiento de su madre, y cuando era todavía muy pequeño, salió de Centro América rumbo a Europa, en compañía de sus dos hermanos. En Suiza fue confiado a sacerdotes de la Compañía de Jesús, y su niñez y adolescencia se deslizaron lentas y tranquilas en aquella casa de maestros cuidadosos y sabios, pero huérfanas de las dulces alegrías del propio hogar. Cuentan que Alberto era un muchacho serio, estudioso, sensible e introvertido. Pasaba sus vacaciones en Francia e Inglaterra.

Cuando tenía veinte años regresó a El Salvador, y en la ciudad salvadoreña de Santa Ana contrajo matrimonio con la señorita Margoth Turcios, hija de

doña Dolores Soriano de Turcios, hermana de Rubén Darío. Ya casado, regresó con su esposa a Europa, y en París nacieron sus dos hijas mayores. Más tarde volvió a Centro América, estableciéndose definitivamente en esta República.

Por el año de 1932 —ó 33— Guerra Trigueros compró la empresa periodística donde se editaba "Patria", diario ya famoso por la campaña civilizadora que en él había sostenido don Alberto Masferrer, y en compañía de Salarrué y otros escritores y periodistas, se entregó a la tarea de señalar nuevos rumbos culturales a los salvadoreños, de despertar conciencias dormidas, de promover en cualquier forma el adelanto de nuestro pueblo, de poner en evidencia a los que abusando de su riqueza o poder explotaban al débil y al ignorante. El empeño por sostener los propósitos de dicho periódico —en los que no perseguía ningún fin material— lo hizo perder gran parte de su fortuna.

En 1929 se engalanaron las ediciones de Repertorio Americano —dirigidas tan cuidadosamente por don Joaquín García Monge— con un libro de poemas de Guerra Trigueros: El surtidor de estrellas. Poco antes había publicado otro libro de versos: Silencio.

En El surtidor de estrellas Guerra Trigueros nos entrega su angustia de hombre solitario y su incesante pregunta a la vida y la muerte. Se le siente allí, rodeado de eternas sombras, siempre persiguiendo un invisible rayo de luz. A este poeta le dolía el camino, tan arduo y lleno de enigmas; también le avergonzaba la miseria humana y trataba de salir de lo ilusorio de la vida para encontrar la realidad eterna, de vencer la muerte que parece invencible, con la superación espiritual de su diaria existencia.

Bajo su acertada dirección se reunieron poetas, escritores y artistas, en el año 1935, y fundaron en casa de María de Baratta y de su esposo, la asociación cultural que se llamó "Amigos del Arte".

Personas que formaban ese grupo organizaron por primera vez en este país, y con muy buen éxito, exposiciones de pintura y otras artes plásticas. También ofrecieron ciclos de conferencias culturales, estimularon a los jóvenes artistas, se encargaron de dar a conocer las nuevas obras de los escritores y mantuvieron vivo y activo —bajo un clima político difícil para el artista y el escritor— el culto a la belleza y a los ideales democráticos.

¡Qué afán más noble de servir, el de Guerra Trigueros! ¡Qué profunda comprensión de nuestra tierra, nuestra sangre y nuestro destino! Sus conocimientos se derramaban sobre todos nosotros como manantial inagotable y su ejemplo de verdad permanente —en anhelo, lenguaje y acción— nos fortalecía e iluminaba.

Los poemas que Alberto escribió mientras sufría la enfermedad que lo llevó a la muerte saldrán muy pronto de los talleres de imprenta de la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación de esta República, recogidos en un libro que llevará el título que él mismo escogió, cuando los ordenaba para que se publicaran después que se hubiera alejado de nosotros.

¡Honda poesía que se acerca a la desconocida sombra, esperando encontrar en ella una luz que no conoce ocaso! ¡Últimas palabras del hombre que se fue muriendo con un gran peso en el pecho —como el personaje de un cuento de Salarrué— y que hubiera podido definir sus sufrimientos con el título del mismo cuento, diciendo a sus amigos: "Padezco de Corazonasón!"

Alberto fue un caso de sensibilidad especial en un país como el nuestro; no se equivocó Claudia Lars al recordarle en un romance de esta manera:

*Era pequeño de cuerpo,
pero llevaba en la frente
unas luces altas... altas...
y unos pájaros celestes.*

*Quizás guardaba mil años
en su ardiente vida breve.
Por eso, con voz antigua
siempre hablaba de la muerte:
de la que apaga jardines
y se aleja... pero vuelve.*

*Andaba como perdido
—entre curioso y rebelde—
golpeando noches cerradas
allí... donde todos duermen.
Siempre le vimos pasar
por las calles de la gente,
como si tuviera sed,
como si tuviera fiebre,
padeciendo hasta el domingo
porque lo creía viernes.*

*Sin embargo, niño, niño,
fue una vez y muchas veces,
y entonces todo en sus ojos
se hacía resplandeciente:
hablaba con cualquier loco,
soltaba su luz alegre,
iba a las estrellas blancas
por el camino más verde,
y juvenecía siglos
en un rato... y de repente.*

*Así era Alberto, así era:
viejo y joven como el duendel
Cogido en su propio fuego
y en su propio ardor, valiente.*

*¡Cómo olvidar lo que dijo
cuando esperaba la muerte,
oyéndola en el reloj
caminar meses y meses!...*

*Habló del cuerpo y del alma,
de los amigos más fieles;
de los versos que se leen,
de los versos que se pierden;
de lo que sube del polvo
y sobre el polvo desciende;
de las arpas, de las lunas,
del que vela y del que duerme...*

*Si al fin se cerró su voz
como un sonido obediente;
si con ella el corazón
y los ojos y las sienes
ya no pudieron sentir,
ni expresarse ni moverse,
un algo d'el... siempre vivo,
nos quedó y nos vive siempre:
¡porque no puede morir
quien no le teme a la muerte!*



Noticia de tu Muerte

Por Dora GUERRA

Y lo dije por fin: “mi padre ha muerto”.
Y yo no lo sabía.
Me aferraba a mi ayer con todo el cuerpo.
A mi ayer luminoso de sus ojos,
sonoro de su voz,
quieto de su silencio,
vivo de su vivir de cuerpo entero.
A mi cálido ayer donde su llama,
donde sus manos pálidas,
donde su suave aliento;
y también la corbata candorosa
y el tibio traje
y el anillo en el dedo.

Pero ayer, de repente, me lo dije:
¿Sabes?: mi padre ha muerto.

Y ya lo he comprendido sin remedio.

Para todas mis horas no cumplidas,
para todo no hallarme en los espejos,
para toda palabra
llena de su silencio,
ya tendré la noticia de que ha muerto
y siempre más sabré de su partida
y nunca más de su regreso.

Y ahora ¿qué haré yo desde mi nada?
desde mis ojos ciegos,
desde mi sed de tierra sin invierno.

¿Qué haré para encontrarme si estoy sola
si él no llega a mi sueño?

¿Qué haré para decir una palabra
si no guía mi acento?

Pero no. Tengo que decirlo ahora.
Ahora que es mi tiempo.
Ahora que por fin lo he comprendido:
ahora que él ha muerto.

Pero ¿qué diré yo? si no recuerdo. . .

Ah, sí:

Era una rubia tarde de un enero,
una fresca alegría
y un venir desde lejos.
Un decir de tu voz y un “ya comprendo”.
Un señalar tu mano la montaña
y un decir de mis ojos “sí, ya veo”.

Y a ratos un reír,
Y a ratos un llorar. . .

Ah, qué bien! Ahora lo recuerdo:
tu mirada y la mía
juntas por los senderos,

subiendo a lo más alto del camino,
corriendo por el sol tibio del cerro.
Y los dos, desde abajo,
dulcemente sentados en el suelo.

Después tu dedo gravemente alzado
para mostrarme el nombre de un lucero.
Y aquel primer lucero de la tarde
nos encendió el silencio.

El corazón más grande,
el amor más entero,
los ojos sabios y la voz vacía
regresamos los dos por el sendero.
Caminaban en sombra nuestros pies paralelos.

Pero ahora lo sé: mi padre ha muerto.

Yo me di la noticia por la calle
un día que me hallé sin un recuerdo.
Sola ya sin mis puntos cardinales,
en la orilla del tiempo.

Y ya lo he comprendido sin remedio.

Ya no podré saber dónde se encuentra
el nombre de un lucero,
ni por qué la luciérnaga se enciende,
ni por qué el limonero.
Ni cómo es el retrato de los pájaros,
ni cómo se colocan los acentos.
Ya no podré saber cómo se rompen
los molinos de viento,
ni cómo es el latín entre las rosas
y los pájaros muertos.

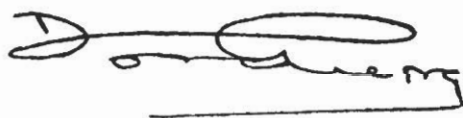
Ya no podré. . . Ay, qué podré yo ahora
si estoy como sin miembros,
si me pesa mi carne
por sus livianos huesos.
Si mi cuerpo es moreno, todo mío,
y el suyo transparente y no lo veo.

A ti, a ti te quiero,
con tus dos manos pálidas,
con tu anillo en el dedo,
con tu dulce corbata,
con tu cuerpo pequeño.

A ti, a ti te quiero,
con la curva precisa de tu gesto,
con tu sí bien trazado
y tu no todo entero.

A ti todo te quiero.
Ay, dónde estás que no me encuentro.

Yo me di la noticia por la calle,
y ahora ya lo sé: Mi padre ha muerto.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Antonio Machado', written in a cursive style with a horizontal line underneath.

Todo Viene de Adentro, Alberto

(FRAGMENTO)

Por Angel MARTINEZ, S. J.

Este es el dentro que, ahora, sacándose del recuerdo que me abismaba en aquella noche de la más honda soledad, me lleva al otro abismo de soledad reducida, en que él —la menor parte de él, pero él al fin— era quien quedaba solo.

SOLO!

Iba bajando solo.

No rodaban

Las barras de metal, ni las poleas

Lo sostenían en sus bandas, como

Para que no chocase fuerte en tierra.

Solo:

Iba bajando solo al hoyo. Solo

Al hoyo, no insondable,

sí negro, inmenso, sí infinito,

*Pero que lo sondaba con los ojos
La Fe que su negrura traspasaba
Y penetraba en su infinito blanco.*

Era de luz la tierra con la tarde:

—Toma esta luz.

*Y te la eché el primero,
Bendita con el agua de mi sangre,
Poeta al fin y en luz,*

Y Sacerdote:

Bendita con el agua del rito en el misterio.

—DALE, SEÑOR, EL ETERNO DESCANSO

Y LUZCA PARA ÉL LA LUZ PERPETUA.

—RECE POR MÍ,

decías frente al velo

Blanco en que se cubría

El que ahora se descubre a tu mirada,

—RECE POR MÍ, DECÍAS,

COMO POETA Y COMO SACERDOTE.

—Toma este amor en luz de aquella tierra

Que yo bendije para ti en el nombre

De un solo ser en tres modos distintos:

Hombre —amigo!—, Poeta y Sacerdote;

Que yo bendije para ti en el nombre

De una luz esencial, indivisible

Y en tres luces distintas no diversas:

—En el Nombre del Padre

Y del Hijo

Y del Espíritu Santo.

—Toma el amor en luz de aquella tierra

Que a tu tierra sin luz ya —y tan querida—

Eché con mi primera paletada.

Iba bajando solo

—Como un mar en su propio mar hundido,
Tierra en su propia tierra—
Iba bajando solo.

Y al fin quedó en el negro
—DARK? NO, BLACK, NEGRO, SÍ, NOIR, NIGRO, NIGER
MELAS, MELAINA, MELAN . . .—
Y al fin quedó en el negro de aquel hueco
Parado en infinito.

Y repetía
Con su sonrisa transparente —alba en lo eterno—
Y su silencio impenetrable:

TODO
VIENE DE ADENTRO. VIENE. DESDE ADENTRO.
YO TENGO AQUÍ MI PROPIO DESDE ADENTRO.

Pero aún no había entrado todo: estaba
Ya en la tierra parado.
Y era ya de la tierra en la que entraba
Para el definitivo salto al cielo.
Y entró, en su nueva nave,
Para el día de gala del mar, llena de flores
Vivas y gallardetes invisibles:
Entró como una nave en su mar nuevo
Y se quedó perfectamente solo.

—Tú crees que está allí, pero navega
Su propia nave de Argos.
Rodó bajo la bóveda aún abierta.
Sobre ella estaba el cielo, abierto al mundo:
Bajo ella quedaba él
—la parte de él que es tierra
En espera de ser cielo del cielo—.

Más allá? Y repetía:

—MI PROPIO LEVANTAOS.
OH COPLAS —COSAS?— LEVANTINAS:
YO TENGO AQUÍ MI PROPIO LEVANTAOS.

*Más allá? Cuando ya no lo veía
La mirada insistente, en los oídos
Resonaban sus íntimas palabras:
—Desde adentro.*

*No era eso lo que todos en la densa
Claridad de la sombra de aquel hoyo
—Con la luz de su nombre, luz de Alberto—
Oímos bien?*

*Tú estabas a mi lado,
Serafín, tú, Ricardo, en frente. Mudos
Todos. La tierra enteramente sola.
Repetía la luz nuestras miradas
Y el aire, también mudo, su silencio.
Todos sus últimas palabras:*

—DESDE ADENTRO.

· YA ESTÁ. EN PAZ. EN LUZ, TODO.
TODO VIENE DE ADENTRO. DESDE ADENTRO.

*Y así seguirá todo. Oh qué de cosas
Pueden pasar y el mundo sigue siempre
Como si nada!
Siempre el mundo sigue:*

*Pasará una pareja
Por el sendero, al lado, como siempre
Sola, inventando el mundo.
Tú seguirás diciendo:*

—Desde adentro:

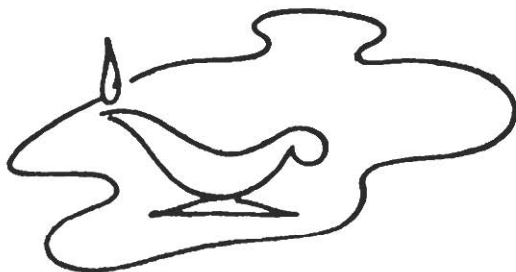
*Todo viene de adentro . . . —
desde adentro.*

“—QUIÉN DIRÁ QUE LA MUERTE ME INTERRUMPE
LO QUE AMO?”

“—LA MUERTE NO INTERRUMPE NADA!”

“VED, YA DE NUEVO SIEMBRAN EL
TRIGO AYER SEGADO”.

Angel, S.J.



Voz desde la Playa

(EN LA MUERTE DE ALBERTO GUERRA TRIGUEROS)

Por SALARRUE

No me asombra la sombra,
no me duele el dolor.
He perdido la muerte para siempre.

La Vida es hoy inagotable:
no se agota tu voz,
ni tu risa,
ni tu valor viril, justiciero.

La sombra te reconoce estrella.

Te dolía el mundo,
la cabeza,
el corazón,
el Cristo.

Mientras tanto caían las estrellas, infinitamente . . .,
surtidor eterno junto al cual
habías llegado a sentir.

Nos dimos las manos un día,
bajo los astros.
Nos fuimos buscando siempre
por todos los rincones del bosque mágico
y nos hallamos más de una vez
con grande alegría de dioses niños.

Te dijeron:
“No subas,
el subir te matará . . .”

Y tú no querías subir ya más,
pero no podías detenerte:
subir era tu modo de avanzar,
como el del sol,
que sube, aun tramontando.
Estarás
ante la escala de Jacob,
viendo bajar los ángeles.
Tendrás que subir aún,
hasta la resurrección . . .

Me dices al oído:
“Este trago es amargo
y estamos solos,
¡solos! . . .”

Pero yo te sé la dulzura
de esa amargura
y el cultivo de esa soledad
ha sido tu alegría íntima,
siempre . . .

Tú no llevaste tu cruz pesada,
jadeante y transido,
porque tenías tal prisa por ella
que te clavaste al madero
demasiado pronto.

La cruz te llevó a ti
(la pobre) . . .
y pesabas porque eras también
“nada menos y nada más”
que el Hombre.

El clavel nació del clavo
del Señor.
(¿No es así?)
Entró tan hondo en la carne
que enrojeció la cabeza de hierro
y sólo había allí una como flor . . .

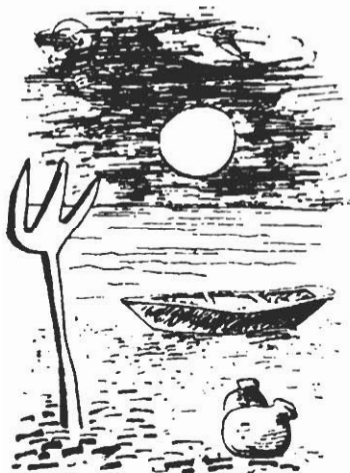
Te veo siempre la frente
que era montaña en el amanecer.
Te daba el Cristo en ella,
resucitando,
y la otra mitad estaba en sombra azul . . .

Ah! . . ., si no pudiera sentir esta alegría
de que no puedo perderte nunca,
lloraría una lágrima cristalina
para que vieran que te sé muerto,
como a Lázaro,
como a la ceiba,
como al día,
como a la tormenta
que irrumpió fuerte y fecunda
y jugó con el agua y con el fuego,
con el aire y con la tierra,
terriblemente,
gozosamente,
grandiosamente . . .
y limpió de impurezas la atmósfera
devolviéndonos el día claro y azul,
lleno de júbilo.

Comulgué con la noticia de tu muerte
y me encendí por dentro
de manera inefable...

No sé hacer otra cosa
sino estarte reviviendo a cada instante
mientras sucede lo que va a suceder.
Ando oyendo caracoles
porque en ellos resucitas como sólo tú sabes,
con voces verdes y salobres
que nos hacen llorar y temblar de misterio.

Salvador



Llama y Llamamiento para Alberto Guerra Trigueros

(FRAGMENTO)

Por Serafín QUITIÑO

La palabra muerte
ya no es aquella sombra de ángel doloroso
que tu alma proyectó sobre la tierra
y sobre el corazón de los hombres.

Ahora es una inminente presencia,
cuyo poder y cuyos designios
doblan nuestras rodillas
y apagan nuestra voz en la garganta.

Te vemos, pequeño y solo,
entre deslumbradores relámpagos y clamores innumerables,
ir,
detenerte,
volver,
suspendido sobre luminosos abismos,
peleando aún, valerosamente,
en lo más alto de las olas . . .

Y desde aquí en la otra orilla silenciosa,
sin mano que tenderte,
sin luz en la palabra,
sin poder ni en los labios ni en el brazo,
te alcanzamos tan sólo
por las viejas escalas del amor y del llanto.

En este umbral nada sabemos... ¡nada!
Apenas bajo signos y señales
logramos entrevernos y descifrnarnos.
He aquí un signo como una llama en la tormenta:
tus ojos ya cerrados para siempre nos duelen,
tus manos bajo tierra nos pesan y nos duelen,
tu silencio nos duele
y allí donde tú faltas,
algo en la rosa ausente y en el aire nos duele.

Bien podríamos hoy inventar suaves vendas,
tejer dulces guirnaldas en tu nombre,
embellecer,
decorar tu muerte con lirios y laureles.

Pero tu sed de amor pide más:
quiere el alma entera,
la entrañable solidaridad sin reservas,
el testimonio,
la comunión y el pacto.

Lo corroboramos con tus propias palabras:

*“El amor verdadero es siempre triste,
es triste siempre el verdadero amor.
El amor, si no llora, es que no existe.
Y un mutuo amor, es un común dolor”.*

Este puente nos une por toda la Eternidad.
Nadie tenga vergüenza de sus lágrimas
y antes bien derrámelas para santificar el barro.

Dolorosa es la muerte pero infinitamente bella.
La palabra ausencia nace de su corazón
como una niña.
A su sombra va creciendo el recuerdo,
lentamente,
como una criatura viva.

Estos son otros signos y otras señales.
Ellos magnifican el dolor y conjuran el tiempo.
Y libres ya de la ilusión y de sus engañosos espejos
nos hallamos unidos
eternamente
con nuestros ausentes y nuestros muertos.

Alberto Guerra Trigueros,
aquí estás con nosotros
en esta dulce nostalgia por el cielo.

¡Quién sabe si nosotros no estaremos contigo
en tu inmensa nostalgia por la tierra!



Dolor de la Ventana

Por Hugo LINDO

Organos graves tu silencio cantan
en la nave mayor de la tristeza,
y palomas de llama se retuercen
sobre el dolor quebrado de tu cera.

Aquí tú sin palabra. Y detenida
tu figura en el filo de la ausencia.
Aquí tu soledad de todo tiempo
comunicada a soledades nuestras.

Aquí el aire esperando tus preguntas,
tu aluvión de preguntas sin respuesta,
y en la quietud pequeña de tu alcoba,
abierta siempre tu ventana abierta.

¿Qué pájaros la cruzan, y qué nubes
en su espejo sin luna se reflejan?

¿De qué azul es la sombra? ¿Qué semillas
está arrojando el Sembrador de estrellas? . . .

Tú encima de las nubes y los pájaros
y de toda ventana: en esa lenta
comarca en que la luz es firme y honda,
sin límites de cal ni de madera.

Ayer tú preguntabas. Hoy pregunta
con tu asombro de ayer, con tu entereza,
la ventana de siempre, por tu nombre,
tus pasos, tu mirada, tu voz férvida.

Todavía hay angustia. Es imposible
apagar tu ventana, tuya y nuestra,
impregnada de ti, que nos insiste:
“ya vendrá . . . pero tarda Alberto Guerra”.

Y nosotros callamos. No podemos
decirle tu pabito sin reservas,
explicarle el azogue de tus ojos
dormido en el secreto de las cuencas.

Esta ventana tuya . . . esta ventana . . .
¡Ah, su dolor, Alberto, si supieras! . . .
Está hablando de ti junto a las nubes,
entretrejiendo historias y leyendas . . .

Los augustos vitrales de la tarde
se asoman a su marco, y no te encuentran.
Solos, desparramados por la alcoba,
tus libros guardan sus palabras muertas.

¡Ah, tu ventana, Alberto, tu ventana! . . .
Ella ignora la altura que te alberga,
y hay un afán de ojivas imprevistas
que se perfilan suavemente en ella.

Va a madrugar un día tu ventana
juntando agudos arcos, como flecha
disparada hacia ti: como dos manos
altas en oración por tu presencia.

Va a madrugar con un olor de incienso,
casi de catedral —silencio y piedra—,
porque ya no se aguanta entre los muros
vacíos ya, de tu vacía celda.

Augusto Lindo



ROMANCE SENCILLO

(A LA MEMORIA DE ALBERTO GUERRA TRIGUEROS)

Por Elisa HUEZO PAREDES

Que no digan que se ha muerto
porque ya nadie lo ha visto;
que un eco desde la altura
rompió sus alas de vidrio
quedando desnudo y frágil,
el alma llena de trinos
y está doliendo en mil huecos
su gran corazón dormido. . .
Su voz se enredó en el viento
y es cantar entre los pinos
y está su ausencia presente
clavando su agudo filo.
¿Dónde quedó su pregunta,
su pensamiento, su grito,
su amargo costado abierto,
sus espadas y su abismo?
No, que no ha muerto, no ha muerto,
que se ha quedado dormido.

No. Ya quiere descansar
bajo el esplendor de Sirio,
Y es que le pesaba el cuerpo,
cuerpo de viento y de vidrio,
su ramo de azules venas
surtidor de sangre y vino.
Le pesaba el mundo todo
con su gran peso de siglos
y quiso que le acostaran
entre el frescor de los limos
para decir su canción
por la corola de un lirio
que ha de nacer de su boca,
con su palabra encendido,
en albura de silencio
y en silencio florecido.
Y dicen que se ha marchado
por el oscuro camino,
y dicen que entre fantasmas
su fantasma se ha perdido;
que un gran muro le separa,
que un sello pesado y frío
en dura imagen de hielo
le ha dejado convertido
y todos dicen que ha muerto
porque ya nadie le ha visto . . .
Pero yo sé que él está
en su sueño sumergido.
Y es que estaba tan cansado
de su agilidad de río,
de su constante tormento,
de su consciente delirio,
de su sangre, de su alma
y de sus llagas de Cristo.
Ya dejémosle crecer
bajo el esplendor de Sirio.

bajo el claro “Surtidor
de Estrellas” de su destino,
que miraremos sus ojos
florecer en dos jacintos
y escucharemos su voz
en la blancura de un lirio.

Elija Huezotzaredes.



Alcance a la Muerte Inmortal

(PORQUE ALBERTO GUERRA TRIGUEROS VA ADELANTE)

Por Claudia LARS

Apenas se ha cerrado tu palabra
tan alta y verdadera, tan indómita . . .
La busco por el aire y por el eco;
por el tamaño fértil de las voces.

Sé que tu pecho nutre un árbol lento
y que tus pies son el andar del polvo;
sé que tu sangre, plenamente ardida,
en cenizas de sangre es medianoche.

Tierra adentro, con hielos que se afirman;
tierra ciega, sin daños y sin horas;
todo en suave volver al mismo sitio
donde el silencio inventa cielo y hoja.

Debajo del camino mensajero
y la inútil piedad de los amores;

en cuna de apretado musgo negro,
tendido al sueño, como niño dócil.

Profundamente nuestro, porque nunca
te alejaste del tiempo de nosotros.
Ahí . . . con todo el peso que te cubre
y todas las verdades de tu boca.

Llevabas —poseído de su fuerza—
el tránsito del bien y su congoja;
por eso, desvelado entre combates,
eras el compañero sin reposo.

Duele tu adiós . . . pero se vuelve un algo
que de la ausencia nace para todos.
Subes a muerte tan desnuda y fácil
que la llamo tu patria luminosa.

¡Poeta guerreador, la vida es guerra,
así como en las letras de tu nombre!
Creciendo estamos, por convulsos días,
hasta el día más ancho de los ojos.

Guerra de la paloma contra el viento,
del ángel de la nube con las formas,
guerra del corazón —el indefenso—
en este palpitar de corazones.

Pero también es modo de encontrarnos
donde florece el grano de la rosa;
terreno para el pan, surco triguero,
casa del alma con su puerta de oro.

Nos recibiste en aquel suelo tuyo,
con simple intimidad y aislado goce.

Un laurel encendido nos decía
la inmensa llama y tu pequeña sombra.

Oyenos, porque somos los más fieles;
los que de ti aprendimos, los menores.
Tenemos tu palabra todavía,
tan alta y verdadera, tan indómita.

A tu impalpable orilla de vehemencia,
a tu nicho de piedra y de sollozos,
venimos para hablarte, los de siempre,
y estamos juntos los que tú conoces!

Claudia Lars



RETORNO A CRISTO

Por Amparo CASAMALHUAPA



AMPARO CASAMALHUAPA

Oveja esforzada y amante de los suyos, mi alma quiso ir lejos de ti para buscar praderas exuberantes en donde la dicha fuera una sola y para todos.

Tu blanca silueta dejé atrás y, decidida, franquéé peligrosamente los altos riscos, las barrancas silenciosas y las veredas sin nombre.

Espoleada por la angustia del gemido, guardé tu amor en mi pequeño corazón, pensando en el camino que al final del tiempo habría de ofrendarte la verdad de mi vida.

Sin orientarme caminé largos años para indagar en dónde se originaba el suave calor del renacer; quise descubrir, por mí misma, el manantial que pudiera apagar la sed de todas las criaturas y en qué consiste la muerte diaria del ser. Pobre de mí, tus dos mil años, Señor, me

parecían la eternidad infructuosa del amor.

¡Oh loca juventud que te vio sin mirar; que dejó lo perfecto y maravilloso por lo mezquino y vulgar; que en nombre de la fraternidad dejó al hermano abandonado y en nombre de la dicha, corrió tras el dolor!

Sin embargo tú sabes Señor, que yo te amaba; que la sal de mi llanto se amasó con tu nombre y que hundida en la sentina de la duda, he oído tu trémulo llamar.

“Has de recomenzar, dice tu voz amada: Yo era antes de ti; cuando te vayas, yo seguiré esperando hasta que vuelvas.”

Cuando vine a la tierra, comprendí sin esfuerzo el hondo sentido de tu palabra; dócil a tu reclamo fui haciendo realidad tu amor. Mas de repente, un hálito de fuego me llenó de violencia y grité: si el pastor va lentamente, yo iré de prisa porque se acaba el tiempo. Y me perdí tremante y sin rubor en lo insondable del primer vagido.

Por espejismos desconocí el firme camino de tu enseñanza, la inalterable belleza de tus mandamientos y el fruto luminoso de tu vida ejemplar. No obstante, allá en el fondo de mi pequeño corazón, tu vigilante amor clama por mí.

I I

Imitando tu peregrinar, con luz de amor fui a conocer el mundo: miseria, ignorancia y rencor en fatídica trinidad amenazante, azotaban mi rostro a cada paso; la envidia y el despecho se daban la mano para agrandar la ronda y comencé a caer acongojada y sangrante, probando el peso de tu cruz. Iba extraviada, con hambre y sed de justicia para todos los míos. Amaba tanto sus pequeños dolores y eran éstos tan grandes al unirse, que habría sido imperdonable cobardía retroceder. Y pasaron días, meses y años, como en los cuentos fantásticos. . . La urgencia de mi ser diluida en mil dolores seguía pidiendo. Quiero conocer la verdad, ¿dónde está ella? ¿cuál es la siembra y cuándo vendrá el fruto? Tengo prisa porque mi vida es corta: en dónde están las praderas ilimitadas para todos?

Ten calma, debes adentrarte en nuestra ciencia, respondieron el oportunismo y la pereza; el sentimentalismo es un prejuicio, dijo en alta voz la audacia vestida de sabiduría; hay que tirar el lastre, habló con fingida bondad el vicio. . . Las pequeñas y múltiples verdades de cada criatura iluminaban la obscuridad con centelleo intermitente y callaban temerosas. . .

Pero yo no podía tirar mi amor ni tu palabra cristalina, que atravesaban en cruz mi vida desde siempre. Y es que el sueño de mi madre viendo el impulso mío de arrojarme al abismo, brillaba con luces de milagro al venir Tú frente a mí, levantando la diestra.

Tranquilamente y lleno de ternura el corazón, fui volviendo al antiguo camino. Diez veces pasé las estaciones del año en hilera que iba del amarillo al rojo y del jaspeado al blanco, como en las ensartas de flores de la cruz. Me alejaba de los senderos extraños sin prisa ninguna, llevando en la entraña del alma, el anhelo de las praderas ilimitadas para todo el rebaño y para mí.

I I I

Cuando en uno de mis grandes amores fui herida, yo estaba sola, sin Alfa y sin Omega. De pronto, mi condición materna, sitiada en círculo cerrado, con mu-

ros cóncavos y lisos, con amargura impar, fue surgiendo a lo inmutable y eterno por caminos secretos, al suave conjuro de tu nombre.

Como el agua brotando de la tierra, tu voz fluía murmurante a través de dos milenios para decir: “Vosotros sois la sal de la tierra y si la sal se desvaneciere, con qué será salada?” Es decir sin el esfuerzo y sacrificio de las mejores criaturas para que la humanidad deje atrás el instinto, cómo hará el Hijo del Hombre para acercarse a Dios y alcanzar la Inmortalidad? “El trigo tiene que morir para dar crecimiento a la espiga que traerá mucho fruto”. Así afirmaste la necesidad de sembrar nuestras mejores virtudes en el corazón del prójimo —“que quiere decir, próximo”— de manera que nuestro “Ego” muriendo en el alma de la colectividad, haga renacer y multiplicar la bondad en todas las criaturas. “Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”. No hay otro mandamiento mayor que éste. Quisiste decir que el amor a Dios y al prójimo, son como dos inmensos diámetros que cruzando el alma de la humanidad, abrazan la redondez de nuestro mundo como la Rosa de los Vientos, pudiendo servir de principio y de fin a nuestros más caros anhelos, a nuestras más lejanas esperanzas, que tienden a unir al hombre con el ángel para completar el ciclo máximo de perfeccionamiento aquí en la tierra.

Así, pues, en quedando atrás la niebla, he aquí la luz —como antes— en militante amor dentro y fuera de mi corazón. De igual manera que la raíz principal de las plantas, nace y se desarrolla heroicamente bajo la tierra, para sostener y perpetuar la vida en el aire y bajo el sol, así mi sed de conocimiento fue buscando la razón de ser en otras criaturas y en mí. Con afanoso ahinco el alma mía fue desatando ligaduras, limando terribles aristas, apartando la mies y el rastrojo.

Con tu guía, Señor, yo sigo amando al prójimo y tu dulce figura se yergue dentro de mí como el Camino, la Verdad y la Vida.

.. Jemparo Baranabhuapa

Apuntes comparativos de "La Orestíada" de Esquilo y "A Electra le sienta el luto", de Eugenio O'Neill

Por Antonia PORTILLO

SUMARIO: *El tema de Electra en los trágicos griegos. Esquilo y O'Neill. Análisis comparativo del contenido de las dos obras. Los tipos femeninos en la obra de Esquilo y en la de O'Neill.*

EL TEMA DE ELECTRA EN LOS TRAGICOS GRIEGOS



ANTONIA PORTILLO

Es importante señalar el hecho de que determinados temas reitèrarse a lo largo de la historia de la literatura de un país, proyectándose en literaturas extranjeras. Repetir un tema no significa que haya falta de originalidad, ya que cada autor presenta un planteamiento distinto y un desarrollo personal, manifestando su particular manera de pensar en torno a una misma cuestión.

Para el caso, debemos citar a Electra como tema de los trágicos griegos. Esquilo lo presenta en "Las Coéforas", segunda parte de su trilogía "La Orestíada". Conduce a las esclavas de Palacio hacia la tumba de Agamenón y luego presenta el encuentro de Electra y Orestes.

Sófocles vuelve a tratar el mismo tema en su obra "Electra"; mas al hacer una comparación de las piezas de éste y de Esquilo, se encuentran

las siguientes diferencias: a) En Sófocles la psicología de los personajes está más estudiada; ejem.: carácter de Electra; b) Mantiene el interés, razón por la cual el reconocimiento no se lleva a cabo al principio de la obra sino que hay una preparación que contribuye a crear una atmósfera, haciéndose esperar ese momento; c) Hay una mayor preocupación por mantener el interés humano, como en la mayor parte de las obras de

Sófocles, y por consiguiente mayor muestra de verosimilitud en las acciones; d) En Esquilo, Electra no adquiere los caracteres de personaje principal, pese a que es una figura que puede centrar el interés de la obra. Sófocles comprende esa situación y destaca a Electra como principal personaje; e) En Esquilo, la fatalidad se manifiesta constantemente en la acción y los personajes no logran escapar de su destino. Orestes no vacila en matar a su madre, Clitemnestra. Sófocles se opone a ese poder infalible, inexorable y pone la duda en Orestes, quien piensa, recapacita antes de actuar. Se pregunta si hará bien o no en matar a su madre; f) Una de las características de Esquilo es su lirismo, al cual condiciona sus obras. Esto lo aleja de la realidad y lo hace mantenerse en un plan estrictamente poético. Sófocles trabaja con personajes humanos, no divinos y no necesita del recurso de Esquilo para mantener el interés. Es menos lírico y le concede menor importancia al coro, situándolo en su verdadero papel de expresar los sentimientos del público. No tiene intervención como personaje principal de la tragedia sino en raras ocasiones, como en "Edipo en Colona".

Eurípides insiste en el tema. Presenta una "Electra" modificada y antes del reconocimiento de éste y de Orestes, incluye una evidente crítica a Esquilo. La obra de Eurípides no supera a la de sus predecesores, aun cuando hay partes en las que pueden señalarse determinadas cualidades.

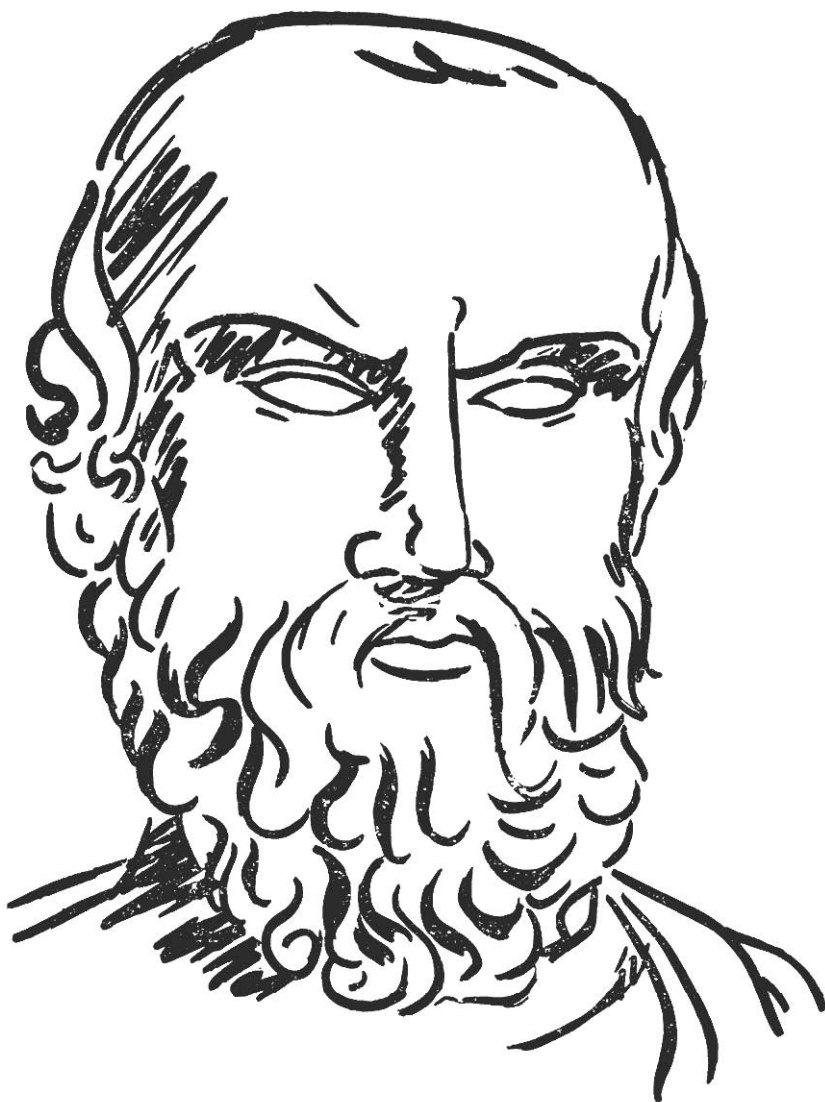
ESQUILO Y O'NEILL

Sabido es de todos que Esquilo ha sido considerado como uno de los primeros poetas de la humanidad y el más destacado en la gloriosa trinidad de los trágicos griegos. Fue el cantor del patriotismo y de la religión helénica. Para comprenderle hay que situarlo en su época y en su cultura, donde aparece con un matiz sombrío de fatalidad y de terror. La tragedia era su creación y el género llevó siempre el sello de su espíritu. "Tenía espíritu de soldado", ha dicho de él Edith Hamilton, y agrega: "El hombre, y sobre todo el gran hombre, es producto de su época". La época de Esquilo fue uno de esos breves períodos de esfuerzos y esperanzas que de cuando en cuando alumbran las páginas de la historia; uno de esos momentos en que la humanidad avanza por el sendero predestinado, sin temer ni vacilar. Esquilo vivió en los momentos heroicos del pueblo griego, cuando llegó éste a la culminación de su momento histórico con la derrota de los persas. Su genio le hizo recoger este sentir heroico y traducirlo en versos eternos. Supo dar a sus tragedias un ambiente de grandiosidad, inspirado en el temor de los dioses y ante el destino.

Esquilo ha sido, en todos conceptos, el verdadero creador, por la originalidad de su invención, por la fuerza poderosa con que ha sabido anudarse a la naturaleza, a la leyenda y al hombre; por la profundidad del sentimiento religioso, como por la amplitud y grandeza de las líneas fundamentales de su carácter y el temple de su espíritu.

El teatro de Esquilo toma los temas de la mitología, y el mito es desarrollado frente al espectador por medio de tres obras, perfectamente encadenadas la una con la otra. El mito da a Esquilo oportunidad de desarrollar hondos problemas religiosos y morales; pero la representación del mito en sus tragedias no tiene un sentido meramente sensible sino radical; penetra en lo espiritual, en lo más profundo de la persona. "Ningún poeta antes que él ha experimentado y expresado la esencia de lo demoníaco con tanta fuerza y vivacidad", señala Jaeger.

Ante esta gran figura de la tragedia griega, traemos otra, no menos eminente de la dramaturgia y contemporánea: Eugenio O'Neill; de personalidad extraordinaria, vigorosamente contradictoria, tanto como su obra. Genio original y libre por naturaleza —sus andanzas de juventud le dieron alas y experiencia— ha llevado el teatro al



ESQUILO

centro de la vida misma y ha creado un mundo poético complejo y vario, pero como Esquilo, de valor universal.

“Es esencialmente un apasionado observador de la humanidad; un hombre para el cual la vida tiene un carácter de aventura trágica y hermosa; un artista absorto hasta en sus fracasos; un idealista incapaz de transacciones”, ha dicho de él Barret A. Clark.

O'Neill al igual que Gorki parece haber encontrado en la suerte de los parias alguna realidad consoladora, algún mensaje satisfactorio de la vida y el ansia por hallar su explicación. Había reñido con la existencia a brazo partido, según lo pintan sus biógrafos, y esto lo hizo llegar al punto de saturación.

O'Neill nacido en otra época y en otro ambiente, distinto y opuesto al de Esquilo, tiene grandes puntos de contacto con el gran trágico griego. Ambos son portavoces, a través de un mismo tema, de la realidad social de una época, de las pasiones y bondades de la humanidad, captadas bajo puntos de vista individuales.

O'Neill, como Esquilo, tiene una gran fantasía, es vigoroso y audaz en su expresión. Sus dramas se basan principalmente en el conflicto trágico entre los deseos y las pasiones del hombre y las normas éticas y las convenciones. Su dramática es extraordinariamente rica; sus medios expresivos, de gran efecto, y su técnica revolucionaria y revolucionadora. Familiarizado con el gran filósofo alemán Nietzsche —conocedor de la tragedia griega, la que estudió bajo el concepto del drama musical tomado de Wagner— el dramaturgo norteamericano sufre la influencia del terrible alemán, sin participar totalmente de sus ideas. La filosofía nietzscheana como voluntad de poder no cuenta en la obra de O'Neill; en cambio sí hallamos su sentido dionisiaco expresado a través de caóticas situaciones tan alejadas de la serenidad apolínea.

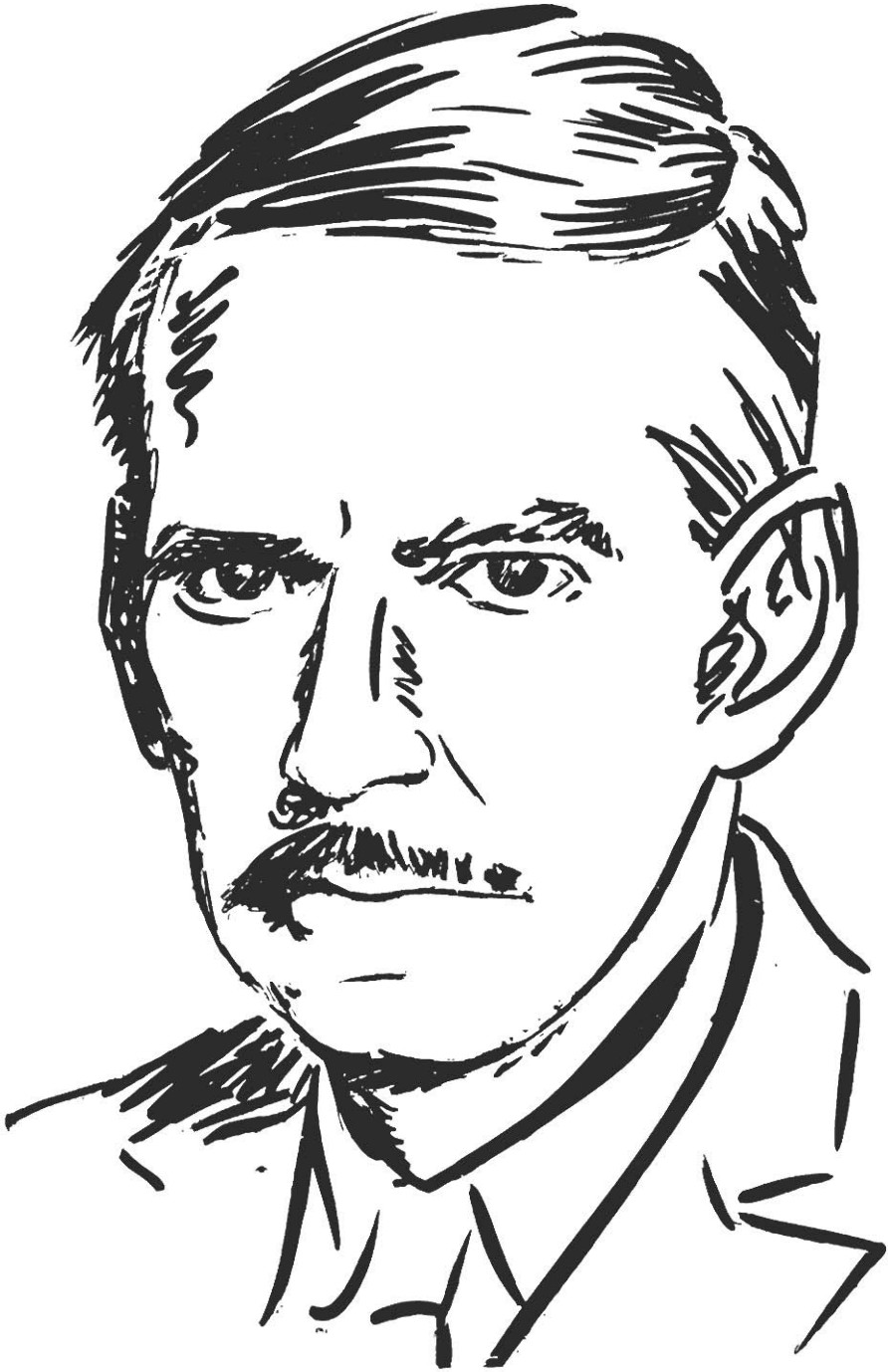
Cada autor merece sus influencias y así a lo largo de un analítico estudio puede señalarse cuáles son los puntos de contacto en las obras de escritores de distintas épocas.

Eugenio O'Neill es poseedor de una fantasía céltica que hereda de su padre el actor irlandés James O'Neill. En su obra de trazo vigoroso y audaz hay un áspero realismo que se conjuga con elementos extraños, en un plan de contrastes, derivando en algunas situaciones hacia el superrealismo. Varias piezas suyas son de rápida acción y planos superpuestos, dándole a sus personajes calidad cinematográfica. Es trascendente; vuelve a los temas eternos y se ocupa de ellos con original tratamiento. La idea del tiempo y del espacio, por ejemplo, encuentra audaz resolución en “Extraño interludio”.

Tanto Esquilo como O'Neill, salvando las distancias, se asemejan en su intención realista; a pesar de que el primero tenía que luchar con el peso del mito que es determinante de acciones. Este realismo juega un doble papel en Esquilo, pues su lirismo lo hace apartarse, en algunos momentos, del curso real de los hechos; pero bien pronto vuelve a él con más impulso y nuevos recursos. En O'Neill en cambio, el planteamiento de los viejos problemas está hecho con sentido de modernidad en proyección de múltiples consecuencias. A ello se debe, precisamente, su extraordinario dominio del arte dramático contemporáneo y la posibilidad de volver al tema antiguo que es valedero —es decir, eterno— para resolverlo en forma original. Sólo así se explica que en nuestra época un autor pueda trabajar un tema del teatro griego antiguo. “Mourning becomes Electra” es el más elocuente ejemplo de lo antes afirmado.

Esquilo y O'Neill captaron su momento histórico, social, filosófico, ideológico y lo trasladaron a sus dramas con una fuerza espiritual arrolladora. Hasta aquí he delineado apenas a los dos hombres como figuras sobresalientes de la literatura; casi nada he dicho de sus vidas en particular, pues lo que fundamentalmente nos interesa es su obra, no su biografía.

Y a propósito del mito en la literatura helénica, debe pensarse en que bajo la influencia de mitos inextinguibles están elaboradas muchas obras de teatro contem-



EUGENIO O'NEILL

poráneo y por cierto las más valederas. Gilbert Highet ha inventariado la pervivencia del mito en su magnífica obra "La tradición clásica" y Wilbur Marshall Urban trata las relaciones de la religión y el mito, en forma exhaustiva. Para comprobar la persistencia temática basta citar algunos escritores contemporáneos que al igual que O'Neill vuelven los ojos al mundo griego y se recrean en los viejos temas. Jean Giraudoux escribe "La guerra de Troya no volverá" ("La guerre de Troie n'aura pas lieu", 1935) y "Electra" ("Electre", 1937); Jean Cocteau, el apasionante autor francés compañero de Picasso, de Stravinsky y del grupo de artistas que provocó una auténtica revolución estética en nuestro tiempo, deja lo paradójico, lo inesperado, de "Los amantes de la torre de Eiffel" para entrar en "Antígona" (1927) y en "Edipo Rey" (1928); Jean Paul Sartre, el filósofo, novelista y dramaturgo que ha provocado mayores discusiones en los últimos años habiéndose creado en torno suyo un grupo de discípulos y otro de adversarios, rehace a su manera "La Orestíada", de Esquilo, en su obra "Las Moscas". Las Furias se transforman en moscas que invaden Argos y persiguen a Orestes, teniendo esta metamorfosis un significado simbólico cuya intención es demostrar el estado de Francia bajo el poder del invasor. La persistencia del mito no se explica sino poniéndolo al servicio de una situación actual. Antonio Buero Vallejo ha definido mejor esta situación, diciendo: "no hay ni puede haber, en viva literatura, otra actitud de servicio a un mito cualquiera que su examen apasionadamente humano".

ANÁLISIS COMPARATIVO DEL CONTENIDO DE LAS DOS OBRAS

Primero haré un breve resumen de las dos obras para poder orientar un análisis de las mismas. La Orestíada es una trilogía que está formada por tres tragedias: Agamenón, Las Coéforas y Las Euménides.

La primera tragedia —Agamenón— trata del regreso victorioso del rey Agamenón, después de la caída de Troya. La ausencia ha durado diez años; durante este tiempo las personas y las situaciones han cambiado. Clitemnestra, su esposa, que lo ha odiado desde el sacrificio de su hija Ifigenia, le ha traicionado, pensando en que moriría en la guerra y se ha convertido en la amante de Egisto. Su hija Electra está en condición de esclava, por orden de su madre. En esta primera tragedia presenta Esquilo lo siguiente: Recibimiento jubiloso y asesinato de Agamenón, por Clitemnestra y Egisto. Casandra poseída de furor profético, predice la muerte de Agamenón y luego revela al coro lo que está sucediendo dentro del palacio, lo que constituye una de las más grandiosas y terribles escenas. Clitemnestra, sin inmutarse, confirma lo sucedido.

Las Coéforas o portadoras de ofrendas fúnebres, las que hacen libaciones, conducidas por Electra van, mucho tiempo después, a la tumba de Agamenón. Orestes y su amigo Pílates han regresado. Se da a conocer a Electra y planean la venganza de la muerte de su padre. Orestes mata a Egisto y luego a su propia madre por mandato de los dioses que así lo disponen, manifestándose plenamente el poder de la fatalidad. Orestes es víctima de las Furias que lo persiguen como lógica consecuencia de sus actos.

La tercera tragedia: Las Euménides. La escena tiene lugar en Delfos, delante del templo de Apolo, donde Orestes, atormentado, llega a refugiarse; pero las Furias lo persiguen incesantemente y comienza entonces su largo peregrinaje hasta llegar a Atenas donde se acoge al Areópago que lo juzga y lo absuelve.

Las Furias, después de ciertos ofrecimientos, se convierten en Las Euménides, espíritus de bondad que serán venerados por los atenienses en el Areópago.

Hay un enlace, una secuencia en esta trilogía. Cada tragedia constituye un punto de partida, un obligado comienzo de la siguiente. El carácter de los personajes

permanece inalterable, desde el principio hasta el fin. Los acontecimientos van dictando las soluciones. Se revela un estilo lleno de vigor y una profunda y sincera religiosidad de los coros.

"Electra" o "A Electra le sienta el luto" como ha sido traducido el título de la obra de O'Neill ("Mourning Becomes Electra") es también una trilogía. La primera parte —el regreso al hogar— comprende el descubrimiento que Lavinia hace del adulterio de su madre, a quien odia desde que tiene uso de razón y con este descubrimiento se ahonda más el desprecio que por ella siente. Al mismo tiempo conoce el origen familiar del Capitán Brandt, amante de su madre y a quien ella, sin percatarse, lo ama con intensidad, amor éste que se trueca en odio al descubrir el adulterio.

El regreso de Ezra Mannon, esposo de Cristina y padre de Lavinia. Envenenamiento de Mannon por su misma esposa, quien de antemano ha planeado con su amante este asesinato. Lavinia sospecha que su madre ha tenido participación en el crimen y confirma esta situación al encontrar en manos de ella la caja que contiene el veneno.

La segunda parte —Los acosados— presenta la actitud acusadora de Lavinia y el recelo y terror que muestra Cristina. Demostraciones fúnebres, equivalentes a las del coro griego. Regreso de Orin. Escena maternal medio fingida medio verdadera. Confusión de Orin ante los hechos. Conocimiento del asesinato de su padre y relación de los hechos. Venganza de Orin y de Lavinia, recaída en el Capitán Brandt. Suicidio de Cristina.

La tercera parte: Regreso de Orin y Lavinia de su viaje al Oriente, durante el cual han tratado de olvidar los acontecimientos. Encuentro de Lavinia y Orin con sus amigos Peter y Hazel. Pasión de Lavinia por Peter.

Tormento de Orin por el suicidio de su madre y el asesinato del Capitán Brandt. Lavinia ansía vivir en paz y al mismo tiempo teme por el comportamiento de Orin, quien termina suicidándose, víctima de tan complejas situaciones.

Rompimiento de la amistad de Lavinia, Peter y Hazel. Lavinia reconoce su culpa y la de su familia y decide castigarse encerrándose en su mansión llamada el Palacio de la Muerte.

Al hacer el resumen de las dos obras, la de Esquilo y la de O'Neill, se nota evidentemente la correspondencia de los personajes:

Agamenón	Ezra Mannon
Clitemnestra	Cristina
Electra	Lavinia
Orestes	Orin
Egisto	Capitán Brandt

Hay, incluso, parecido en los nombres de algunos de los personajes: Agamenón y Ezra Mannón, Clitemnestra y Cristina, Orestes y Orin.

Si se hace una comparación superficial de ambas obras, pensamos que se trata de un mismo asunto, en versiones semejantes; pero si nos adentramos en la esencia de cada una de las tragedias, percibimos las diferencias. No es —como señala Barret H. Clark— una ejemplificación del problema griego religioso del destino, pues O'Neill concibe de nuevo la vieja doctrina de Némesis encuadrada en la doctrina más o menos biológica y psicológica de causa y efecto; en la obra de O'Neill nadie ha ofendido a la divinidad. El Capitán Brandt ciudadano norteamericano de la Nueva Inglaterra, posiblemente un puritano, ha roto con los dictados de un Código moral y Orin actúa como un ofendido con reacciones profundamente humanas y no como Orestes que es guiado por un mandato supremo, del cual no logra escapar. Ambos, Orestes y

Orin, toman venganza y matan; pero actúan en tiempos diferentes y movidos por causas que no tienen iguales orígenes, pese a la aparente semejanza de los motivos que los inducen a delinquir. Orestes huye perseguido por las furias hasta entregarse a la justicia y buscar consuelo en ella. Orin se desespera y pone fin a sus días suicidándose.

Electra y Lavinia actúan también en forma distinta e igual cosa puede afirmarse de los demás personajes correspondientes. La significación de la obra de O'Neill no depende de una tesis sustentada por el autor a través de sus personajes, sino de la situación y conformación de los acontecimientos.

Volviendo a la tragedia griega debe recordarse que ésta pone en evidencia el misterio que nos rodea, lo desconocido que limita nuestra vida. Los personajes griegos poseen un carácter definido y no participan de la complejidad que revélase en las obras modernas.

Los trágicos griegos comprendían el ser humano a través del realismo de sus obras en una forma muy particular; veían simplificados a los hombres porque los consideraban como componentes de un todo; no podían aislarlos en sus acciones sino que los presentaban íntimamente vinculados a su destino. El protagonista no actúa como un ser humano; reparte sin discriminaciones el bien y el mal, hace justicia castigando a los hijos por la culpa de sus padres. Para el trágico griego hay siempre un enigma, un misterio, un reino impenetrable.

Desde el punto de vista del todo, lo accidental y lo trivial quedan al margen, así como en un extenso paisaje las figuras sólo pueden verse en esbozo.

Para nosotros cada ser humano es determinante, responsable del engranaje de su vida. Hemos llegado a rechazar la fatalidad que embrolla y como el hilo vital. Nuestro gran enigma es la naturaleza humana; el misterio de la vida es el misterio del propio yo de cada hombre y nuestro conflicto es interior. Nuestro drama, nuestro arte no es obra de simplificación sino de individualización.

Los griegos pensaban que los seres humanos eran esencialmente parecidos y no distintos; veían en sus personajes los rasgos pasionales que pertenecen a todas las generaciones y los tomaban como modelos inmutables de la humanidad.

La diferencia entre los dos puntos de vista —el griego y el moderno— se ve claramente si comparamos la tragedia griega y el drama moderno. Los personajes de aquella son simples, sencillos, los de ésta, complejos, contradictorios, retorcidos como la vida misma.

En las obras de Esquilo y de O'Neill se notan, como antes dije, esas marcadas diferencias. Si bien es cierto que Electra es una proyección, un reflejo de la obra de Esquilo, no menos evidente en su marcada diferencia de trama, de psicología de los personajes, de filosofía y de estilo. El denominador común son las pasiones.

En la obra de Esquilo sus dioses son crueles. A Orestes se le impone la venganza como un deber, como una obligación; pero su madre Clitemnestra tiene también un poder sobrenatural que se manifiesta después de su muerte al suscitar contra Orestes la persecución de las furias. En medio de este cúmulo de ideas pesimistas, fatalistas y confusas acerca del premio y del castigo, Esquilo ha sabido expresar los sentimientos más elevados y las más grandiosas escenas.

La obra de Esquilo evidencia las líneas fundamentales de su carácter y el temple de su espíritu. Su obra produce una profunda impresión. Los dioses de Esquilo hablan mucho de su poder, tienen envidia de los hombres demasiado dichosos. Hay razas malditas a las que la fatalidad obliga a cometer el crimen; los atriadas, por ejemplo.

Los coros forman gran parte de la obra cuya estructura es sencilla. Hay poca

acción, pocos acontecimientos y peripecias; pero da una impresión de conjunto. Los caracteres no están ahondados; se dibujan solamente con un rasgo, pero un rasgo fuerte. Orestes es el hombre del destino que ha de matar a su madre, víctima él mismo más que criminal.

Ninguna obra de Esquilo revela más fielmente el problema que preocupa al autor, que *La Orestíada*, pues ella representa, según las palabras de Jaeger, el conflicto entre las fuerzas divinas que tratan de mantener la justicia y que chocan, con fuerza exterminadora, en el hombre.

LOS TIPOS FEMENINOS EN LA OBRA DE ESQUILO Y EN LA DE O'NEILL

En la obra de Esquilo, Electra no tiene la importancia de Lavinia, en "A Electra le sienta el luto", de O'Neill. Allí es Clitemnestra la que en la primera parte es dueña y señora de toda la escena. Ella representa la venganza calculada, la ferocidad, el odio frío, pero también la dignidad de reina. Nunca tuvo Clitemnestra un momento de angustia, ni aun en el instante de su muerte a manos de su propio hijo. La flaqueza de espíritu ante la muerte no existía en ella; la enfrenta sin vacilación como cuando la causa con sus manos. De otra manera para Esquilo no hubiera tenido ningún interés, ya que la significación y la importancia de Clitemnestra fincaba en lo que todos podían ver: una naturaleza grande y poderosa conducida hacia la ruina por un odio irresistible, instrumento de la fatalidad. Clitemnestra es magnífica desde el principio hasta el fin, sin embargo tanto ella como Cristina representan la malignidad femenina.

En O'Neill, Cristina es tan simple, tan finamente perfilada como mujer, con múltiples pasiones románticas en su corazón, con una nostalgia infinita de amar. Conserva al principio su serenidad aparente, pero la domina el fuego interno que lleva en sus venas de mujer del pueblo.

Clitemnestra se muestra fría y justiciera después que da muerte a su esposo; Cristina se desmaya cuando se ve descubierta por su hija. Este desmayo revela no sólo su debilidad física sino moral; manifiesta una contradicción al teatro griego, pues en éste los personajes resisten sin doblegarse el peso de la fatalidad.

Cristina siente más amor pasional que odio. O'Neill busca a través de sus personajes algo más profundo y personal de la naturaleza femenina. Lavinia, cargada de odio para su madre, tiene un gran amor, casi extremado, para su padre. Ella revela el complejo psicológico de Electra, así como Orin, el complejo de Edipo. Lavinia representa el prototipo de mujer disimuladora de sus pasiones; es de carácter duro, fiel a sus antepasados.

La tragedia de Clitemnestra era extrema, su adversario era el destino. Esquilo no la miraba a ella sola, sino dentro del pasado lleno de sangre, rodeada de males encadenados contra ella y los suyos; crimen tras crimen a través de las generaciones constituían su legado; la Guerra de Troya, provocada por su hermana Helena; el sacrificio de su hija Ifigenia, exigida por la guerra; el castigo de su esposo; su propia muerte, a manos de su hijo. Esta era la vida para el trágico griego.

Clitemnestra era víctima de su destino; Cristina, de su propio yo; Lavinia, de los convencionalismos y de la incompreensión de una madre desamorada.

Siempre en la tragedia griega cada personaje es poseedor de un modo especial de chocar contra las determinaciones del destino. A pesar de las afirmaciones de algunos autores, quienes sostienen que los personajes griegos no eran humanos sino abstracciones de humanidad, tenemos un ejemplo de individualización en Electra,

quien en la obra de Esquilo, entra con ofrendas, en la parte de las Coéforas, enviadas por su madre Clitemnestra. Sus palabras la retratan de cuerpo entero:

“Y yo, derramando estas libaciones en honor de los muertos, te invoco a ti, padre mío. Ten piedad de mí y de mi amado Orestes. Que algún día seamos restituidos en nuestro hogar. Errantes andamos ahora y vendidos por la misma que nos engendró y que ha puesto en tu lugar a Egisto, el cómplice de tu muerte. Yo estoy aquí como una esclava; Orestes desposeído de su hacienda, vive en destierro, y ellos, los muy insolentes, se solazan a sus anchas con el fruto de tus afanes. Que vuelva Orestes en hora feliz, yo te lo ruego. Y a mí, padre, escúchame también; haz que sea yo más honesta que mi madre y más piadosa de manos.”

Esto es todo lo que dice; nada de reproches apasionados para su madre, ni ruidosas exigencias de venganza. Es tranquila y moderada en su dolor, no así Lavinia, quien, en la obra de O'Neill, lanza injurias a su madre en forma violenta, producto de un intenso rencor:

“Eres despreciable, desvergonzada y pérfida. Te odio. Papá, ¿cómo puedes amar a esa ramera desvergonzada?”

Es el odio que la hace planear el asesinato del Capitán Brandt, a quien secretamente quería; odio que provoca el suicidio de su madre y que al final se convierte en temor y empuja a la muerte a su hermano Orin.

En la obra de Esquilo, Electra carece de participación en el crimen; en cambio en O'Neill, Lavinia es la autora de toda la trama de crímenes, ella constituye la fuerza impulsadora para que, con la muerte, se haga justicia.

Antonia Portillo

BIBLIOGRAFIA:

- ESQUILO*.—Tragedias. Versión de Jorge Montsiá. Editorial Iberia, S. A. Barcelona, 1955.
- ESQUILO*.—Eurípides. Tragedias Griegas. Traducción de R. Ballester Escalas. Editorial Latinoamericana, S. A. México, D. F., 1956.
- JAEGER, WERNER*.—Paideia I. Versión de Joaquín Xiran. Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1953.
- LAURAND, L.*—Manual de los Estudios Griegos y Latinos. Traducción de Domingo Vaca. Daniel Jorro, Editor. Madrid, 1920.
- RIQUES DE, MARTIN*.—Historia de la Literatura Universal I. de la antigüedad al Renacimiento, Editorial Noguer S. A., Barcelona, 1957.
- CLARK, BARRET H. O'NEILL*.—El hombre y su obra. Traducción de Manuel Barbera. Editorial Norea, Buenos Aires, 1945.
- O'NEILL, EUGENE*.—Nueve Dramas. Tomo II. Traducción de León Mirilas. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955.
- HAMILTON, EDITH*.—El Esplendor de Grecia. Traducción de S. C. Peralta, Ediciones Penser. Buenos Aires, 1946.

PAIS DE NIEBLA

Por Ricardo LINDO

EL VINO DE LOS SIGLOS

“Señora —dijo el individuo del traje gris— ¿hay posada para el hombre que ama la niebla?”

“Eres humilde, señor —dijo la dueña de la posada— y siempre habrá aquí sitio para aquel cuyo vino es bronce fundido, para el amado de la niebla”.

El individuo del traje gris entró y se sentó a una mesa apenas iluminada. Al rato llegaron otros dos caballeros que se acercaron a él, y se bebieron juntos los cañones de una gran guerra, la espada de un famoso general, la única estatua de un inmenso rey.

Inútilmente procuraron los historiadores reconstruir un fragmento de la historia. Inútilmente.

Un poeta cantó 1000 años después, que una edad se había perdido en la niebla...

INSTANTANEA

Un tranquilo ángel de piedra que se hallaba en la escalinata se desperezó levemente. Y la escalinata conducía a la otra vida. Comenzó a subir un anciano apoyándose en un bastón, y dijo el ángel:

—“¿Te acuerdas de mí?”

Y el viejo se reclinó en el pasamanos y se puso a recordar.

—“Sí” —dijo— “tú estabas conmigo y yo me comí una pera, y desapareció una montaña azul que estaba lejos, pero no recuerdo si yo era entonces un niño o si ya estaba para morirme. Sin duda habría una extraña relación entre la fruta y la montaña. ¿Era magia blanca o negra?”

—“Blanca. Tú ya habías pasado los ochenta y te moriste de indigestión porque te habías comido una montaña.”

—“Hummjm” —murmuró el octogenario que era una montaña, y terminó de subir los peldaños que conducían a la otra vida.

LEVE RELATO

El anacoreta estaba sobre el muelle que crecía en las aguas de Eve. El siempre había vivido ahí. Conocía a la perfección el gris-azul de las aguas de Eve, el oscuro cielo pensativo, la larga inmovilidad de las aguas. Las aguas de Eve no tenían playa y se extendían infinitamente, y el anacoreta sólo sabía de sí mismo y de su reflejo en las aguas de Eve.

Llegó una vez avanzando lentamente hacia el muelle una pequeña caseta roja que levantaba breves olas a su paso. Golpeó con uno de los postes de madera y produjo un sordo ruido. (Hacía mucho tiempo que no se oía un ruido en las aguas de Eve). El anacoreta levantó la cabeza y miró a través de las barandillas de la caseta su contraste rojo con el oscuro cielo pensativo. Subió a ella y la caseta partió suavemente.

Ya no se vio el muelle. Tenuemente empezó a envejecer la caseta y se fue descascarando su pintura roja. Las tablas, tras tanto contacto ininterrumpido con el agua, se fueron pudriendo, hasta que la caseta comenzó a caerse y el anacoreta salió de ella y se puso a nadar. Nadó bajo la tersa superficie del mar, moviendo sabiamente sus delgadas piernas. Nadó sobre ellas y tomó con frecuencia posturas que le permitían estarse inmóvil, flotando.

Cuando llegó a su cuerpo el momento de morir, éste descendió buscando un imposible fondo en el cual encallar. De los círculos que se desvanecían surgió entonces el alma, libre, silenciosa, radiante, contemplándolo todo con una mirada nueva, y entendió entonces que ella era las aguas, que ella era el oscuro cielo pensativo de las aguas de Eve.

LA IMAGEN EN LA SOMBRA

En la vasta ciudad la gente era lúgubre y medrosa.

—“¿Qué temen —grité en la plaza— díganme qué temen?”

Y la gente cerró sus ventanas, se escondió, aparentó no haber oído. Yo era

entonces muy joven e insolente. Un jorobado que pedía limosna se acercó y me dijo:

—“Extranjero... ¿eres extranjero, verdad?”

—“Sí” —contesté.

—“Oyeme, hazme caso, es impertinente levantar la voz... porque nunca se sabe...”

Aunque sus palabras parecían ser una amenaza, una pose descarada frente a quien visiblemente era su superior en la escala social, las dijo con profundo respeto. Luego se fue, sin esperar respuesta, por una avenida gris, torció a la derecha y dejé de verlo. Sólo estaba yo en la plaza central.

Me fui también, y llegué caminando a una cervecería llena de individuos tranquilos. Saludé en voz alta, y algunos me devolvieron el saludo.

Me senté aparte, mas alcancé a oír algo de su conversación. Hablaban de algún suceso, de algún recuerdo común, forjando la felicidad del instante que sabían que no podía durar. Siguieron recordando. Uno de ellos nombró a un tipo llamado “All” u “Oll”, y de súbito quedaron callados. Trataron inútilmente de reanudar la conversación. Después se fueron yendo, cada uno con su respectivo pretexto. Sólo algunos borrachos quedaron tras la penumbra. Me fui otra vez, porque por una oscura inquietud me voy siempre de todas partes... Y retorné a la plaza, sin dejarlo, al menos no conscientemente.

Había una multitud apiñada ante un cartel. Logré aproximarme. Era el edicto de un rey. Recordé que no había oído hablar de ningún rey de aquella ciudad, y me extrañé de que eso no me hubiera extrañado antes.

El cartel decía: “En las nubes hay una señal”. Todos miramos hacia arriba, y vimos cómo una nube se iba extendiendo, extendiendo, a medida que se hacía más transparente, hasta que la nube ya no existió: era el cielo.

Curiosa la orden que encerraban esas palabras, porque era tácita. Imposible sustraerse a ella. ¿Cómo no mirar hacia arriba?

—“¿Quién es el rey?” —pregunté.

—“Puedes ser tú —me dijeron—, puede ser tu madre o tu hijo”.

—“¿Quién es el rey?” —volví a preguntar.

Y vislumbré a través de sus respuestas que era un desconocido, y entendí que en ello radicaba su miedo. No se atrevían a ofenderse mutuamente por el temor de que el otro fuera el monarca y castigara. Aun el padre no estaba seguro de si su niño de meses era o no el rey. Unos pocos, que se habían mostrado desenvueltos, y habían renegado de las cosas que más sagradas consideraba su pueblo, a fin de hacer creer a los demás que ellos eran el coronado, habían muerto inexplicablemente. Entre los muertos uno llamado “Oll”. No todos tenían conciencia de él. Cada uno la iba adquiriendo paulatinamente, junto con el temor.

—“No temen, respetan” —dijeron tras de mí. Hablaba el mendigo jorobado. Sólo temen los pequeños de espíritu. Rara vez los que han crecido algo. Ellos van descubriendo lentamente las leyes del rey que los rige desde nacer. Dura lex, sed lex. Los que desconocen las leyes no escapan de ellas, y sufren su pena al faltar contra

ellas. Pero las leyes no las ha inventado el monarca, sólo las ha hallado y dominado. Sus normas son ocultas. ¿Y quién sabe quién es él? Puede vivir en la pobreza o ser riquísimo; ser un santo o un descastado”. Guardó silencio por un momento. “Sencillamente busco. Y no te entrego lo que he hallado porque ahora lo encontrarías absurdo. No porque me resguarde contra tus burlas, sino porque actualmente no te serviría de nada. Tus burlas no me turbarían, pues sé que te acercarás al camino que yo he recorrido y llegarás a encontrar cosas semejantes a las que tengo, sin relacionarlas tal vez conmigo, ya que probablemente no me recuerdes”. —Dijo y calló. Porque ya había hablado demasiado.

Y después cada uno se fue por su camino. Aunque él no había dejado de estar en su camino mientras hablaba.

Un día lo encontré absorto en un problema de ajedrez. Estaba tan ensimismado que me pareció que no se había percatado de mi presencia. Pero dijo al rato, sin volverme a ver: “Sabes? Hay ocasiones en que un espíritu se mete en el ajedrez, y los jugadores pasan simplemente a mirar su lucha. No tiene contendor. Por eso gana siempre, pero siempre pierde. Cuenta su pelea en las piezas y es ella la única pelea que merece ser contada.”

Argüí que había hermosos poemas sobre diversas guerras, mas me dijo que “el hecho de ser hermoso no quiere decir que estas guerras hayan sido en sí dignas. Son despreciables, porque son producto de la ambición de lo que pasa. Si algo digno tienen —concluyó— es su burda imitación de la batalla”. Y retornó a su juego.

Pasó bastante tiempo antes de que lo volviera a encontrar. Mis largas caminatas me habían hecho descubrir un sitio paradisíaco en las afueras de la ciudad, semiselvático, con una roca plana, con caracteres que me parecieron epitafio en alguna lengua ignorada. Ahí fui con frecuencia, creyendo ser el único dueño del sitio. Y ahí me encontré nuevamente con el jorobado. Y ahí me peleé con él de un modo absurdo, para quien observara las cosas desde fuera. . .

Me sorprendió y también me alegró verlo. Porque me carcomía una pregunta, y se la arrojé antes de que su boca abierta para decirme algo alcanzara a pronunciar un sonido.

—“¿Quién es el más grande?”

Me contestó con desgano:

—“El que está más cerca de sí mismo”. Y soltó lo que llevaba dentro: “Fíjate que hoy vi pasar una camioneta amarilla con una franja verde. El chofer era bigotudo, y en ella subió un niño desarrapado”.

Le causaba gozo contarme eso.

Dije:

—“Te preocupan a veces cosas tan intrascendentes. . .”

—“Todo tiene importancia”, dijo con sequedad. Lo insulté y huí. Más tarde supe que él asesinó a All. Lo odié.

Todo tiene importancia. Tal vez el que algún señor pasara a mi lado una vez cuando yo era niño, haya determinado una frase de este relato. Acaso sólo una

preposición o el modo de escribir la “t”. Porque cada hecho influye en nosotros, añade algo a nuestra experiencia y modifica nuestra personalidad. Y en cada obra nuestra está íntegramente el reflejo de ella, si bien predomina, sólo un aspecto. Se ha dicho: “Toda causa tiene su efecto”. Pero si algo no tiene efecto no es causa. ¿Pretenderá la fórmula que todo es causa? Si todo fuera causa, los efectos de estas causas serían causas a su vez, y la lista se haría interminable. Yo creo que cada detalle de nuestra vida tiene una sucesión de efectos y causas que se detiene cuando una de ellas llega a ser siquiera una piedrezuela o un vado en el camino hacia sí mismo. Entonces ya han cumplido su misión.

Reflexionando sobre el pleito, pienso que el mendigo había previsto lo que sucedería. Lo divisé de lejos en ocasiones, y cambié de rumbo para evitarlo.

Vino el invierno. Entré una tarde para librarme de una terrible lluvia, en la cervecería que conocí recién llegado. Un forastero que estaba solo ante su vaso me invitó a una partida de ajedrez. La chimenea distribuía un amable calor. El no jugaba muy bien ni yo tampoco. Pero pronto se tornó brillante, y nosotros éramos apenas espectadores, que empujaban, maravillados, las figuritas. Llegó un momento en que uno de los reyes se vio en una situación crítica, y entonces yo partí corriendo bajo el chubasco, atravesé la plaza, tropecé con un pedazo de escarcha, caí, me levanté y seguí corriendo como un loco.

Llegué al sitio donde debía llegar... El estaba acostado sobre la roca y los árboles lo resguardaban un poco contra el agua.

—“Te esperaba —me dijo—, cierra los ojos”.

Los cerré, y sentí como si me hubieran colocado un peso sobre la frente. Como una corona. La corona que nadie ve.

—“Pronto seré yo mismo, hijo... Di en voz baja mi nombre, cuando ya estés solo, y para ti se abrirá la cueva de los cuarenta ladrones. Del ladrón del fuego de los dioses...” Volvió a tenderse. Podría parecer grotesco con su joroba y su corta estatura, pero se veía hermoso. Su agonía duró casi toda la noche. Al día siguiente amaneció nublado, pero la nube era ya el cielo: ¡El era él mismo!



TRES CUENTOS

Por José María MENDEZ

AJEDREZ

Le apasionaba jugar al ajedrez y llevaba siempre consigo un pequeño tablero de bolsillo y sus respectivas piezas. En cuanto subió al tren, trabó conversación con el compañero de viaje que ocupaba el asiento situado frente al suyo y lo instó a jugar una partida. Se negó el invitado:

—Conozco muy poco, casi nada, del juego ciencia —le respondió cortésmente.

Entonces él insistió y fue tanta su insistencia que logró convencer al renuente viajero. Se inició la partida. Como su forzado contrincante jugara en forma inusitada, estafalaria, perdió la serenidad, cayó en error y al cuarto movimiento dejó un caballo a merced de las piezas enemigas. Su adversario, tal vez distraído, iba a pasar por alto la jugada que le favorecía, pero él, caballerosamente, le llamó la atención:

—Cómase usted el caballo —le dijo—, señalándole la pieza indefensa.



JOSE MARIA MENDEZ

—¿El caballo? ¿Esa pieza es un caballo? ¿Quiere usted que yo me lo coma?

—Sí. Es imperativo que se lo coma. No quiero ventajas. Cómaselo. Por favor, cómaselo.

—Si usted lo pide tan fervientemente. . . —dijo con voz sumisa.

Y tomó la pieza que se le señalaba y la engulló de un bocado. Al segundo se levantó presuroso, aprovechó el paso lento del tren que se acercaba a una estación, saltó a tierra y se alejó en ligero trote, relinchando, por una vereda que de seguro conducía a un potrero cercano.

EL VENTRILOCUO

Le gustaba divertirse a costa de ingenuas personas haciéndoles creer que hablaban con animales. Esta vez estaba parado en una esquina. A la par suya estaba echado un gato negro, de grandes y centelleantes ojos verdes. Una mujer joven, nerviosa, aparentemente atribulada, que caminaba de prisa, se detuvo frente a él y le preguntó:

—¿Puede informarme si hay una iglesia cercana? Necesito confesarme con urgencia.

El, por señas, le dio a entender que era mudo y sordo. Y a continuación, con una voz chillona que salía del lugar donde estaba el gato, logró crear las apariencias de que éste contestaba:

—Si usted quisiera seguirme, yo la llevaría hasta una iglesia —pareció decir el michino—. Mientras tanto podría contarme cuál pena le atormenta o qué pecado ha cometido. ¿No se trata de un crimen, verdad?

La muchacha, sin amilanarse, le contestó de inmediato:

—Se trata de un crimen precisamente y quiero confesarlo. Vamos, iré contigo.

El felino empezó a caminar y la joven se fue tras él. Ambos iban conversando. El ventrílocuo, sin embargo, había dejado de ejercer su ventriloquía. Dándose cuenta de que el animal hablaba de verdad, quiso detener a la joven y decirle algo así como: “Ese gato es el diablo” o “Ese gato está embrujado”. Pero no pudo articular palabra ni emitir sonido alguno. Se había quedado mudo, definitivamente mudo.

MALA SUERTE

Diez años atrás tenía buenos trajes, usaba bastón y leontina. Pero descendió tanto que confundía la época lejana con un sueño. Ahora iba cubierto de harapos, descalzo, barbado y roñoso.

Estaba además absolutamente desamparado. Sin familia. Sin amigos. Para remate los habitantes de la ciudad donde vivía eran de corazón duro,

cruels. Cuando pedía cinco centavos en las esquinas lo retiraban a empujones. Cuando pedía en las casas un pan o un poco de comida, le daban —materialmente— con las puertas en las narices.

Llevaba cuatro días sin comer y empezaba a sentir mareos y alucinaciones. Entonces recordó que en el Instituto de Ciencias Biológicas compraban cadáveres. Decidió vender el suyo. Entró al recinto del Instituto, soportó la mirada inquisidora del Inspector y después de un ligero regateo y de firmar unos largos formularios que le presentaron, recibió doscientos pesos como precio de su futuro cadáver. ¡Doscientos pesos! ¡Un fortunón! Podría vivir con cierta holgura durante seis meses. La alegría se le metió por el pecho y aceleró las palpitaciones de su corazón.

Al salir del Instituto —padecía una vieja lesión cardíaca— cayó muerto en la acera.

J. M. S. del



LITERATURA AZTECA

Por Abraham ARIAS LARRETA

La Literatura Azteca refleja la índole feudal del estilo de su organización socio-económica. Pero no hay que generalizar. La Literatura Maya es de un lirismo sublime y la Azteca de una tensión bárbara. Los mayas viven su angustia mística con un desasosiego espiritual que está más allá del conocimiento. Los aztecas cifran su angustia en el conocimiento mismo, en la práctica guerrera o conquistadora, en el afán de someter ilimitadamente a su poderío, a todas las energías sociales (*Arqueles Vela*).

Estas palabras de un autor mexicano nos ahorran consideraciones extensas sobre el carácter de la Literatura que floreció entre los aborígenes sucesores de toltecas y chichimecas. Para ellos la Literatura es un instrumento de dominación y refleja el formalismo rígido de la organización social. Usa el estilo sublime y ditirámico —como el estilo monumental en la Arquitectura— satisfaciendo el ansia de objetivación de

la grandeza que posee el hombre feudal, no sólo para el goce individual sino para imponer al pueblo y prolongar a la posteridad el concepto y el culto de esa grandeza. Pero hay otros elementos en la Literatura Azteca: una patética ansiedad por la liberación de la conciencia subyugada; anhelo de expandir la vida sobre sus límites humanos; tendencia agresiva a destruir y una contradictoria inquietud de creación; fanatismo sombrío y sanguinario e impulsos místicos alucinados: arranques románticos e idealistas frente a sensualismos desenfrenados y crueldades inexorables. Esa síntesis de realismo crudo y abstracción cósmica, lo provoca la dualidad angustiosa de la religión azteca. Para GARIBAY los poemas aztecas —por extensión toda su literatura— reflejan la mentalidad del indio; abstracción de la realidad por transportación al clima religioso y fantástico, y una materialización de pormenores y de

contactos con la materia, que raya en el sensualismo.

REFERENCIAS

En el Imperio de los aztecas existió una profusa Literatura, atesorada en la memoria o fijada en la pictografía jeroglífica y, en ambos casos esmeradamente transmitida de generación en generación. Himnos rituales y guerreros, leyendas y consejas filosóficas, poesía épica y lírica, dramas y cantares, registraron los archivos de esta Literatura, sólo salvada parcialmente de la obstinada y ciega persecución de los invasores españoles. Lo afirman, sin discrepancias, *Sahagún, Motolinia, Ixtlilxochitl, de las Casas, Gómara, Durán* y otros cronistas quienes revelan que los cantos colectivos, las danzas corales, las declamaciones poéticas, los concursos de poesía eran prácticas tan bien establecidas, que pueden corresponder a instituciones usuales entre nosotros: los libros, el teatro, las reuniones sociales.

LA POESIA

El mayor caudal literario rescatado hasta hoy pertenece a la poesía, la que, casi siempre, viene acompañada de la música y la danza. Observando y diferenciando los bailes, como lo hace el padre Durán, es posible advertir las características y géneros de esa poesía.

“Muy ordinario era bailar en los templos, pero era en las solemnidades, y mucho más ordinario era en las casas reales y de los señores, pues todos ellos tenían sus cantores, que les componían cantares de sus grandezas de sus antepasados y suyas; y especialmente a Moctezuma, que es el señor de quien más noticias se tiene y de Nezahualpitzintli, de Tetzaco, les tenían compuestos en sus reinos cantares de sus grandezas y victorias y vencimientos y linajes, y de sus extrañas riquezas, los cuales cantares he oído yo muchas veces cantar en bailes públicos, que aun-

que eran en conmemoración de sus señores dio mucho contento de oír tantas alabanzas y grandezas” (Durán-233).

Los encargados de componer cantares para la exaltación de los dioses eran poetas que vivían en los templos, ganaban salario y eran conocidos con el nombre de *cuicapicque*, que quiere decir “compositores de versos”.

Había otros cantares, llamados de “esparcimiento natural” utilizados para amenizar bellas y regocijantes teatralizaciones, siendo los que más se acercan a nuestra lírica.

“El baile de que ellos más gustaban era el que con aderezo de rosas se hacía, con las cuales se coronaban y cercaban en el *momoxtli* principal del templo de su gran dios *Huitzilopochtli*; y hacían una casa de rosas y hacían unos árboles a mano muy llenos de flores olorosas, adonde hacían sentar a la diosa *Xochiquetzalli*. Mientras bailaban descendían unos muchachos, vestidos todos como pájaros y otros como mariposas, muy bien aderezados de plumas muy ricas, verdes y azules y coloradas y amarillas, y subíanse por los árboles y andaban de rama en rama chupando el rocío de aquellas rosas. Luego salían los dioses, vestidos cada uno con sus aderezos, como en los altares estaban, y en sus cerbatanas en las manos andaban a tirar a los pajaritos fingidos que andaban por los árboles, de donde salía la diosa que era *Xochiquetzalli* a recibirlos, y los tomaba de las manos y los hacía sentar junto a sí, haciéndoles mucha honra y acatamiento, como a tales dioses merecían (hacerle). Allí les daban rosas y humazos y hacía venir a sus representantes y haciales dar solaz” (Durán, p. 231).

Relación de los distintos bailes y cantos, así como la noticia de una de las más típicas danzas de los aztecas, nos la da en el mismo libro el padre Durán:

“Tenían diferencias en sus cantos y bailes, pues cantaban unos muy reposa-

dos y graves, con mucha mesura y sosiego; otros había de menor gravedad y más agudos que eran bailes y cantos de placer que ellos llamaban bailes de mancebos, en los cuales cantaban algunos cantares de amores y requiebros... También había otro baile tan agudillo y deshonesto que casi tira al baile de esta zarabanda que nuestros naturales usan, con tantos meneos y visajes y deshonestas monerías, que fácilmente se verá ser el baile de mujeres deshonestas y hombres livianos. Llamábase *cuecuechcuicatl*, que quiere decir baile cosquilloso o de comezón" (Durán-p. 230).

GENEROS DE LA POESIA

Con las valiosas y pintorescas relaciones del padre Durán y otras fuentes consultadas, podemos intentar una clasificación de los géneros poéticos:

1.—*Género épico*, con tendencia al drama, cuyos temas alternaban los siguientes motivos: conmemoración de hazañas bélicas, iniciación de las campañas, ensalzamiento de los grandes héroes históricos, apología de los caudillos.

2.—*Género lírico*, con tendencia al preciosismo.

3.—*Género sacro*, dedicado a la exaltación de los dioses, invocación y alabanzas a los ídolos propicios, referencias a la mitología azteca.

Para los versos destinados al canto fugaz de los convites y reuniones, predominaba el tema de que, siendo la vida efímera y teniendo que vivir una sola vez en el mundo hay que aprovechar el momento que pasa, con darlo a la alegría. Garibay piensa que es natural que en pueblos para los cuales la guerra era una institución sagrada y el fin supremo de la oblación religiosa, la poesía venga impregnada de un sabor guerrero y la obsesión de la "muerte florida de la guerra" aparezca constan-

temente, aun en poemas que tienen aire familiar.

CARACTERISTICAS

Samuel Brinton ha hecho una acertada clasificación de los caracteres de la poesía azteca:

1.—Extremada frecuencia y riqueza de metáforas. Pájaros, flores, piedras preciosas se toman constantemente en sentido figurado, hasta oscurecer el sentido de la frase.

2.—Palabras compuestas, en mayor extensión que en la prosa ordinaria.

3.—Palabras y formas gramaticales desconocidas en la lengua vulgar y que pueden ser arcaicas o construidas caprichosamente por el poeta.

4.—Las vocales se alargan desordenadamente, ya por énfasis o por exigencias del metro.

5.—Interjecciones insertadas para el efecto métrico y prodigadas o repetidas con el fin de expresar emoción.

La insistencia de algunos motivos —la muerte, por ejemplo— las exigencias que impone a los temas la cansada repetición de los pasos en las danzas corales, originan la monotonía, el aburrimiento y la falta de unidad en muchos poemas. Deslucen la poesía con frecuencia, otras veces, la serie de estribillos o ritornelos que se emplean como obligado remate de las estrofas. Metáforas o imágenes son de sorprendente calidad poética, pero su registro es pobre y reducido a las fuentes conocidas: flores vistosas, plumajes finos, piedras preciosas. Rara vez intervienen los astros, los elementos naturales, las cosas cotidianas. La Tierra casi no es aludida. Lo contrario vimos en la poesía incaica: serena o vibrante, jubilosa o dolida, contemplativa y frenética, siempre directa y leal a su inspiración panteísta, con alegorías cósmicas, de entrañable comunión con la Naturaleza. Hay otras diferencias: la poesía incaica refleja un mundo subjetivo equilibrado, fe en la vida, despreocu-

pación angustiosa por el más allá; la poesía azteca tiene una tensión bárbara o un vuelo metafísico, nacidos del juego de contradicciones en que se debate su dualidad psicológica, disputada por un rudo materialismo para sentir a la vida y una angustia mística que bordea la alucinación. Ampliando la comparación, el arte incaico es conciso, directo, rotundo, elocuente; el arte azteca prefiere el regocijo pomposo, mórbido, discursivo de la línea curva, y es poéticamente preciosista, florido, colorista, hasta deslumbrador, con sacrificio de la idea y de la emoción.

Al igual de la poesía incaica, la azteca viene frecuentemente unida a la música y la danza. De allí nace su acentuado carácter rítmico. Por lo tanto usaron una métrica. Si estudiamos las muestras que van a continuación, descubriremos el empleo de una métrica irregular, a base de acentos constantes en número, pero sin tener en cuenta la igualdad del número de sílabas.

FUENTES

Aparte de los datos e informaciones de los cronistas de Indias —cuyos textos abundan en referencias a la Literatura Azteca— hay dos fuentes autorizadas, aprovechables particularmente para el estudio de la poesía. La una es del padre Bernardino Sahagún y la otra es

del Manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional de México.

El padre Sahagún, de 1558 a 1560, recibió de labios de 10 ó 12 ancianos “los veinte poemas que decían honra de sus dioses, en sus templos y fuera de ellos”. Sahagún no los tradujo al español cuando publicó su obra. Esa labor la ha cumplido Angel Garibay, quien incluye 13 de ellos —acaso los más bellos— en su libro “Poesía Indígena del Altiplano”.

La otra fuente a que nos referimos es el Manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional de México, con el nombre de CANTARES MEXICANOS. Una edición crítica no se ha hecho, pues sólo existe la copia fotostática con que los sacó a luz *Penafiel. Samuel Briton* seleccionó algunos cantares, los vertió al inglés y los publicó en un libro aparecido en Filadelfia (1887). *José María Vigil* aprovechó el texto de Brinton, para hacer una traducción al español. Posteriormente *Luis Castillo Ledón* publicó un opúsculo titulado: “Antigua Literatura Indígena Mexicana” (1917), incluyendo varios himnos del código nahuatl. La obra más reciente es la citada de Garibay y de ella seleccionamos los himnos, poemas heroicos, versos líricos que ilustran este capítulo, junto al Himno a Tlaloc y la oración a Texcatipocla, que consigna Arqueles Vela en su “Evolución Histórica de la Literatura Universal”.

Del libro: “Literaturas Aborígenes”.



POESIA AZTECA

EL PRINCIPIO DE LOS CANTOS

Consulto con mi propio corazón:

¿Dónde tomaré hermosas y fragantes flores?

¿A quién le preguntaré?

¿Lo pregunto acaso al verde colibrí reluciente,
al esmeraldino pájaro mosca?

¿Lo pregunto acaso al áurea mariposa?

Sí, ellos lo sabrán: saben en dónde abren sus corolas
las bellas y perfumadas flores.

Si me interno en los bosques de abetos verde azulados,

o me interno en los bosques color de llama,

allí se rinden a la tierra cuajadas de rocío

bajo la radiante luz solar,

allí, una a una, llegan a su total perfección.

Allí las veré quizá: cuando ellos me las muestren

las pondré en el hueco de mi mano,

para agasajar con ellas a los nobles,

para festejar con ellas a los príncipes.

Aquí viven sin duda: oigo su canto florido,

como si estuviera dialogando la montaña:

aquí, junto a donde mana el agua verdecida,

y la veta de turquesa canta entre guijas,
y cantando le responde el sensonte,
le responde el pájaro-cascabel,
y es un persistente rumor de sonajas,
el de las diversas aves canoras:
allí alaban al dueño del mundo.

Ya digo, ya triste clamo:
“perdonad si os interrumpo amados. . .”
Al instante quedaron en silencio,
luego me habla el verde colibrí reluciente:
“¿En busca de qué andas, oh poeta?”
Al punto le respondo:
“¿Dónde están las bellas y fragantes flores
para agasajar con ellas a los que son semejantes a vosotros?”
Al instante me contestaron con gran rumor:
“Si te mostramos aquí las flores, oh poeta,
será para que agasajes a los príncipes”.

Al interior de las montañas de la Tierra-de-nuestro-sustento
de la Tierra Florida me condujeron:
allí donde perdura el rocío bajo la radiante luz solar,
allí vi al fin las flores,
flores de precioso aroma, ataviadas de rocío
bajo una niebla de reluciente arco-iris.

Allí me dicen: “Corta cuantas flores quieras
conforme a tu beneplácito, oh poeta,
para que las des a nuestros amigos los príncipes,
a los que dan placer al dueño del mundo”.

Y yo iba poniendo en el hueco de mi mano
las fragantes flores que deleitan al corazón,
las muy placenteras, y decía yo:
“¡Ojalá viniera acá alguno de los nuestros
y muchísimas de ellas recogeríamos!
Pero ya que he venido a conocer este lugar,
iré a comunicarlo a mis amigos,
para que en todo tiempo vengamos
a coger las diversas fragantes flores,
a entonar los hermosos cantos,
con que deleitemos a nuestros amigos los nobles,
los varones de la tierra, los Aguilas y los Tigres”.

Así pues las iba yo, poeta, cogiendo
para enflorar con ellas a los nobles.
Mas ¿nada para sus vasallos?
¿dónde verán, dónde tomarán ellos hermosas flores?
¿irán conmigo, acaso, hasta la Tierra Florida,
a la Tierra-de-nuestro-sustento?

¿Nada para sus vasallos, los que andan afligidos,
los que sufren desventura sobre la tierra?
¡Sí, los que sirven en la tierra a aquél que está cerca y junto!
Llora mi corazón al recordar que fui, yo, poeta,
al fijar la mirada allá en la Tierra Florida.
Pero decía yo:
“No es a la verdad lugar de bien esta tierra.
“En otro lugar se halla el término del viaje:
allí si hay dicha.
¿Qué bienestar hay sobre la tierra?
El lugar donde se vive es donde todos bajan.
¡Vaya yo allá, cante yo allá
en unión de las diversas aves preciosas,
disfrute yo allá de las bellas flores,
las fragantes flores que deleitan el corazón,
las que alegran, perfuman, embriagan,
las que alegran, perfuman, embriagan! . . .



LOS LIBROS DE TEXTO

Por Francisco ESPINOSA

Creo que la obligación del Profesor es plantear el problema del Libro de Texto en todos los niveles de la educación nacional. Tarde o temprano, el Ministerio se verá en la necesidad de estudiar la cuestión en el terreno de la Escuela Primaria y en el de la Educación Profesional, es decir la de Comercio, la Normal y la Vocacional. Por consiguiente, es preferible abordar la situación en conjunto.

En términos generales, los libros de texto para Educación Primaria, Educación Media y Educación Profesional reclaman condiciones similares. Por una parte, el contenido o material didáctico; por otra, la forma en que sea presentado aquel material; y en tercer lugar, el aspecto meramente tipográfico y de encuadernación. Sobre estos puntos debe girar toda reglamentación sobre la materia.

Es evidente que hay ciertas diferencias entre los libros de texto de un curso y otro, de una asignatura y otra.



FRANCISCO ESPINOSA

Diferencia de graduación en el contenido y de material científico. Sin em-

bargo, los principios pedagógicos en que deben basarse aquellos libros, son harto semejantes. Todos deben cumplir los fines de la enseñanza prescritos en las ciencias de la educación.

* * *

Subsiste todavía una discrepancia de criterios entre el profesorado nacional de todos los niveles, sobre el uso de los libros de texto en las escuelas. Son muchos los que piensan que debemos prescindir de ellos porque, para los fines de la enseñanza y del aprendizaje, bastan las explicaciones de los profesores y los resúmenes que se les entregan o dictan al alumnado.

Los adversarios del libro de texto alegan que él se presta para la formación de estudiantes que se dedican sólo a memorizar el contenido del libro, al pie de la letra, sin ejercitar las facultades creadoras y del entendimiento. Este es, según ellos, el camino que han seguido los recitadores de lecciones que, a la hora de aplicar sus conocimientos, se ven en serias dificultades.

Nada prueba lo anterior contra el empleo del libro de texto en las escuelas. Sólo demuestra que algunos profesores no se cuidan de adiestrar a los alumnos en el manejo de los textos. Se limitan a señalarles las lecciones que deben aprenderse y a tomar estas lecciones en las siguientes clases. No les hacen ver que el texto es un guía para consultar las cuestiones dudosas o recordar lo olvidado.

La otra razón aducida es que con dificultad se encuentra un texto que se acomode con la mayor exactitud a los programas de enseñanza decretados por las autoridades del ramo. Unos contienen material didáctico en exceso y otros se distinguen por sus deficiencias. De donde surge, dicen los impugnadores, la necesidad de consultar varias obras que no pueden adquirir los alumnos o no se encuentran en la biblioteca de la escuela.

Esto sólo constituye un llamamiento dirigido a los directores y profesores

para que se interesen por la elaboración de textos que respondan a las necesidades de los alumnos, en cada uno de los niveles educativos. En caso contrario, para que escojan entre los textos editados en el extranjero aquellos que mejor se avengan a nuestras necesidades y circunstancias escolares.

Los profesores que rechazan el libro de texto, a capa y espada defienden el procedimiento de dictar a los alumnos breves resúmenes de las lecciones por ellos suministradas. En lo cual hay dos inconvenientes mayúsculos: en el trabajo de la copia se pierden minutos que bien podrían aprovecharse en la enseñanza y nunca hay la seguridad de que los alumnos escriben con fidelidad y corrección el material que se les dicta.

* * *

La mayor parte de los padres de familia, sobre todo los que tienen hijos en escuelas oficiales, y no pocos autores de libros de texto abrigan la creencia de que el libro siempre debe ser barato. Tan barato que puedan adquirirlo sin sacrificio alguno aun aquellos alumnos cuyos padres sólo disponen de parvos ingresos. Esto significa que los textos deben ser breves, escritos en papel de baja calidad y sin una encuadernación resistente.

Acerca de lo anterior cabe decir que los autores de libros de texto deben atender, sobre todas las cosas, a los detalles científicos y pedagógicos de los libros. No es de ningún modo recomendable que, por reducir el costo de la obra, reduzcan su contenido a un breve número de páginas. Ni tampoco que la presenten sin ilustraciones, en papel de periódico y pobremente encuadernada.

A este erróneo criterio, explicable en los padres de familia pero no en los autores, se debe que en el mercado nacional, circulen libros de texto que condensan en cien páginas todo el material de un curso, en cuadernos mimeografiados en papel que no resiste el ajetreto escolar del año o en ediciones impresas, con letra mínima, que

lejos de interesar a los alumnos les provocan una gran antipatía hacia determinadas asignaturas.

Por un buen libro de texto, sea nacional o extranjero, debe pagarse el precio justo. Un precio que compense los gastos de impresión y al mismo tiempo le deje margen de ganancia al autor. Redactar una obra de texto es un trabajo como cualquier otro y nadie está obligado, por grandes que sean su entusiasmo y su dedicación, a ejecutar una dura labor intelectual en forma gratuita.

Las enseñanzas que nos proporcionan los libros escolares, tanto en la escuela primaria como en la media y la profesional, se traducen en ventajas económicas para quienes las adquieren. Gracias a ellas podemos dedicarnos al ejercicio de una profesión más o menos lucrativa, que nos permite satisfacer nuestras exigencias materiales y espirituales, y también las de nuestra familia.

Gastamos buenos dineros en alimentar y vestir el cuerpo, algunas veces con disculpable largueza. ¿Por qué no proceder en la misma forma con los libros de texto que, junto con los de consulta y de recreación, alimentan y embellecen nuestro espíritu, que es la parte más noble de nuestra personalidad?

* * *

Siempre hubo, entre los profesores salvadoreños, una saludable y generosa preocupación por ofrecer a los estudiantes libros de texto en todas las asignaturas de los distintos niveles de la educación. Hay valiosos ejemplos de este interés en la escuela primaria, en la media y aun en la profesional. Sin embargo, no fue sino hasta después de la reforma de 1947 en educación media cuando surgieron muchos textos acomodados a los nuevos programas.

Con el deseo de ayudar a los estudiantes, fueron publicados textos de Castellano, Geografía, Historia, Biología, Civismo, Constitución, Anatomía, etc. Algunos de ellos bien redactados, con suficiente material didáctico y

grata presentación. Otros, por desgracia, llenos de errores, de un contenido didáctico muy escaso y una presentación material poco estética.

En educación primaria, contamos con series de libros de lectura elaborados por maestros salvadoreños, que resisten una comparación con aquellas que nos llegan del extranjero. La aceptación momentánea o permanente que han tenido estos libros son una elocuente demostración de su propio mérito. En estos casos, profesores y alumnos son los mejores jueces.

Sin embargo, es mayor el número de textos redactados por autores extranjeros que sirven de guía en las enseñanzas media y profesional. Editoriales de Argentina, de Cuba, de México, de Estados Unidos y de España se encargan de proveernos de aquellas obras que se necesitan para el desarrollo de los programas de enseñanza.

Con ellas no podemos competir por las siguientes razones: son empresas dedicadas exclusivamente a la producción de libros de texto, que disponen de un cuerpo de redactores especializados y de talleres bien surtidos; imprimen grandes cantidades de cada obra, de modo que pueden surtir a varios estados o países; como consecuencia de este hecho, sus libros se venden a un precio módico.

* * *

A pesar de que hay en El Salvador profesores especializados que serían capaces de elaborar textos para todas las asignaturas de los distintos escolares, no lo hacen porque necesitan dedicarse a otros menesteres para la satisfacción de sus necesidades vitales. Y mientras la industria gráfica no haya alcanzado entre nosotros el grado de adelanto que se necesita para imprimir libros atractivos, seremos tributarios del extranjero.

Por otra parte, el mercado es muy reducido. Sólo hay suficiente demanda en las Escuelas Primarias, donde el número de alumnos inscritos en cada uno de los grados es considerable. En

secundaria contamos hoy por hoy con 5.000 alumnos por cada curso en lo general. Bachillerato, con 1.000 por curso. En todos los cursos de las diferentes ramas de Comercio, con 9.000 estudiantes. Un poco menos en las Escuelas Normales.

Sólo con un mercado que abarque si no la totalidad por lo menos varios países de Centro América, podrían los profesores salvadoreños especializados en educación media y profesional dedicarse sólo a producir libros de texto sobre aquellas materias donde, por diferentes razones, es menor la competencia extranjera.

En este caso, el Ministerio de Educación podría presentarles su cooperación en cualquiera de estas formas: a) comprarles los derechos de autor, a precios remunerativos, y editar por su cuenta los libros en su Departamento Editorial; b) nombrar comisiones para que redacten textos y pagarles un sueldo prudencial; o c) comprometerse a adquirir cada año un determinado número de ejemplares de cada texto escogido o encomendado a un grupo de profesores.

* * *

Mucho lamento no participar del criterio de quienes piensan que, en una reglamentación sobre libros de texto, deben incluirse disposiciones que se refieran al método que deben seguir los autores para ejecutar su trabajo. Creo que éste es un asunto de orden técnico y no cabe en él ninguna legislación. Sería como reglamentar las clasificaciones zoológicas.

En este punto debe dejarse en libertad al autor o a los autores. Hay en español y en inglés abundantes, pero muy abundantes libros de texto, para todas las asignaturas y cursos, en donde síguense las técnicas más avanzadas. Los encargados de redactar libros de texto deben estar, como es de suponerse, bien documentados.

Las reglas que deben seguirse en la redacción de las obras didácticas se en-

cuentran en las preceptivas literarias. Nunca podrán ser objeto de una legislación oficial. En los tratados de lógica aparecen bien explicadas las normas a que deben sujetarse los autores de obras de carácter científico. Sería absurdo reglamentar sobre ellas.

Exigen las ciencias de la educación que el contenido de un libro de texto debe acomodarse al grado de desarrollo intelectual de los estudiantes. Que cada lección vaya seguida de un cuestionario no tanto para el repaso como para la comprensión. Que tenga ilustraciones y esquemas. Y que contenga tests. ¿Para qué incluir estas normas en los reglamentos?

No es el contenido científico la característica dominante del libro de texto. Sí la forma como presenta la materia. Dice un proverbio latino: "Non novum, sed nova". No se enseñan cosas nuevas, sino de manera nueva. Este principio es aplicable a los libros de texto, donde hay extenso campo para la iniciativa inteligente.

Sobre los tipos de letra adecuados para cada nivel y cada asignatura, hay literatura abundante y abundantes ejemplos. Lo mismo en cuanto se refiere a la clase y la calidad del papel. Y lo relativo a la encuadernación, ¿Para qué, entonces, indicarlo en una reglamentación que a los pocos años será anticuada?

* * *

Estoy en desacuerdo con el procedimiento de someter a concurso la redacción de los libros de texto que nos hacen falta. En primer lugar, es difícil lograr que participen en el torneo muchos concursantes. La experiencia de años anteriores lo confirma: en el certamen de libros de lectura para escuelas primarias, por ejemplo, no se presentaron más de dos concursantes. El Ministerio ni siquiera nombró jurados para examinar los trabajos.

Hay mucha desconfianza en los jurados calificadores del país, por muy honorables que sean. El mismo despa-

cho, para otorgar el premio anual del Certamen Nacional de Cultura, nombra jurados a personas de otros países que vienen a la capital con gastos de viaje y permanencia, pagados. Hoy se quiere que no sean sólo escritores de Centro América sino de la América Latina.

Aun los fallos emitidos por elementos capacitados y merecedores de confianza, se discuten por la prensa. Los perdidosos y más de un imparcial impugnan el fallo. Esto ha sucedido con obras premiadas en el Certamen Nacional de Cultura y en los Juegos Florales que todos los años celebran en la capital, con motivo de las Fiestas Agostinas. Nuestros escritores no se acomodan a los concursos.

Creo que lo más adecuado sería que el Ministerio de Educación nombrara comisiones de profesores —tres a lo sumo— para cada caso que redactaran por series los libros de texto que necesitamos. Unos en educación primaria, otros en educación media y otros en educación profesional. Es entendido que para formar las comisiones se elegirá a quienes posean suficientes méritos en su especialidad y en redacción.

Estas comisiones, que trabajarían a tiempo completo, dispondrían de un plazo de seis meses como máximo. Al cabo de este período, entregarían al despacho los originales para su impresión, ya sea en el Departamento Editorial del Ministerio o en el extranjero. Los miembros de las comisiones devengarían un sueldo fijo, de acuerdo con el trabajo que se les encomendara.

De cada edición, cuyo tiraje estará de acuerdo tanto con la matrícula calculada para el grado y curso respectivos como con el número de años a que se destine, el Ministerio de Educación tomará la parte que ha de distribuir en sus centros educativos y dejará el resto para la venta, a un precio mó-

dico. Sin perjuicio de entregar a cada miembro de las comisiones un prudencial número de ejemplares.

Bien se me alcanza que, en esta forma, el problema de los libros de texto en El Salvador no se solucionaría en un año ni en dos. Se requieren por lo menos cinco años de labor intensa y continuada. Lo esencial por el momento es darle comienzo a la obra. Plan-tearla no por detalles, sino en conjunto.

* * *

Basado en las anteriores consideraciones —que ampliaré cuando el caso se llegue—, propongo al Ministerio de Educación las siguientes recomendaciones:

1.—Nombrar comisiones de profesores, delegados y supervisores para que revisen los textos de educación primaria, media y profesional que están en servicio, a fin de escoger los más adecuados. Se exceptúan los profesores que resulten con textos ya aprobados.

2.—Nombrar comisiones de profesores —cada una de tres como máximo— para que redacten los libros de texto que nos faltan en todos los niveles de la educación y entreguen su trabajo después de un período de seis meses como máximo. Cada uno de los miembros percibirá un sueldo mensual conforme la labor que se le encomiende.

3.—Editar en el Departamento Editorial suyo o en el extranjero, según el caso, las obras cuyos originales le hayan sido entregados por las comisiones redactoras. Cada una de ellas será texto obligatorio en la correspondiente asignatura y nivel pedagógico.

4.—Tomar de cada edición el número de ejemplares que debe repartirse en los centros oficiales y poner a la venta, a precios módicos, el resto de la edición.

Francisco Espinosa

José Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811

Por Rodolfo BARON CASTRO

II

“LOS AMERICANOS DE SAN SALVADOR”

- I. El Municipio defiende sus fueros. — II. De la paz provinciana al torbellino del mundo. — III. Los criollos de San Salvador y la política del Imperio.
- IV. El diputado a Cortes por San Salvador.

1.—EL MUNICIPIO DEFIENDE SUS FUEROS

El 22 de junio de ese mismo y calamitoso año 1798, proveyó el rey el Corregimiento intendencia de San Salvador —así se denominaba desde 1791¹ en don Luis de Arguedas y Brugueiros, capitán de navío y caballero de Santiago. Pero este encofetado personaje nunca tomó posesión del cargo y fue exonerado por su estado de salud². Ello originó un largo interinato que contribuyó no poco a fortalecer una cierta autonomía municipal.

En efecto, desde el fallecimiento de Ulloa y Santiago —originario del reino de Chile³— en 1798, hasta la toma de posesión de Gutiérrez y Ulloa, en 1805, median suficientes años como para que los cabildantes criollos se ejercitaran en el gobierno, no teniendo por encima sino la autoridad disminuida de los intendentes interinos, temerosos siempre de tomar decisiones que pudieran no obtener el refrendo del capitán general. Por otro lado, muchas importantes funciones, como la del vicepatronato, quedaban sin ejercer. Añádase que las principales autoridades religiosas de la provincia eran nativas de ella y que asimismo eran nacidos en el reino guatemalense otros altos funcionarios, como el ya citado interventor de alcabalas, don Francisco Barberena. Y también ha de tenerse en cuenta que el centro económico giraba en torno del poderoso

Montepío de cosecheros de añil, cubiertos sus principales cargos por personajes del país, aunque también figuraran entre ellos peninsulares de sólida fortuna, como en el caso de Castriciones, aunque teniendo la necesaria contrapartida en los no menos ricos agricultores de la provincia, como los Viteri, Loucel o Ungo, no todos residentes en la capital, pero que asistían a las reuniones y se habían acostumbrado a discutir con cierta libertad sus propios asuntos, así como los económicos de la demarcación y de todo el reino⁴.

El intendente corregidor interino, Aguilar, fallece en 1799⁵. Sus honras fúnebres, en aquel arruinado burgo, no debieron ser muy suntuosas, pero el sentimiento de las gentes fue sincero. Aquel solterón andaluz —era nacido en las proximidades de Málaga— dejó una hermana —María de los Dolores— y un primo —Francisco— al que había enviado a estudiar a Guatemala⁶. Pero dejaba, al propio tiempo, dos vacantes: su propio cargo de teniente letrado asesor y el más alto que desempeñaba provisoriamente. Y, con ambas, un complicado pleito sucesorio, que había de poner a prueba la energía de los cabildantes de San Salvador.

En efecto, si bien el artículo 16 de la Ordenanza de intendentes de la Nueva España, que era la aplicada en el reino de Guatemala, dejaba la provisión, en tal caso, en manos de las autoridades superiores, la real orden de 23 de mayo de 1796 salvaba esta laguna, señalando que el gobierno político debía recaer en el alcalde ordinario más antiguo, en tanto que el mando militar y la gestión de hacienda pasaran a manos del oficial y del ministro con mayor tiempo de servicio, respectivamente⁷. Para mayor abundamiento, un caso similar se había presentado en la intendencia de Puebla, resolviéndose la consulta planteada por el virrey marqués de Branciforte conforme a lo anterior, reforzándose la autoridad de aquella real orden por cédula de 26 de junio de 1799⁸.

Pero el capitán general tuvo a bien cubrir el hueco dejado por Aguilar nombrando un teniente letrado interino, y dando a éste, a su vez, el cargo de intendente corregidor, asimismo interino⁹. El beneficiario fue persona de mérito —don Antonio Isidro Palomo¹⁰— pero el alcalde de primer voto manifestó su oposición considerando que a él correspondía legalmente el mando político, lo cual dio lugar a la formación del expediente de rúbrica¹¹.

La cuestión como es natural, levantó los ánimos y puso de manifiesto los deseos de la población de salvaguardar los derechos de su alcalde de primera nominación, don Antonio de la Calera¹². Por otro lado, ello significaba llanamente, disponer del gobierno político de la provincia a través de una persona —fuera un español, europeo o americano— vinculada a ella por razones de nacimiento, residencia o intereses. En suma, gozar de una cierta autonomía.

La actitud del cura rector ha de suponerse conforme con la del vecindario, de no ser la de éste consecuencia de la de aquél. Los hermanos Delgado han ocupado y seguirán ocupando diversos cargos concejiles, así como algunos parientes y allegados. El propio don Pedro —cabeza de la familia— aún figura en el año 1802 desempeñando uno de dichos puestos¹³. De esta manera, este importante grupo familiar, vinculado a la curia, al ayuntamiento e incluso a la milicia, extiende y afirma su influencia. Pero al propio tiempo, despierta en sus componentes el sentido de la responsabilidad frente a la comunidad. Brote, si se quiere, de lo que pudiera llamarse *patriotismo*. En esos momentos sólo aparece como *localismo*.

Como debía suceder, la razón fue dada al alcalde primero, y don Ventura de la Calera desempeñó las funciones de corregidor, si bien sus años y achaques le incitaron a pedir se le exonerara del desempeño de cargos edilicios¹⁴. Además, este interinato no podía ser muy duradero, y —siguiendo sin proveer el titular de la intendencia— se nombró teniente letrado, primero, al mejicano don Manuel Clavijo, quien no aceptó,

alegando pintorescas razones relacionadas con la dificultad del viaje¹⁵, y después al dominicano don Pedro Barriere, personaje que había de dar bastante juego andando el tiempo¹⁶. De todas formas, el gobierno de la provincia seguía en manos americanas.

2.—DE LA PAZ PROVINCIANA AL TORBELLINO DEL MUNDO

La ciudad de San Salvador va poco a poco restañando las heridas del terremoto, incluida la restauración de algunas de sus iglesias, y se ha mejorado su servicio de aguas¹⁷. Mas la parroquia sigue en ruinas y el expediente en la Corte. Algunas calamidades, por añadidura, se abaten los años 1801 y 1802 sobre los sansalvadoreños. Se trata de unas nubes de langostas que hacen tremendos destrozos en el campo, poniendo una vez más a prueba el espíritu solidario de aquéllos, encabezados por su alcalde ordinario y corregidor interino don Ventura de la Calera, que toma las necesarias disposiciones para combatir la plaga¹⁸.

Por fin, el 31 de enero de 1803 se dictamina por el Consejo de Indias la conformidad con los subsidios solicitados para la reconstrucción de la parroquia de San Salvador, lo cual llena de júbilo al doctor Delgado, que puede aplicar su actividad a tan útil tarea¹⁹. El año siguiente, en efecto, se inician los trabajos y cuando se agotan los fondos que se le han señalado suple la falta de su peculio particular, conforme lo reconoció el propio ayuntamiento²⁰. La estructura es muy diferente de la aprobada en tiempos de don Nicolás de Santa Cruz, y su firme silueta va poco a poco emergiendo en el cielo de la capital, hasta tomar —muchos años más tarde— la forma que conocemos por el excelente grabado de Outwaite, publicado en los viajes de Enault²¹.

Cuando ya parecía que la intendencia corregimiento de San Salvador iba a tener como sino el no encontrarse gobernada por sus titulares, embarca en la Coruña el 2 de octubre de 1804 don Antonio Basilio Gutiérrez y Ulloa, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III²², nombrado para tal cargo el 25 de abril²³. Tras una fatigosa travesía —en la que le acompaña su distinguida esposa doña María Barreda²⁴—, y la correspondiente estancia en la capital del reino, toma posesión de su puesto el 28 de junio del año siguiente²⁵.

El nuevo jefe de la provincia ha metido en su equipaje, con ánimo de revisarla muchas veces durante el viaje, la última *Ordenanza General* —pulcramente impresa por la viuda de Ibarra, en Madrid, el año 1803— volumen que ha de constituir su guía principal durante el ejercicio de su mando. De tal guisa, reuniendo en su persona toda la autoridad civil y militar, solamente tiene como par —ya que por la anómala situación de esta intendencia no hay obispo en ella— al cura rector y vicario provincial, es decir el doctor Delgado. Buena parte de los artículos de la *Ordenanza General* están consagrados a cuestiones eclesiásticas, pero su aplicación ha de tener aspectos limitados, por la situación antedicha. Naturalmente, ambas jerarquías —la cívico-militar y la religiosa— han de coadyuvar a fin de que la provincia logre el buen gobierno que todos desean.

En los diferentes ramos, halla funcionarios criollos y peninsulares, hasta entonces bien avenidos, aunque los recelos entre unos y otros se hagan sentir cada vez más. Y, no deja de observar cierta altiva preponderancia en aquellos que, por ser nacidos en la tierra se creen con derecho a gobernarla. El caballero de Carlos III aprende que allí es *chapatón*²⁶, y que no le será fácil domeñar las ínfulas de estos súbditos de la Corona, a los cuales una serie de circunstancias fortuitas han enseñado a regir sus propios asuntos, aunque no se trate sino de los de orden secundario.

Durante los tres primeros años de su gobierno, Gutiérrez y Ulloa cumple con sus deberes como funcionario probo y competente. Impone orden en la administra-

ción, ordena el archivo, redacta su espléndido *Estado General*²⁷, en fin, cumple con sus deberes con rigor y sentido de la responsabilidad. Pero, a decir verdad, no se encuentra del todo cómodo en aquel ambiente. El cura vicario y sus hermanos, parientes y allegados, forman un clan poderoso y solidario, y las opiniones de aquél, no sólo en materias de su ministerio, sino en política general, son aceptadas sin discusión, gozando entre el pueblo de un respeto y de un afecto rayanos en la idolatría. Su segundo, el teniente letrado asesor Barriere, criollo también, no es menos difícil. En cuanto al capitán don José Rossi, se trata de un milanés que fue secretario de Malaspina, que en el Perú desarrolló una actividad literaria tan positiva como ejemplar, y que, por inexplicables circunstancias, cuando parecía abocado a más altos destinos, consigue sólo ser corregidor de Suchitépéquez —donde, por añadidura, es calumniado si bien resplandeciera su inocencia—, apenas si obtiene este empleo de San Salvador, que no le acarrea muchos problemas²⁸. Para colmo, la vida es cara y presenta pocos alicientes. Así, pues, tomada su decisión, pide se le traslade. Solicita la intendencia de Oajaca, y con fecha 18 de abril de 1808, el escribano del gobierno y del cabildo, don Mariano Fagoaga, le expide certificación de los méritos contraídos²⁹.

Pero un acontecimiento tan grave como imprevisto, ha de fijar *in situ* a todos estos personajes, y cada uno de ellos ha de actuar en las circunstancias que se avecinan conforme a su nacimiento, formación, carácter, ideas y sentido del deber. Tal acontecimiento es conocido en la capital del reino —y luego en las provincias— por oficio reservadísimo del virrey de la Nueva España, que es leído en una junta celebrada en el salón del real palacio el 14 de agosto de 1808. Con aire solemne escuchan los circunstantes, presididos por el presidente, gobernador y capitán general, don Antonio González de Mollinedo y Saravia el texto del inesperado documento, y su estupor no tiene límites al saber que su amado soberano y parte de la real familia han hecho renuncia de sus derechos al trono de San Fernando, Isabel la Católica y Carlos I, en favor del ogro de Europa: Buonaparte³⁰. La decisión que se adopta es unánime: "Que no reconocen ni reconocerán en tiempo alguno los expresados actos, teniéndolos por desnudos de toda autoridad y fuerza intrínseca, y por violentos, ilegales y nulos por derecho, según parece por los papeles públicos que se han tenido a la vista"³¹. La revolución americana se inicia en el reino de Guatemala en aquella memorable fecha. Unos pocos años después habrá de consumarse en el mismo suntuoso y severo marco de aquel salón de palacio.

3.—LOS CRIOLLOS DE SAN SALVADOR Y LA POLITICA DEL IMPERIO

A partir de ese momento, las mentes entran en ebullición y se comentan los sucesos de las más diversas maneras. Se está a caza de noticias —siempre recibidas con retraso— y sobre ellas se construyen diferentes hipótesis. La actitud del elemento criollo se vuelve más radical y las ideas de soberanía popular y de igualdad social se exponen cada vez con mayor franqueza.

Aunque el tribunal de la Inquisición velaba rigurosamente por que los libros prohibidos no entraran en el reino, éstos circulaban en mayor número del que puede creerse, y figuraban en discretos rincones de las mejores bibliotecas. Muchos de los prominentes personajes del reino —y entre ellos varios peninsulares—, fueron sospechosos de sostener teorías nefastas. Las obras de Rousseau, principalmente el *Pacto social* —como rezaban las traducciones de entonces— eran bien conocidas de los doctos, así como la Constitución de los Estados Unidos, cuyos principios se propagaban como una mancha de aceite. Y no menos sucedía con las de Voltaire, Montesquieu, De

Pradt, y otras muchas, ocasionales, que ahora no tienen otro valor que el de servir de índice para penetrar en la ideología de la época. Esto, más lo hablado con sordina y mil precauciones en los años precedentes acerca de sistemas y organizaciones de otros países, alimenta ahora el fuego patriótico³².

Como los acontecimientos se precipitan y el desconcierto se hace más patente, en el reino se acepta, por más clara y sensata por el momento, la postura legitimista, derivada de la resolución de 14 de agosto de 1808. Pero, naturalmente, ella debe de estar condicionada a una reestructura general de la monarquía en ambos hemisferios. Este ha de ser un primer paso hacia mayores conquistas. Evidentemente, la postura adoptada está plenamente de acuerdo con la ideología reformista de las mentes más preclaras, en las que bulle —mientras en la Península el pueblo se bate con singular heroísmo contra las huestes napoleónicas— la esperanza de una nueva era³³.

Delgado y los suyos —hermanos, allegados y amigos— se cuentan entre los más fervientes partidarios de tales cambios, seguros de que éstos habrán de conducir, como último resultado, hacia un gobierno autónomo, sin romper por ello la unidad del vasto Imperio³⁴.

La primera oportunidad de acción política se presenta con motivo de la elección del vocal que había de designar el reino de Guatemala para formar parte de la Suprema junta central de España e Indias, que gobernaba en nombre de Fernando VII. El procedimiento electoral resultaba bastante complicado. Cada uno de los quince ayuntamientos españoles, debía elegir una terna de candidatos. Seguidamente, se procedía a un sorteo entre éstos, dejando por lo tanto a uno por municipio. En presencia de estos nombres, la Junta electoral, compuesta por ocho personas (dos por el real acuerdo, y otras tantas por el cabildo eclesiástico, el ayuntamiento y los vecinos de la capital), procedía a elegir tres, entre todos. Y, finalmente, se procedía a un nuevo sorteo entre estos últimos, proclamando triunfador al que saliera favorecido³⁵.

En el municipio de San Salvador del año 1810 figuraban, como de costumbre, dos familiares del doctor Delgado: su hermano Manuel y su sobrino Manuel José Arce³⁶. La oportunidad parecía propicia para optar —por uno del propio grupo— a tan elevado cargo. Sin embargo, la terna que sacó el ayuntamiento estaba compuesta por el marqués de Aycinena, el hermano de éste, don José, coronel del batallón de milicias de infantería de Guatemala y el doctor don Bernardo Pavón, tesorero de la Catedral guatemalense. ¿Qué significa este hecho? Sin duda un concierto político, dado que las poderosas familias criollas de Aycinena y Pavón, emparentadas, se mostraban muy activas en favor de las reformas.

El sorteo favoreció al coronel Aycinena, y por lo tanto, fue proclamado candidato, no sólo de San Salvador, sino también de Guatemala. Mas ¿cómo actuaron los restantes municipios de la intendencia, es decir, Santa Ana, San Miguel y San Vicente? Los santanecos designaron una terna compuesta por don José Miguel de Cárcamo, don José Ciriaco Méndez y don Domingo Figueroa, todos miembros del mismo ayuntamiento, favoreciendo el sorteo a Figueroa; los migueleños eligieron a su cura vicario, el doctor don Miguel Barroeta, a su hermano el licenciado don Rafael y el párroco de San Vicente, doctor don Manuel Antonio de Molina, resultando designado por la suerte el vicario Barroeta; es decir, que tanto el uno como el otro ayuntamiento se inclinaron por personas de la misma intendencia. Los vicentinos, en cambio, recurrieron a una fórmula intermedia entre la de éstos y la de San Salvador, eligiendo a uno de la localidad —su cura vicario doctor don Manuel Antonio Molina, que figuró también en la terna de San Miguel— y a dos foráneos: el marqués de Aycinena y el licenciado don José Cecilio del Valle. Este último resultó agraciado por el azar. Sin embargo, por renuncia que hicieron de sus postulaciones, tanto el marqués cuanto el licenciado, hubo de repetirse la elección en San Vicente. La segunda terna re-

nueva el nombre del cura Molina, pero incluye el del doctor don José Matías Delgado y el de don Jacobo de Villaurrutia. La fortuna se inclinó por el primero, es decir por el cura vicario de San Vicente³⁷.

Esta disyunción de objetivos en los cuatro ayuntamientos principales de la intendencia, presagia la que habría de ponerse de manifiesto al año siguiente, con motivo del movimiento de cinco de noviembre³⁸.

De tal manera, resultó que de los cuatro ayuntamientos con derecho a presentar candidatos por la intendencia de San Salvador, tres favorecieron con sus sufragios a naturales de la misma, no haciendo lo propio el de la capital. Y que, en el caso de que la suerte hubiera favorecido al doctor Delgado, habría llegado a la competición final, no designado por su propia ciudad, sino por la de San Vicente. Ello justifica el supuesto de que hubo un compromiso entre el grupo de criollos sansalvadoreños encabezados por Delgado y el de guatemaltecos acaudillados por el grupo de los Aycinena y Pavón.

La junta electoral, que se reunió en Guatemala el 3 de marzo de 1810, dio ocho votos a Aycinena, candidato de Guatemala y San Salvador, siete a don Manuel José Pavón y Muñoz, que lo era de Cartago y Quezaltenango y seis al teniente coronel don Antonio Juarros, presentado por Ciudad Real³⁹. El cura vicario de San Vicente, don Antonio Molina mereció un sufragio⁴⁰. La suerte se pronunció por Pavón y Muñoz⁴¹.

El candidato escogido por el azar era muy bienquisto del presidente, gobernador y capitán general González de Mollinedo y Saravia, con quien le ligaba una amistad tan estrecha, que dio pábulo a las habladurías de los malquerientes del uno y del otro⁴².

Al proclamar electo al vocal de la Junta por el reino de Guatemala, el presidente pronunció una arenga, a la cual dio un ligero toque reformista. He aquí algunas de sus palabras: "Gozémonos de que vaya a componer con los demás de América, y provincias de España, el congreso agosto, en medio del cual está el trono de nuestro muy amado soberano Fernando VII, y donde se hallan reconcentradas la fidelidad, la constancia, la circunspección, y demás virtudes del pueblo Español, que las hará revivir en sus venerables Cortes, confundiendo para siempre el egoísmo, y las pasiones destructivas del gobierno pasado"⁴³.

4.—EL DIPUTADO A CORTES POR SAN SALVADOR

Don Manuel José Pavón no se dio el lujo de pasar a la Península en calidad de miembro de la Junta central, dando así gusto a quienes adversaban su candidatura⁴⁴. En efecto, cuando los ayuntamientos del reino guatemalteco afanábanse en elegir sus temas respectivas y practicar los subsecuentes sorteos, y la mano inocente del niño don Narciso Payés y Romana había extraído el nombre del rico comerciante criollo⁴⁵, ya la Junta central había fenecido y traspasado sus poderes al Supremo consejo de regencia, instalado en la isla de León⁴⁶.

Peró pronto había de repetirse la experiencia electoral, esta vez en forma más directa e individualizada, pues debían elegirse los diputados de las diferentes provincias a las Cortes generales y extraordinarias, conforme al real decreto expedido por el Consejo de regencia el 14 de febrero de ese mismo año 1810. En esta oportunidad sólo participarían en la elección los ayuntamientos que fueran cabeza de provincias, es decir, en el reino de Guatemala, aparte del de la capital, los de San Salvador, Ciudad Real, Comayagua, León y Cartago. Los diputados representarían a su respectiva jurisdicción y, lo que es muy importante, cada municipio tenía el derecho de dar al suyo respectivo, instrucciones concretas acerca de su mandato. En el ínterin, y dado que

las Cortes no podían aplazar su reunión, los intereses de los territorios ultramarinos estuvieron a cargo de diversos suplentes, escogidos entre los americanos residentes en la Península. Los del reino de Guatemala fueron los hermanos don Andrés y don Manuel de Llano⁴⁷.

Las elecciones, se celebraron en el mes de julio, y los capitulares de San Salvador incluyeron en su terna al presbítero don José Ignacio de Avila, quien resultó favorecido por la suerte, motivo por el cual quedó como diputado de la provincia⁴⁸. El cabildo le dio como principal instrucción la de plantear en las Cortes el delicado problema de la Mitra; viejo desde que el insigne Cortés y Larraz señaló su necesidad, notorio a partir de la creación de la intendencia, y creciendo en urgencia a medida que el tiempo transcurre. Las Cortes, sin duda —piensan los cabildantes— se percatarán de tan perentoria necesidad y proveerán una solución rápida.

El diputado por San Salvador cumplió su encargo en cuanto le fue posible, es decir en el momento en que aquella magna asamblea se hubo desembarazado de muchos de los acuciantes e ingentes problemas que tenía que abordar. Por grande que fuera la prisa de los sansalvadoreños por ver resuelto este asunto, que les colocaba en situación de inferioridad con respecto de la mayoría de los habitantes del Nuevo Mundo español, ésta era menor y de detalle en el conjunto de las que tenía que tratar el parlamento gaditano. Sin embargo, en el acta de la sesión de 21 de marzo de 1812, constan las palabras del P. Avila en las que de modo sucinto pero claro, expone a los doceañistas el encargo de sus comientes, que concreta en dos proposiciones finales: creación del obispado, sufragáneo de Guatemala y establecimiento de un colegio seminario, conforme a las decisiones del Concilio de Trento⁴⁹.

Es de toda evidencia que esta instrucción dada al diputado Avila, entre otras, no sólo refleja el punto de vista del cura vicario, doctor José Matías Delgado, sino que seguramente la dictó el ayuntamiento siguiendo sus indicaciones y a través de su hermano don Manuel y su sobrino don Manuel José Arce, que formaban, como queda dicho, parte de aquél. En el momento en que esto ocurre —segunda mitad de 1810— la silla metropolitana de Guatemala está en sede vacante⁵⁰, y aunque los capitulares de San Salvador estuvieran en su pleno derecho de ocuparse de esta materia, pues el patronato de la Corona les autorizaba a hacerlo así, es muy posible que la curia guatemalense no viera esto con buenos ojos, al excusar su intermedio, atribuyendo ya desde el primer momento aquel justo deseo de la provincia de San Salvador, a una ambiciosa postura del doctor Delgado, a quien de fijo se suponía preconizándose *in pectore* primer obispo. No otro debía ser el razonamiento en el palacio del capitán general. Esta vía directa a través de las Cortes, pasando por encima de las potestades locales, debió contribuir en mucho al estancamiento posterior de la propuesta del diputado Avila⁵¹. Todo ello, sin considerar el problema —siempre importante— de la disminución de rentas del arzobispado al segregarse de su jurisdicción una provincia tan densamente poblada⁵².

Del resto de los asuntos que los sansalvadoreños encargaron a su diputado no queda noticia⁵³, ni éste, en todo caso, pudo ya ocuparse más de la misión que se le confiara, habida cuenta del deficiente estado de su salud⁵⁴.

NOTAS

- 1.—A partir del nombramiento de don Ignacio Santiago y Ulloa, el 15 de julio de 1791, se cambió la denominación "Gobierno Intendencia de San Salvador" por la de "Intendencia Corregimiento" (AGI, Aud. de Guat., leg. 684).
- 2.—Arguedas aunque nacido en Madrid era hijo de criollos peruanos de rancio linaje. (Válgoma y Barón de Finestrat, *Real Compañía de Guardias Marinas, etc.*, t. II,

- ps. 351-352). El haber sido exonerado por razones de salud, consta en el nombramiento de su sustituto, Gutiérrez y Ulloa. (AGI, Aud. de Guat., leg. 440). En el oficio del Capitán General sobre la toma de posesión de éste, solamente se refiere a haber renunciado sin haberse hecho cargo de su puesto. (*Ibidem*, leg. 453).
- 3.—Era natural de Valparaíso y de familia sumamente distinguida. (AGI, *Estado*, leg. 48). Falleció de 39 años y fue un activo constructor. Dejó terminadas las cárceles y, según relata un autor contemporáneo, también “la primorosa sala capitular, que excede por su finura y aseo a las de Guatemala, y no tiene igual en este continente, según el testimonio de personas ilustradas que han visto las de Nueva España”. (Zúñiga [Artículo necrológico], en *Gazeta de Guatemala*, del lunes 26 de marzo de 1798. T. II, núm. 34, p. 46). La casa de recogidas y el puente sobre el río Sucio quedaron a su fallecimiento según el citado autor, casi finalizados. Hallándose al frente de un gobierno provincial en el Perú estalló la sublevación de Tupac Amaru, pero su territorio permaneció tranquilo. El terremoto ocurrido en San Salvador, un mes después de su fallecimiento desbarató sus edificaciones e impidió que se celebraran las solemnes exequias que estaban previstas en el convento de la Merced. Unas octavas, en el citado número de la *Gazeta*, revelan la gratitud de los sansalvadoreños por su obra.
 - 4.—La mayoría de estos propietarios formaban parte de los cuerpos municipales, a través de los oficios concejiles vendibles, lo cual les brindaba la oportunidad de participar, en forma permanente, en los asuntos públicos de su localidad respectiva.
 - 5.—AGI, Aud. de Guat., leg. 415.
 - 6.—Idem.
 - 7.—Además de la real orden de 23 de mayo de 1796, se había remitido la circular de 13 de julio de 1796. (Larreínaga, ob. cit., ps. 338-339).
 - 8.—Figura *in extenso* en el apéndice a la edición de la *Ordenanza General*, etc., de 1803, y fue recibida como circular en Guatemala, posiblemente después de haberse nombrado a Palomo. (Larreínaga, *ibidem*).
 - 9.—AGI, Aud. de Guat., leg. 415.
 - 10.—Una relación de méritos y servicios, impresa, figura en AGI, Aud. de Guat., leg. 439.
 - 11.—AGI, Aud. de Guat., leg. 415.
 - 12.—Con este nombre, o sólo Ventura Calera, e incluso *Calero*, aparece en diversos documentos. El expediente relacionado con el interinato figura en AGI, Aud. de Guat., leg. 415.
 - 13.—AGI, Aud. de Guat., leg. 445.
 - 14.—Idem, leg. 415. La solicitud incluía también a su sobrino Julián. En 4 de mayo de 1802 se accedió a su petición en el Consejo de Indias. (*Ibidem*, leg. 648).
 - 15.—El nombramiento se hizo el 29 de marzo de 1801. (AGI, Aud. de Guat., leg. 684). Su renuncia y los fútiles motivos alegados, consta en *Ibidem*, leg. 648.
 - 16.—Cevallos (*Recuerdos salvadoreños*), le hace cubano, pero en sus expedientes consta como natural de la isla de Santo Domingo y “de origen francés”. (AGI, Aud. de Guat., leg. 690). No tardaría mucho en tenérsele por “mala cabeza” y de ideas liberales. (*Ibidem*). Su nombramiento es de 13 de octubre de 1802. (AGI, Aud. de Guat., leg. 684). Como la parte española de la isla de Santo Domingo fue cedida a Francia por el Tratado de Basilea, de 1795, estuvo entre las que pasaron a Cuba. Barriere pidió en 1817 permiso para contraer matrimonio con una hija del país (*Ibidem*, leg. 416) y en otro documento se lee que “casó con una joven decente de la provincia de San Salvador”. (*Indiferente*, leg. 109). Consumada la independencia se trasladó otra vez a la gran Antilla, donde pidió en 1824 nuevo destino.
 - 17.—Consta en un expediente de don Ventura de la Calera, quien se precia de haber puesto en condiciones este suministro, dado que el anterior funcionaba muy mal y llevaba el agua lodosa. (AGI, Aud. de Guat., leg. 648).
 - 18.—En el referido expediente.
 - 19.—AGI, Aud. de Guat., leg. 415.
 - 20.—AGI, Aud. de Guat., leg. 654.
 - 21.—*L'Amérique Centrale et Meridionale*. Lo reproduce en *La Población de El Salvador* (lám. LXXVI). De allí ha sido tomado y divulgado ampliamente en estos últimos años incluso en sellos de correo.
 - 22.—AGI, Aud. de Guat., leg. 718.
 - 23.—Idem, leg. 684.
 - 24.—Idem, leg. 718.

- 25.—Idem, leg. 453.
- 26.—Mote que se daba a los españoles peninsulares, equivalente del *gachupin* de Méjico.
- 27.—Agi. Aud. de Guat; leg. 718. El Estado General fue editado en San Salvador en 1926, a base del ejemplar que perteneció al insigne bibliófilo don Antonio Graiño, (Barón Castro, La Población de El Salvador, p. 248 y Reseña Histórica de la Villa de San Salvador, p. 253).
- 28.—Este don José Rossi y Rubí es un personaje inquietante, que por sus merecimientos de militar, literato, filólogo, etc., y por su larga actuación, estaba en condiciones de desempeñar puestos más elevados de los que ostentó en el reino de Guatemala. Acaso algún problema que no aparece en los documentos pudiera haber contribuido a esta inexplicable postergación. La calumnia en la que se vio envuelto —junto con don Juan José Barberena— suscitó un largo expediente, quedando uno y otro absolutamente limpios. Gavidia se pregunta si es el mismo que luchó contra los ingleses en Roatán (*Historia de El Salvador*, t. III, p. 26) impidiendo la anexión de esta isla a Belice, y así es, en efecto, como consta en su historial militar, conservado en el Archivo General de Indias, con otros muchos papeles a él referentes. Una copia de su diario en la reconquista de Roatán (1797), se conserva en la *Edward E. Ayer Collection*, de la Biblioteca Newberry, de Chicago.
- 29.—AGI, Aud. de Guat., leg. 718.
- 30.—AGI, Aud. de Guat., leg. 624. Están presentes en la junta las altas autoridades civiles, militares y eclesiásticas.
- 31.—*Ibidem*. “La abdicación de la dinastía borbónica en Bayona —escribe Giménez Fernández— al romper el vínculo constitucional que según la doctrina populista unía a los reinos de Nueva España, Perú, Nueva Granada y Río de la Plata a la Corona española, planteaba el grave problema político de que, recayente la soberanía actual sobre su titular habitual la comunidad nacional era necesario subsiguientemente delimitar ésta, o en sus diversas organizaciones localizadas, Reinos, Audiencias, Capitanías, Gobiernos, o en su total complejidad mundial; España, América, Africa (Canarias) y Asia (Filipinas).” (*Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispano-América*, p. 53).
- 32.—Salazar, *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, 3ª edic., t. II, ps. 177-188 e *Historia de veintidós años*, ps. 95-98. Un francés residente en Sonsonate de nombre Pierre Darrigol, fue denunciado por haber leído a varios habitantes de la ciudad algunas páginas del *Contrato Social*, de Rosó [sic] hacia 1805. Y el propio alcalde mayor de la provincia de Sonsonate don Martín Albores era poseedor de un ejemplar del citado libro, así como de una copia manuscrita del titulado *Catéchisme de la Loi Naturelle des Citoyens français*, lo cual fue naturalmente, puesto en conocimiento de las autoridades. (Houdaille, “Les français et les afrancesados en Amérique Centrale. 1700-1810”, en *Revista de Historia de América*, núm. 44, ps. 305-330).
- 33.—La jura de Fernando VII y el repudio a la usurpación napoleónica tuvieron en todo el reino, sin lugar a dudas, el consenso general.
- 34.—Barón Castro, “El centroamericano como sujeto histórico”, en *Revista de Indias*, año XIX, núm. 75, ps. 17-34.
- 35.—*Gazeta de Guatemala del miércoles 7 de marzo de 1810* T. XIII, núm. 131. Gavidia (ob. cit., t. I, ps. 56-58), dedica a este asunto algún espacio, pero sus datos no se conforman con la realidad. El procedimiento empleado es tal y como se enuncia en el texto. De acuerdo con la real orden de 6 de octubre de 1809, para ser candidato a tan elevado puesto era preciso ser “sugeto que sea natural de la provincia que le envía, o que esté avecindado y arraigado en ella, siempre que sea Americano de nacimiento”. (*Gazeta*, *ibidem*, p. 279).
- 36.—El ayuntamiento de San Salvador, según un documento firmado por sus cabildantes el 12 de junio de 1810, sobre la constitución del Consejo soberano de regencia, estaba compuesto por las siguientes personas: José Rossi, José de Aguilar, Ventura Calero, Gregorio de Castriciones, Manuel Delgado, Benito González Martínez y Manuel José Arce. (AGI, Aud. de Guat., leg. 493).
- 37.—*Gazeta de Guatemala*, *ibidem*, ps. 273-278. En el nombre del doctor Delgado aparece José María por José Matías. (*Ibid.*, p. 278).
- 38.—Los personajes que se oponen a la acción insurgente de San Salvador en 1811 son casi los mismos, entre ellos figuran destacadamente los Barroeta, en San Miguel; los Molina, en San Vicente y los Cárcamo, en Santa Ana.
- 39.—*Gazeta*, *ibidem*, p. 283.

- 40.—Idem.
- 41.—Idem.
- 42.—Ello consta en un documento de su sucesor, Bustamante y Guerra, de 18 de marzo de 1815. "La intimidación de Pavón con mi antecesor había sido origen —se lee en él— de voces muy poco decorosas. Las hubo al extremo de suponer que el uno comerciaba por medio del otro". (AGI, Aud. de Guat., leg. 495).
- 43.—*Gazeta*, ibíd., ps. 284-285.
- 44.—Bustamante y Guerra, en la exposición o "manifiesto" citado en la nota núm. 42, dice "Quando se le nombró Diputado para la Central volaron diversos pasquines en prosa y en verso manifestando su egoísmo y la poca atención que le merecen el bien general de este Reyno y los intereses de la causa española". (AGI, *ibidem*) Gavidia recoge el estribillo: "Al derecho y al revés, no va Pavón, No va Pavón". (Ob. cit., t. I, p. 57).
- 45.—*Gazeta*, ibíd., p. 283.
- 46.—El 30 de enero de 1810.
- 47.—Labra, *América y la Constitución española de 1812*, ps. 61-62. Don Manuel de Llano fue uno de los secretarios de las Cortes. (*Ibidem*).
- 48.—No quedan detalles de la elección —por no conservarse las actas del cabildo de San Salvador— y por consiguiente ignoro quiénes pudieron ser los otros dos componentes de la terna. Es posible que en cualquier otro lugar aparezca más tarde alguna referencia que aclare este punto.
- 49.—He aquí las últimas palabras del discurso del diputado por San Salvador: "Vea V. M. que todo conspira a la erección del Obispado en la Provincia de San Salvador: número más que suficiente de habitantes, larga distancia de la Metrópoli, extensión de la provincia, productos suficientes en sus diezmos. "Sólo falta que V. M. dispense su soberana protección a aquellos fieles súbditos, a quienes llenará del mayor consuelo con la aprobación de las dos proposiciones que hago a V. M.:
- "Primera. Que en la provincia de San Salvador, en el reino de Guatemala, se erija silla episcopal sufragánea de la Metrópoli de dicho Reino.
- "Segunda: Que también se erija seminario para la educación de la juventud, conforme lo prevenido por el Santo Concilio de Trento".
- Aparece en Cádiz en el *Diario de sesiones de las Cortes*, correspondiente al 21 de marzo de 1812. (Reproducido por Parada Aparicio. *Discursos médico-históricos salvadoreños*, t. I, ps. 6-9 y por Malaina, S. J., *Historia de la erección de la diócesis de San Salvador*, ps. 51-52).
- 50.—Fallecido el séptimo arzobispo, el doctor don Rafael de la Vara de la Madrid, el año 1809 y no habiendo aceptado la sucesión el nombrado, no se cubrió la vacante hasta la llegada de Casaus y Torres, en 1811.
- 51.—"En lo eclesiástico —comenta el obispo Vilanova— la Intendencia había pretendido muchas veces su erección en Obispado; y a pesar de la posibilidad, necesidad y utilidad de su mitra, Guatemala lo había impedido: por lo cual El Salvador era la única de las cuatro Intendencias que carecía de lo que las otras tres habían conseguido desde largos años". (*Apuntamientos de historia patria eclesiástica*, p. 40). Como es sabido el expediente promovido como consecuencia de la moción hecha por el diputado Avila, estuvo "durmiendo" en Guatemala, hasta que se removió de nuevo el año anterior a la independencia.
- 52.—Conforme a los datos que el P. Avila esgrimió en su discurso parlamentario, San Salvador contenía 180.000 habitantes. (Recuérdese que la Alcaldía mayor de Sonsonate no formaba parte de la intendencia). Y, en cuanto al aspecto económico, se expresa de este modo: "Los diezmos de San Salvador son más que suficientes para dotar la mitra y demás establecimientos anejos; pues que, regulados bajadamente, producen cada año 40.000 pesos fuertes". (*Ibidem*).
- 53.—El mismo señala en su precitada intervención que el relativo a la Mitra figura "entre los encargos que me hizo la Provincia de San Salvador, que me nombró su representante". (*Ibidem*). De los demás, sin embargo, no he visto alusión alguna.
- 54.—"Tal vez la consunción o tisis —escribe Parada Aparicio— de que se creía amenazado, y que poco tiempo después le obligó a solicitar permiso para retirarse de las cortes, impidió a don José Ignacio mover las palancas que debiera, fracasando así la petición que le encargaron sus representados". (Ob. cit., t. I, p. 9).

(Continuará en el próximo número de Cultura).

Tomado del Libro "José Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811", que obtuvo 2º Premio en el Concurso de Ensayo Histórico, promovido para celebrar el Sesquicentenario del Primer Grito de Independencia de Centro América.

VIDA CULTURAL

REPRESENTACION TEATRAL

La Zorra y las Uvas del autor brasileño Guilherme Figueiredo, se representó en el Teatro Nacional el 4 de abril, de las 20 horas en adelante. Fue interpretada por el Elenco Estable de Bellas Artes, bajo la dirección de doña Adelina de Gumero. Invitó para el acto la Dirección General de Bellas Artes.

NUEVAS ESCUELAS

El Comité Coordinador de Construcción de Edificios Escolares, bajo el plan "Alianza para el Progreso", invitó para los actos de inauguración de las siguientes escuelas: el 5 de abril, a las 9 horas, la Escuela Urbana Mixta *Alberto Masferrer*, de San Rafael Oriente, Departamento de San Miguel; el mismo 5 del mismo mes, a las 11 horas, la Escuela de Niñas de la Villa El Tránsito, Departamento de San Miguel; el 24 de abril, a las 10.30 horas, la Escuela Urbana Mixta *Señora Jacqueline*

Kennedy, de Nueva Granada, Departamento de Usulután; el mismo día a las 14 horas, la Escuela Rural Mixta *Anna Eleonora Roosevelt*, del cantón El Tablón, jurisdicción de San Francisco Javier, Departamento de Usulután; el 27 de abril, a las 11 horas, la Escuela Urbana Mixta *Rafael Suárez*, de Tecoluca, Departamento de San Vicente, y en esa misma fecha, a las 9.30 horas, la Escuela Urbana Mixta *Estados Unidos de América*, de Santiago Nonualco, Departamento de La Paz. Los actos se llevaron a cabo según programas formulados especialmente para las inauguraciones.

CONCIERTO

La Asociación Pro-Arte de El Salvador, presentó el 25 de abril de las 20:30 horas en adelante, en el Teatro Darío, al pianista salvadoreño Wilfredo Barraza, quien interpretó música de Chopin, Granados, Liszt y Balakirew. El público que escuchó a Barraza admiró la seguridad de su eje-

cucción musical y su sensibilidad interpretativa. El brillante pianista obtuvo esa noche triunfo completo.

FOTOGRAFÍAS PERIODÍSTICAS

En el Instituto Salvadoreño de Turismo se inauguró el 26 de abril la Primera Exposición de Fotos Periodísticas de El Salvador. Las muestras fueron tomadas y presentadas por Adrián Roberto Aldana. Más de 300 fotografías relacionadas con sucesos diarios de la vida del país, pudieron ser admiradas por numerosos visitantes de la Exposición. El señor Aldana, redactor y fotógrafo de *La Prensa Gráfica*, obtuvo el Premio *SIP-Merghenthaler*, que se otorga a reporteros de periódicos del Continente.

HOMENAJE A CLAUDIA LARS

Los Amigos de la Cultura rindieron homenaje a la poetisa Claudia Lars el 26 de abril, de las 20 horas en adelante, entregándole el premio anual *Amigos de la Cultura* en acto público que se efectuó en el auditorium de "La Casa de la Cultura". El premio es una medalla de oro y pergamino. Numerosa concurrencia asistió al acto.

CONFERENCIAS

El *Club Artístico Literario* de la Escuela Normal España organizó un ciclo de Conferencias sobre arte y literatura. El 27 de abril ofreció la primera el Profesor de Cerámica, don César Sermeño, de las 10 horas en adelante. Habló sobre *Las artes plásticas y la elaboración de material didáctico*. Alvaro Menéndez Leal tuvo a su cargo la segunda, que se dio el 2 de mayo, a las 17 horas. Se refirió a la técnica, temática, influencias y personal aportación en su libro *Cuentos Breves y Maravillosos*. Don José Bernardo Pacheco (el conocido caricaturista que firma *Nando*) ofreció la tercera, el 4 de mayo, a las 10 horas. Su tema fue *La caricatura*. La última sobre pintura, fue desarrollada con

claridad docente por el pintor Julio Hernández Alemán.

OTRAS ESCUELAS

El 30 de abril se inauguraron estas otras escuelas construidas bajo el Plan "Alianza para el Progreso": la Escuela Rural Mixta del cantón El Espinal, jurisdicción de San Rafael Cedros, Departamento de Cuzcatlán, y la Escuela Rural Mixta del cantón Cerro El Colorado, jurisdicción de Ilobasco, Departamento de Cabañas. Invitó para los actos de inauguración el Comité Coordinador de Construcción de Edificios Escolares. En cada una de las inauguraciones de estas escuelas se izaron las banderas nacional, de la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA) y de los Estados Unidos de Norte América; se ejecutaron los himnos respectivos y se rindieron honores a los representantes del Presidente de la República, Coronel Julio Adalberto Rivera, del señor Ministro de Educación y del Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica.

LIBRO Y CONFERENCIA DEL DR. RODOLFO BARON CASTRO

El doctor Rodolfo Barón Castro, historiador salvadoreño de fama internacional, en reunión celebrada en la Universidad de Notre Dame, Indiana, Estados Unidos de Norte América, el 18 de abril de 1963, hizo entrega de una nueva obra, que escribió por encargo de la misma Universidad, y que aparecerá publicada en inglés con este título: *Spain and the Hispanic-American World (España y el mundo Hispanoamericano)*. Poco tiempo después dictó conferencias en la Universidad de Vanderbilt (Tennessee). La primera de ellas versó sobre este tema: *La población hispanoamericana a partir del Descubrimiento*. El doctor Barón Castro regresó a Europa, después de realizar intensos trabajos culturales en los Estados Unidos y se reincorporó, en París, a las tareas del Consejo Ejecutivo de la UNESCO.

CONCIERTO

El 8 de mayo, a partir de las 8:30 de la noche, la Orquesta Sinfónica de El Salvador, dirigida por el Maestro Esteban Servellón, ofreció un concierto especial con música de autores italianos, en el Teatro Darío de esta capital. Dicho concierto fue patrocinado por la Sociedad "Dante Alighieri".

VIOLINISTA

La Asociación Pro-Arte de El Salvador y el Instituto Cultural El Salvador-Israel presentaron en el Teatro Darío, la noche del jueves 19 de mayo, al brillante violinista israelí Zvi Zeitlin. Tamiko Muramatsu, de nacionalidad japonesa, acompañó con el piano. Nicolás Arene, chelista rumano-francés que vive entre nosotros, hablando de Zvi Zeitlin dice que es "uno de los primeros violinistas de la nueva generación", añadiendo estas palabras: "Raras veces he escuchado una sonata de Beethoven con la perfección no sólo técnica del instrumentista, sino con la unidad de estirpe beethoveniana sólo lograda por los grandes intérpretes dedicados a Beethoven". Zvi Zeitlin ofreció al público música de Haendel, Beethoven, Bach, Ben-Haim, Szymanousky y Saint-Saens.

CONFERENCIA

La Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador invitó a gremios profesionales, estudiantes y público en general, para la conferencia que el doctor Rodolfo Batiza dictó a las 19:30 horas del día 4 de mayo en el Auditorium de la misma Facultad. El tema de la conferencia fue el siguiente: *Desarrollo histórico y características distintivas del Common Law.*

MATERIAL DIDACTICO

La Dirección de la Escuela Normal de Maestras "España", con el objeto de dar a conocer trabajos de las alumnas durante los primeros meses del año, organizó

varias exposiciones en las que se pudieron admirar distintas muestras de los mismos trabajos, desde realizaciones en el Aula-Hogar hasta específico material didáctico, que será usado en las prácticas pedagógicas de fin de año. Otros establecimientos educacionales del país siguen el ejemplo de la Escuela Normal "España".

ANIVERSARIO

Diez años de fundada cumplió el 20 de mayo la Escuela de Servicio Social de El Salvador. Fue el Ministerio de Educación, con la ayuda técnica de la Organización de las Naciones Unidas, el que patrocinó la fundación de este centro educativo. Personas capacitadas para cumplir importantes trabajos que sirven para desarrollar y fortalecer el bienestar social, egresan continuamente de dicha escuela. El esfuerzo realizado en diez años ha dado resultados satisfactorios.

ANIVERSARIO

Julia Díaz, la incansable artista salvadoreña, celebró el 4º aniversario de la fundación de Galería Forma, el 23 de mayo de las 20 horas en adelante, con una nueva exposición de sus obras: 20 retratos que ha pintado en los últimos meses. Salarrué, nuestro gran cuentista y pintor, Carlos Cañas, notable pintor de la nueva generación, y Alejandro Cotto, hablaron durante la reunión sobre arte en general y sobre el esfuerzo de Julia Díaz por estimular y ayudar a los artistas de nuestro país.

CONFERENCIA

Pedro Geoffroy Rivas, poeta y abogado salvadoreño, que estudió Antropología en la Universidad de México, ofreció una brillante conferencia el 16 de mayo, de las 20 horas en adelante en casa de Julia Díaz. Escogido grupo de personas escuchó al poeta con sumo interés. El tema que desarrolló fue el siguiente: *La poesía Náhuatl.*

CARICATURAS

En el Centro El Salvador-Estados Unidos, se exhibieron más de 50 caricaturas de *Nando* (José Bernardo Pacheco), conocido caricaturista salvadoreño. Tres tipos de obras se presentaron como muestras de su diaria labor: retratos en líneas simplificadas, retratos que sugieren situaciones especiales o especiales climas psicológicos y dibujos periodísticos, que son directos mensajes al pueblo. Numerosas personas visitaron la exposición.

CONCIERTO

Como parte de la serie de conciertos organizados por los estudiantes de la Universidad de El Salvador, la Orquesta Sinfónica, bajo la batuta del Maestro Esteban Servellón, ofreció el 29 de mayo en el Auditorium de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la misma Universidad un concierto que desarrolló el siguiente programa: 1º *El barbero de Sevilla*, de Rossini; *Suite de los Cascanueces*, de Tchaikowsky; *Polonesa heroica*, de Chopin; *Maquilihuats bajo la luna*, de Lidia Villavicencio Olano; *Dichoso fui*, de Ciriaco de Jesús Alas; *Serenata del burro*, de Rudolf Triml; *Beguín to beguin*, de Col Poter.

CONVOCATORIA

Bellas Artes de Guatemala convocó —como todos los años— al Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, 1963, el cual abarca las siguientes ramas: *Música*, *Artes Plásticas* y *Letras*. Los concursantes enviarán sus trabajos en esta forma: *Interpretación y Composición*, para la Rama de Música; (obra sinfónica de tema centroamericano); *Pintura y Cerámica*, para Artes Plásticas; *Poesía*, *Ensayo* y *Cuento*, para Letras. La recepción de las obras será del 26 de julio al 30 de agosto. Reglamento del mismo Certamen ha sido publicado por la prensa de Guatemala y de toda Centro América.

BALLET CLASICO

La Asociación Pro-Casa Maternal de esta capital presentó el 11 de junio, de las 20 horas en adelante, en el Teatro Nacional de Bellas Artes, a Serge Golovine y la Compañía Francesa de Ballet Clásico, en única noche de gala. Bailarines del conocido "Ballet Marqués de Cuevas" como Nina Vyroubova, Helene Trailine, Juan Giuliano, Beatriz Consuelo, Francis Heranger y otros, deleitaron al público salvadoreño con la seguridad y fineza de su interpretación de las obras siguientes: *Diseño para seis*, de Tchaikowsky; *La muerte del cisne*, de Saint-Saens; *Grand pas Classique*, de Aubert; *Romeo y Julieta*, de Tchaikowsky; *El cisne negro*, de Tchaikowsky y *Suite en Blanc*, de Lalo. La dirección musical estuvo a cargo de Claude Pothier y la parte artística del conjunto entero fue obra cuidada de la primera figura del ballet: Serge Golovine.

CANTANTE ISRAELI

El 20 de junio de las 20:30 horas en adelante ofreció, en el Círculo Deportivo Internacional, un recital de canto la artista israelí Aliza Kashi, quien interpretó canciones de Israel y de otros países en hebreo, español y francés. Invitó para el acto el Instituto Cultural El Salvador-Israel.

NOCHE DE GALA

En vísperas del Día del Maestro —y para celebrarlo debidamente— se llevó a cabo en el teatro de Bellas Artes el 19 de junio, de las 19 horas en adelante, el siguiente programa: *Palabras de ofrecimiento*, por el capitán Andrejulio Azahar; *Djamile*, de George Bizet, ejecución de la Orquesta Sinfónica Nacional; Ballet de la Dirección General de Bellas Artes, interpretando *Sueño o ficción*, del compositor salvadoreño Esteban Servellón; *El cascanueces*, de Tchaikowsky; *Pedro y el Lobo*, de Prokofieff. También actuó —con la gracia que le caracteriza—

el Conjunto Folklórico del Instituto Salvadoreño de Turismo, a cargo de Morena Celarié.

HOMENAJE AL MAESTRO

La Dirección General de Bellas Artes ofreció el 20 de junio, de las 19 horas en adelante, como homenaje al Maestro, representaciones de obras teatrales por alumnos de su Escuela de Teatro, bajo la dirección de Margarita de Nieva. *A la luz de la luna*, de los hermanos Quintero y *El billete de baile*, de Luis Millá y Enrique Arroyo fueron las obras que se representaron.

CONDECORACIONES

Maestros electos en los niveles de Kindergarten, Educación Primaria y Educación Media, recibieron las medallas de mérito magisterial *Margot Tula de Morán*,

Dr. Darío González y Santiago I. Barberena.

PIEZA TEATRAL

El 25 de junio de las 20:15 horas en adelante, se escenificó en el Centro El Salvador-Estados Unidos la obra de Ruth y Augustus Goetz, titulada *The Heiress*. Los actores de *The Drama Group*, bajo la dirección de Carlos Bernhard, conquistaron un nuevo triunfo con esta representación, basada en un cuento de Henry James.

EXPOSICION DE ESCULTURA

En Galería Forma se inauguró el 25 de junio, a las 20 horas, interesante exposición de esculturas, del artista salvadoreño Enrique Salaverria y del artista mexicano Isaías Cervantes Rodríguez. Las obras eran retratos y masas abstractas, realizadas en diversos materiales. Alvaro Menén Desleal se hizo cargo del discurso de inauguración.

TINTA FRESCA

LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA.

Alberto Masferrer. Biblioteca Popular, Volumen 37. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Se conoce mucho a don Alberto Masferrer como maestro y conductor de multitudes, como escritor empeñado en despertar la embrionaria conciencia de su pueblo; pero se le conoce menos como hombre que busca frente a los grandes misterios de la vida una luz interna y conductora, y dice humildemente al encontrarla:

"Ojos limpios requiere la Verdad. Y puesto que la mente anda enlazada con el alma y el cuerpo en unión íntima y perenne, si el alma y el cuerpo van recargados de impurezas, la visión mental resultará escasa, turbia y vacilante. Según la pureza de tus ojos así verás."

Un inspirado poeta dijo que los ojos de los hombres son el fulgor —en lo

físico— de lámparas interiores que los humanos traen a la tierra de patrias celestes. En esto, que parece tan sólo la invención de un soñador, encuentran las personas intuitivas oculta enseñanza.

Hay ciertos libros sagrados que deben leerse en silencio meditativo, si buscamos la misma luz que perseguía Masferrer. Libros sabios que no dividen con sus dogmas, ni se imponen a nadie sus preceptos. Son guardianes de las más puras esencias de la siempre deseada religión universal, en la que los atributos de lo divino se revelarán suavemente dentro del hombre, y por medio de la cual esta humanidad cargada de violencia ha de gozar, al fin, los beneficios de una segura y armoniosa fraternidad.

Don Alberto había leído los libros a que me refiero. Las ideas contenidas en ellos se le volvieron sangre de acción.

Pocos hombres en Centro América han tenido un espíritu religioso tan sabio y tan libre, como este maestro salvadoreño. La libertad era para él única

meta de la evolución en la que experimentamos la vida y crecemos espiritualmente, puesto que cada paso en la escala evolutiva es una nueva conquista de la libertad, tanto entre los humanos como en cualquier otro reino de la naturaleza. Sin embargo, jamás confundió Masferrer la libertad con el libertinaje, ni el establecimiento de la justicia con el odio vengativo. Anunciaba o celebraba la luz que prepara dentro de nosotros ámbitos generosos y nobles, y señalaba o amonestaba con palabras de profeta bíblico a los que se obstinan en mantener cerrados los postigos del alma. Un profundo sentido de religiosidad lo obligaba a respetar toda forma viviente, y escribía para aquellos que creen saberlo todo:

"Nos imaginamos que *entender* es la función más alta que puede hacer la mente. Como si entender no fuera una *limitación*. Como si conocer no fuera posible, sino tras un laborioso y enojoso pensar. Como si *ver* no fuera mejor que tocar; y *sentir* que ver; y *entender*, que sentir; e *intuir*, que entender; y *crear* que intuir; y *ser*, que crear" . . .

Y para explicarnos con claridad lo que es la Verdad, decía lo siguiente:

"¿Enaltecí tu entendimiento y purifiqué tu corazón? Entonces, era la Verdad."

Dos de sus libros, *Las Siete Cuerdas de la Lira* y *Helios* parecen nacer de estudios sobre una clase especial de conceptos religiosos, y tal vez de experiencias místicas. Por lo tanto, no podemos juzgarlos con criterio materialista. Recordemos que más allá de la inteligencia razonadora y de los fenómenos naturales que nuestros sentidos pueden comprobar, hay moradas sutiles que conocen y visitan seres humanos como Teresa de Avila y Ramakrishna, y que la ciencia moderna ya empieza a descubrir.

"No sabemos lo que es el Espíritu"—escribe en el primero de esos libros don Alberto—. "Es tan difícil imaginar *qué es* y *cómo es*, que cuanto más se

empeña uno en lograrlo, más densas se tornan las sombras que le envuelven". "No sabemos lo que es el Espíritu. No lo sabremos mientras permanezcamos encerrados en formas tan espesas y oscuras como esta en que ahora vivimos. Lo iremos reconociendo más y más, según nos *espiritualicemos*, según vayamos ascendiendo en la escala de la existencia, pues solamente la luz es capaz de saber a perfección *qué es la luz*". "No sabemos lo que es el Espíritu, pero sí sabemos que el Espíritu *es*, y aún creemos que sólo *él es*, sin tiempo ni medida, en la eternidad y en la inmensidad".

Estas afirmaciones, que parecen las de un vedantino, son la iluminada fuerza interior de Masferrer: su voluntad de servicio, su impulso poético y su gran anhelo de superación.

Las Siete Cuerdas de la Lira, editado por la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación de El Salvador, trae en sus páginas vibrantes mensajes inspiradores. Ojalá sepamos recibirlos, sin perder ninguno, en nuestros corazones agradecidos.

CUENTOS DE HOY Y DE MAÑANA.

Waldo Chávez Velasco. Primer Premio "República de El Salvador". VIII Certamen Nacional de Cultura 1962. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Aquí tenemos siete cuentos sorprendentes. Cada uno de ellos esconde el secreto que al fin se descubre, la maravilla que se nos ofrece al principio semi-velada, para brillar al final del relato como una extraña gema. Waldo Chávez Velasco es cuentista de temas actuales. Vive en un mundo que coloca hombres en el espacio y los mantiene allí por días enteros; presiente que todo milagro —aun el de volver los pesados cuerpos humanos ligeros y volátiles— puede llegar a ser un juego, bajo los increíbles conocimientos de la ciencia

de nuestro siglo. Lo que nos refiere ya no debe llamarse tan sólo fantasía: es el poder de la mente del hombre aprendiendo a conocer ocultas leyes de la naturaleza y valiéndose de ellas para estructurar al super-hombre. Algunos de los cuentos de esta colección son ejemplos de sobriedad descriptiva, estampas de vida completa pero simplificada en forma cautivante, gracia del lenguaje entregando la palabra que debe entregar. Dos de ellos especialmente, titulados *El crimen* y *Los bribones*, pueden presentarse como cuentos de "primera clase" en cualquier idioma.

El Salvador es país de buenos cuentistas. Arturo Ambrogi, Salarrué y Manuel Aguilar Chávez —sin nombrar a otros que merecen ser nombrados— son escritores que han ganado para nuestras letras puesto de honor —en la rama del Cuento— no sólo en la literatura centroamericana, sino en la del Continente de habla española. Waldo Chávez Velasco y Alvaro Menéndez Leal recogen, ahora, el poder de "volver a contar lo que tiene que contarse"; de ser —en forma diferente pero siempre mágica— los nuevos "cuenteros" de Cuzcatlán. Waldo Chávez Velasco es también poeta y ensayista. Nació en San Salvador el 14 de octubre de 1932. Doctor en Jurisprudencia de la Universidad de Bolonia, Italia, ha estudiado estética y literatura en Bolonia, París, Londres y Madrid. Ha sido Director del Teatro Universitario de Bolonia durante dos años y Codirector —con Luigi Gozzi— del Centro de Estudios Teatrales de la misma Universidad italiana. En El Salvador ha desempeñado los cargos de Jefe del Departamento de Teatro del Ministerio de Educación y de Director General de Bellas Artes.

AZUL CUARENTA. (*Cuentos del Morenito Damián*). Primer Premio "República de El Salvador". VIII Cer-

tamen Nacional de Cultura 1962. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

En este libro conocemos a "Huevo de Pava", el morenito con rostro lleno de pecas, que es pararrayos bajo las tormentas levantadas por la señora Vatu, la que exhala un olor a "brillantina tres flores con un ligero toque de plumaje de gallo"; el muchacho que se ha vuelto motivo de burlas y crueles diversiones para sus hermanos.

Vida de un niño sensible y soñador, contado en collar de cuentos por una mujer que sabe contarlos. El lugar en que el pequeño Damián sueña y juega, estudia y se atreve a hacer lo que le agrada, está situado en el Departamento de Izabal, al norte de la República de Guatemala. Parte de esa tierra es de los *caribes*, gentes de piel oscura que llegaron un día de islas del sud-este en barquichuelas frágiles, y que todavía están allí, llenando el aire con las vibraciones de su idioma sonoro. Tanto el paisaje izabaleño como el carácter de Damián cautivan al lector. Se siente que la autora de este libro conoce la zona geográfica que describe y que ha tratado de cerca a los habitantes de Izabal. "Muchas veces el morenito ha ido hacia la playa a contemplar de cerca los *cayucos*; cuando el mar está de vaciante los *dorys* le parecen tristes, desamparados frente a aquella inmensidad azul, azul, azul..." (*La luna cambia de cuarto*) "¿Qué será eso de las artes plásticas? pregunta para sí, justo al momento de divisar de nuevo el mar. La palabra *plástica* le gusta, le suena bien, le es simpática sin entenderla; pone en ella muchas esperanzas como si fuese un caballo de carrera sobre el que apuestan los mayores. Eso mismo le sucede con otros vocablos del idioma español. Le agrada sobremanera oír decir golondrina, tarro, crema..." (*Azul Cuarenta*). "La quietud de la barca mecida únicamente por una ligera brisa

con fuerte olor a mariscos, le provoca súbita e inexplicable tristeza. ¡Hubiera querido seguir navegando en aquel río poblado de garzas y de manglares!" (*Evasión*).

Algunos personajes de *Azul Cuarenta* son tan simpáticos como el mismo Damián, por ejemplo el tío Wenceslao y *Standard Oil*, el negro afilador de cuchillos, que va por caminos y calles cantando esta vieja canción de su raza:

*"Dejad venir almas negras,
que sean negras,
achocolatadas.
O mejor que sean
color de polvo.
Parecidas al polvo
más moreno que la arena.
Por favor, que sean negras,
bien negras..."*

O la otra que dice:

*"Que resuene la calabaza
en armonía con los tambores,
que se mezcle con este sonido
el retintín
de la madera sobre la bojalata".*

"Libro colmado de suave encanto" puede llamarse este *Azul Cuarenta*. Si tiene ciertos defectos —muy leves— en su expresión externa, pues Blanca Luz de Rodríguez vivió muchos años en Francia y algo de los términos franceses todavía persigue su español, los compensa de sobra en la narración entera con la sensibilidad con que interpreta una geografía salada y dulce, y con el amor con que presenta a "su morenito".

Blanca Luz de Rodríguez es guatemalteca por nacimiento y forma parte del cuerpo de redacción de "El Imparcial", diario de la capital de Guatemala. Es en París donde deben buscarse las primeras esencias de su formación literaria, pues vivió largos años en Francia. A su regreso de Europa publicó cuentos que llamaron la atención por su *parisinis-*

mo, como dijo al leerlos Francisco Méndez, es decir, *por el clima parisiense que en ellos se respira casi siempre*. Poco a poco Blanca Luz fue adentrándose en la vida y costumbres de su propia gente y en la belleza natural de su patria. *Azul Cuarenta* demuestra que la autora de este libro ya encontró el centro geográfico y vital de su expresión literaria: la verde tierra de Guatemala.

CUENTOS BREVES Y MARAVILLOSOS. *Alvaro Menéndez Leal (Alvaro Menén Desleal)*. Segundo Premio "República de El Salvador". VIII Certamen Nacional de Cultura 1962. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C.A. 1963.

Menéndez Leal es como un prestidigitador: cambia su nombre de rectitud clara por el de *Menén Desleal*, que es todo lo contrario, sin que el cambio le afecte en lo más mínimo; dice palabras que espantan o desconciertan a los timoratos; juega a ser buzo o astronauta; se ríe de los fanáticos y se burla de los eruditos; escribe poemas y obras de teatro y, además, inventa cuentos de maravilla...

Cuentos Breves y Maravillosos son pequeños relatos cargados de poesía; de una poesía que sorprende, y es alada y danzante al mismo tiempo. Mucho de Jorge Luis Borges hay en ellos, pero no como copia sin escrúpulos o sometida al poder del maestro, sino como libre recreación de los grandes dones que el otro derramó sobre el mundo, volviéndolos por propio milagro vida propia y original. Sólo un cuento del libro se prolonga bastante, y me parece fuera de lugar en el volumen: *El día que quebró el café*. Lejos está de ser un mal cuento, pero se advierte que Menéndez Leal lo alargó para ceñirse a las bases del Certamen Nacional de Cultura en el que tomó parte, pues dichas bases pedían cierto número de páginas en cada obra de los concursantes. Es lamen-

table que se le imponga al artista —quien siempre debe ser libre en su creación— un castigo de esta clase; y también duele que el artista tenga que poner al lado de lo mejor de su fantasía —por someterse a estas limitaciones— algo menos perfecto. Sin embargo, en conjunto, *Cuentos Breves y Maravillosos* es de lo mejor que se ha escrito en nuestro país y creo que en Centroamérica, en materia de cuentos. *El animal más raro de la tierra, El viaje inútil, Aquiles y la tortuga, El hombre y su sombra, El venado y el sueño, Dios y un niño, La apuesta, El mapa ecuménico*, etc. etc., se ciñen a la estricta técnica literaria que sirve para elaborar un buen cuento, siendo al mismo tiempo hermosos cuentos-poemas. *Magia* es la principal virtud de Menéndez Leal como cuentista. Pienso que su verdadero camino literario está en esto: en contar y contar, como el Sagatara del O'Yarkandal de Salarrué.

Alvaro Menéndez Leal nació en 1931 en Santa Ana, El Salvador. Vivió varios años en México estudiando y ejerciendo el periodismo. Ha ganado varios premios en certámenes literarios. En actividades salvadoreñas de la televisión adquirió renombre. Fundó y dirigió el *Teleperiódico*, prolongación de un noticiero televisado, dirigido también por él. Es estudiante de Letras, en la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador.

TRES MUJERES AL CUADRADO. *José María Méndez*. Segundo Premio "República de El Salvador". VIII Certamen Nacional de Cultura 1962. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Aquí tenemos un cuentista que no vuela en *sputniks* para poder contar historias de planetas, ni desea conocer la cueva de algún milagroso ermitaño. Este escritor camina sobre la tierra de los hombres comunes, y le parece que en

esta superficie tan conocida hay temas de sobra para burlarse de la vida y las gentes. Burlón como pocos, José María Méndez presenta los personajes de sus cuentos con palabras que hacen cosquillas... Dichos personajes son conocidos por todos nosotros: habitan casas como las nuestras, caminan por las calles de nuestras ciudades, se llaman como cualquier vecino: don Eustaquio, don Camilo, Pantaleón Pérez o Pepito Piedra Segura... A veces el autor viaja, para traernos de su paseo un nuevo cuento, pero no se aleja demasiado de la tierra natal o si lo hace, regresa pronto. Cuando quiere señalar en ciertas personas ciertos defectos —¡Dios lo libre de comprometerse con frases peligrosas!— se inventa un lugar remoto llamado *Cachinflina*, donde un Embajador más listo que Tío Conejo sabe gozar la vida como un príncipe, gracias a su poderoso tío, amo de la tierra ingenua, olorosa a frutas del trópico... Mucho de nuestra existencia —todavía provinciana— está recogido en las páginas de *Tres mujeres al cuadrado*; el pensamiento y el habla de los salvadoreños y centroamericanos nos sale al encuentro en cada uno de los relatos. José María Méndez además de ser escritor es abogado. Nació en la ciudad de Santa Ana, El Salvador, en 1916. Ha desempeñado altos cargos de Gobierno. Sus obras publicadas son las siguientes: *Disparatario* y *Este era un rey*.

VAMOS A LEER (*Guía para la enseñanza de la lectura inicial*). Edición cortesía de "La Prensa Gráfica", para la Cruzada Nacional de Alfabetización. Etapa 1963. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

La presente edición de 25.000 ejemplares de la Cartilla Alfabetizadora "Vamos a Leer", es una contribución más de *La Prensa Gráfica* a la obra que dirige el Departamento de Educación

Fundamental del Ministerio de Educación.

La Prensa Gráfica ha proporcionado el material y el Ministerio de Educación, por medio de la Dirección General de Publicaciones ha tenido a su cargo la impresión.

Es interesante observar cómo la estrecha colaboración entre la iniciativa privada y el Estado, puede dar tan magníficos frutos, tomando en cuenta que el progreso del pueblo salvadoreño depende de la cooperación de todos los ciudadanos de acuerdo con sus posibilidades. Estas 25.000 Cartillas forman parte de la Campaña para 1963 y servirán dentro de la *Cruzada Nacional de Alfabetización* que el Ministerio de Educación ha promovido en los últimos meses.

Esta es una colaboración más de *La Prensa Gráfica* al pueblo salvadoreño; desde sus páginas mantendrá viva la *Cruzada Nacional de Alfabetización*, con la esperanza de obtener cada día mayores beneficios para todos.

Integración de la Empresa Privada, el Estado y la Ciudadanía, es la única fórmula que nos conducirá al éxito completo: cuando El Salvador se encuentre entre los países que han erradicado el analfabetismo.

ENSEÑANZA EXPERIMENTAL DE LAS LEYES DE LA HERENCIA. José Rutilio Quezada. (Tesis presentada previa a la opción del título de Profesor de Secundaria especializado en Ciencias Biológicas y Químicas). Ministerio de Educación. Escuela Normal Superior. Dirección General de Publicaciones, San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

"Esta tesis, pues, es una guía para trabajos experimentales sobre Genética, y comprende el estudio práctico de las sencillas leyes que rigen la transmisión de los caracteres hereditarios. Los experimentos que se sugieren no tienen complicación y se refieren a los principios más simples de la herencia men-

deliana. Debe tomarse, pues, como un compendio experimental sencillo, y no penetrado en algunos complicados campos de la genética experimental. Servirá nada más, de impulso para los espíritus jóvenes que quieran adentrarse en el estudio de esta ciencia. Ojalá que despierte el entusiasmo entre los estudiantes de Ciencias Biológicas, y sobre todo en los Profesores de Ciencias, en cuyas manos está el poder desarrollar mentes observadoras, y formar a los futuros investigadores en nuestro país, que cada vez más va necesitando de ellos".

EL AUTOR.

(Parte del prólogo del mismo libro).

GUIA PARA EL USO DE "VAMOS A LEER". Colección *Guías de Trabajo*. Cruzada Nacional de Alfabetización. Ministerio de Educación. Depto. de Educ. Fundamental. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Importante cuadernillo que ayudará a los maestros a poner en práctica, de manera eficiente, las enseñanzas que contiene la cartilla *Vamos a Leer*. Se interesaron especialmente en la publicación de este cuaderno, además del Señor Ministro y Señor Subsecretario de Educación, Profesor Ernesto Revelo Borja y Profesor Carlos Lobato, el Jefe del Departamento de Educación Fundamental, Profesor Gilberto Aguilar Avilés, quien redactó la obra, y el director de la Colección "Guías de Trabajo", Profesor Rodolfo Fernández Calderón.

GUIA PARA LA COLABORACION DE GOBERNADORES, ALCALDES Y COMISIONADOS. Colección *Guías de Trabajo*. Cruzada Nacional de Alfabetización. Ministerio de Educación. Departamento de Educación Fundamental. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1963.

Como su título lo indica, este cuader-

no servirá para que las autoridades que están en contacto directo con la Cruzada Nacional de Alfabetización, estimulen vivamente el interés por aprender a leer en el pueblo salvadoreño, y pongan todo su entusiasmo en la realización eficiente de la Cruzada.

LA ESCUELA DE ALTA MAR. Jorge B. Lainez. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. Ilustraciones Antonio Flores Hernández. 1963.

Obra de un maestro salvadoreño, escrita para maestros y niños de El Salvador y de toda Centro América. En breve explicación su autor dice: "No es un libro de cuentos, un texto de lectura o de Pedagogía práctica (cosas difíciles). Es un libro de resúmenes, de apuntes, álbum de memorias o recuerdos (lo que se quiera) de una vida entre niños".

Altamar es como ciertos lugares de nuestro país, que se encuentran aquí y allá, no muy lejos del Océano Pacífico. Puede ser un pueblo humilde "por sus cosas y sus gentes; puede ser un pueblo señorial por su abolengo y su modo de vivir; pero es el pueblo que se gloria de estar —y esto es un privilegio— enclavado en la montaña donde el mar y

el cielo son el eterno paisaje para la fantasía y el ensueño". Tiene su camino, que sube y sube... hasta llegar a la modesta pero placentera casona donde la señorita Rosalba, "sin más títulos que el de maestra rural y el de ser como una rosa blanca", enhebra suavemente los días, rodeada de sus pequeños discípulos.

Las enseñanzas de La Escuela de Altamar se ofrecen en lenguaje sencillo y correcto, sin que les falte poesía. Nada hay en estas páginas, olorosas a bosque y pradera, que no sea goce de vivir con inocencia cada hora de la vida. "El viento que entraba por las ventanas, se llevó jugueteando el aplauso que los niños dieron a su maestra"... "Los nardos levantan su varita de blancura"... "Bailaron las hadas de los *Siete países lejanos*; dijo hermosas poesías la recitadora Estrella y los niños se deleitaron con los magos de *Los montes secretos*"... "Ahora, ya no sólo vuelan las palomas en torno al campanario, sino que, como los niños, las palomas viven en la escuela". Estos son ejemplos de la gracia poética de la narración. Y como creemos que sólo los que sienten la poesía y saben expresarla con limpieza y respeto están capacitados para escribir libros de esta clase, celebramos la publicación de la nueva obra literaria de un maestro verdadero.

